

J. Marchena
Colombo



ESDE PUNTA UMBRIA A HUELVA, PASANDO
POR LA RABIDA, SAN JORGE (PALOS)
Y SANTA CLARA (MOGUER)

MIGUEL MIRANDA

LOPE DE VEGA, 19

28014 - MADRID

TELF. 914 294 576

OBRAS DEL MISMO

- CANTOS POPULARES.—Conferencia Agotada
- EL 12 DE OCTUBRE.—Conferencia radiada Agotada
- Revista LA RABIDA.
- EL CIRCUITO COLOMBINO.—Número extraordinario de «La Nación» de Buenos Aires, dedicado a la Exposición de Sevilla
- EL SUBSIDIO FAMILIAR.—Folleto editado por la Caja del Seguro Occidental de Andalucía. Agotado
- LOS LUGARES DEL DESCUBRIMIENTO (prólogo del Excmo. Sr. D. Manuel Siurot).—Editado por la Excelentísima Diputación Provincial de Huelva,
Quedan pocos ejemplares. Pídanse al autor.
- MARTÍN ALONSO PINZÓN (prólogo de D. Tomás Domínguez Ortiz.—Editado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Huelva

EN P R E N S A

- LA CIUDAD BLANCA DE LA PESCA DE PLATA (Ayamonte).—Editado por unos amigos del autor en Portugal, Ayamonte e Isla Cristina

EN P R E P A R A C I Ó N

- DESDE LA SIERRA: CARTAS A MANOLO SIUROT.—(prólogo del Marqués de Aracena)

RÁBIDA

MAR

des

JOSÉ MARCHENA COLOMBO

Registro N° 32086

BIBLIOTECA
SEDE IBERO-AMERICANA
LINA

60 €

DESDE PUNTA UMBRÍA A HUELVA
PASANDO POR LA RÁBIDA,
SAN JORGE (PALOS)
Y SANTA CLARA (MOGUER)

SEVILLA

IMPRESA EDITORIAL DE LA GAVIDIA

1943

un
Universidad
Internacional
de Andalucía
A

f

HECHO EL DEPÓSITO
QUE MARCA LA LEY

RESERVADOS LOS
DERECHOS DE AUTOR

TOMO I

DESDE PUNTA UMBRÍA A HUELVA
PASANDO POR LA RÁBIDA,
SAN JORGE (PALOS)
Y SANTA CLARA (MOGUER)

*A Remy Thiebaut Chardenal, recordando
en él a su padre, Alberto Thiebaut,
al que me unió cariñosa amistad y
admiré por sus talentos y bondades.*

EL AUTOR.

JOSÉ M.^a PÉREZ CARASA
ARQUITECTO

Dehesa del Campo (Almendral), 29-9-40.
Excmo. Sr. D. José Marchena Colombo.
Huelva.

Mi querido amigo: En estos encinares de Extremadura, a cuya sombra nacieron tantas ambiciones de conquista, he releído sus cuartillas con ánimo de formar y transmitirle una opinión sincera. Esta, de momento, no acierto a darle forma más que manejando los terminachos de arquitectura con cuyo uso estoy habituado; así, pues, veo su obra como uno de esos monumentos tan nuestros amasados con piedras de varias épocas, talladas según patrones de muy diversos gustos. En efecto, su ensayo contiene sillares dorados de fines del XV en las transcripciones documentales de la época del Descubrimiento y sus breves glosas; trozos de sabor neoclásico en la objetiva y sobria descripción de los lugares colombinos, algunos de cuyos párrafos no hubiese desdeñado firmar Alarcón, estando todos estos materiales heterogéneos soldados por un cemento de composición netamente moderna y embocados por una portada, tan a tono con los tiempos que corremos, que, continuando mi paralelismo monumental, pudiera haber proyectado Le Corbousier. ¿Cuál es el resultado del conjunto? Para nosotros, y somos nosotros los que amamos y sentimos Huelva y con ella sus tipos y sus cosas, excelente, y no dudo, que lejos del terruño, será para nosotros su lectura, el día de mañana, fuente de benditas «saudades».

Para los extraños y los indiferentes, para los que adolecen de incomprensión congénita o voluntaria, el efecto puede ser muy diverso, temiéndome que algunos párrafos del prefacio tan cegadores de luz y cargados de sal marina, no sean del todo atacable por los jugos gástricos. Es la opinión de un inexperto, pero de la cual tal vez acierte a sacar partido su mucha experiencia. Así, pues, con los retoques que ésta le dicte y una nueva y más minuciosa corrección de las cuartillas a la vera de gazapos gramaticales, creo quedará una obra merecedora de guardarse en los estantes de quienes amen los buenos libros.

Y nada más, perdone las muchas faltas, como en los saínetes, y hasta pronto en que, de regreso a Huelva, tendré el gusto de devolverle sus cuartillas y darle un abrazo, le saluda cariñosamente su buen amigo y antiguo *Correligionario* en Colón.

J. M. PÉREZ CARASA.

PRÓLOGO

La firma de Luis Morales, el cantor de San Juan de la Cruz, el conferenciante que cautiva con su palabra al auditorio, el maestro que extrae el aroma de nuestros clásicos, enamorando a sus discípulos, de los inmortales de nuestro Siglo de Oro, ha sido tan bueno con su viejo catedrático, que ha prologado este libro.

En el espejismo de su bondad y cariño me ha visto, pero yo no soy así. En descargo de mi conciencia, no me lo creo. Pero —¡qué dulce suenan los balagos!—, no sería yo agradecido si no consignara que leí, conmovido, los renglones de este discípulo, honor de las aulas por donde pasó y de la cátedra que explica.

Nobleza, obliga.

*P*rologar un libro requiere, con frecuencia, un acerado esfuerzo intelectual. Es preciso analizar datos, fijar ideas, extraer, en suma, el jugo más vital de su doctrina. Pero ante el estudio, fino como un despliegue de alas, que motiva estas líneas, el horizonte visible cambia.

No radica ya en el ámbito de la inteligencia, sino en el perímetro más recoleto, más encendido, del corazón. El nombre del autor, el contenido de la obra, despiertan en mí esta clara exigencia. Y en el vértice de las dos direcciones flota, como un saludo del ayer, la fimbria sutil del recuerdo.

Veamos ahora, brevemente, sin pretensiones, el fundamento de esta recordación bidimensional.

Don José Marchena Colombo no equivale, en mi estimativa, a un simple nombre huidizo estampado, como marbete, en el frontis de una obra. Es algo más, mucho más. Es el viejo profesor adscrito a la imagen diáfana de los viejos días.

Su silueta se recorta enmarcada en una cátedra del Instituto de Huelva. Aún resuenan en mí sus enseñanzas. Eran selectas de gesto, señoriales de contenido. Hablaban

en adelante, con los ojos fijos más allá de las estrellas.

Si quisiéramos rebasar estos confines, nos encontraríamos ya con los nombres que guardan en escala máxima, el buen sabor de lo eterno.

Son los lugares excelsificados con el aliento de la santificación, como Umbría y Ávila, bien olientes de sencillez franciscana y carmelita, como Santiago de Compostela, engastado en el rubí del Apóstol, como Nazaret, florecida de azucenas ante la presencia de la Sagrada Familia...

Sevilla, 13 de abril de 1943.

LUIS MORALES OLIVER.

ENTRE ADVERTENCIA E INTRODUCCIÓN

La presentación...! En las relaciones de compra-venta, industriales, comerciantes, chamarileros, el puesto de la esquina... se ocupan de la presentación: En los asuntos de Estado la buena forma es el todo.

En la convivencia ideológica, en cuanto a mí, lo confieso, la presentación es una pesadilla. Jamás escribí sin decir por qué «entraba y salía». Y así ando con este libro de mi pobre ingenio, días y semanas dándole vueltas, como veleta en vendaval, rebuscando «ropa negra» con que presentarlo.

Hoy, no puedo resistir más esta incertidumbre, este desasosiego sólo comparable con la erupción cutánea que nos causa nerviosismo insufrible: ¡No te rasques! ¡No te toques!

Y, a la buena ventura, más confiado, lector amigo, en la acogida —nunca te agradeceré bastante— que has tenido para mis anteriores libros y a tu bondad, te presento éste, esperando te sea simpático: de la simpatía nace la indulgencia, de ambas, el afecto, y las dos van elaborando la amistad duradera, hermana del cariño.

Si lo abres, en el primer capítulo te enterarás, que, un día, fui, como uno de tantos viajeros, a «Punta», que así la llaman sus «punteros» vecinos o que veranean en ella, y leerás mi partida de bautismo certificando autoridad tan colombina, como mi fraternal amigo D. Antonio Oliveira Domínguez, que aun lloro; que tuve buenos padrinos y que éstos creyén-

dome para mucho siendo tan poco, me comprometieron a esta empresa que necesita alientos y juventud, que me faltan, para buscar en los Archivos, revolver libros en las Bibliotecas, cotejar citas, evocar leyendas, renovar memorias, reoír anécdotas: un fichero, como llaman ahora a ir juntando, ordenando, clasificando, anotando —cada cosa su color—, a fin de sacar de la paleta el que entone mejor con el boceto, darle expresión y, si es posible, que se levante y ande.

A seguida otros capítulos: LA RÁBIDA, SAN JORJE, SANTA CLARA: el convento y las dos iglesias colombinas: nada menos que la matriz, el solar, la solera de la Hispanidad sin que nadie pueda disputárnolos. No cabe rico-hombre, ni hidalgo hispanoamericano sin que lleve en su espíritu el espaldarazo de estos tres lugares, sólo comparables a la emoción de los cristianos en Jerusalén.

/ / /

R. T., desde Madrid, en cariñosa, pero imperativa carta (está el imperativo más en la forma de pedir que en ordenar a rajatabla), me dijo:

VILLANUEVA, II

MADRID

26 de Noviembre de 1940.

Excmo. Sr D. José Marchena Colombo:

Querido D. José:

Me figuro como estará Vd. conmigo, pero abusando de la amistad que nos une, he dejado pasar muchas semanas sin

contestarle. Pero no toda la culpa es mía; ya me dijo Carlos le avisó a Vd. anunciándole mi demora.

Y ahora me permito hacerle una sugerencia: ¿Por qué no extenderse a editar algo de mayor importancia? Para ello deseáramos que recopilase lo mucho que sobre este tema habrá usted escrito.

No deje de mandarme sus impresiones, y pidiéndole mil perdones por la tardanza en contestarle, reciba un abrazo de su antiguo e incondicional,

R. T.

/ / /

Está bien. ¿Quién no complace a tan buen amigo?

En mis tiempos, cuando yo era aficionado a los toros, oí muchas veces en la plaza la voz del maestro diciendo: ¡Al toro!. Pues, ¡al toro! Es cuestión de negra honrilla; de ningún cobarde se ha escrito nada: ¡Al toro!

¿Cómo armonizo con éste un poco «ligero» «DESDE PUNTA UMBRÍA»... un trabajo docente? ¿Cómo lo enlazo, ahora que los enlaces son la última palabra? ¡Al toro!...

La pluma espera caer sobre el papel y el pensamiento me anda diciendo: Lo mejor son unas «Notas» explicativas... Ya está.

Orden: LA RÁBIDA, PALOS, MOGUER, HUELVA: lo que sepa, lo que haya vivido; el episodio, la anécdota, cuanto pueda despertar interés, contando lo tienen siempre estos lugares,

no sólo para los nacidos en España, sino para todo hispanoamericano y para toda persona culta.

Lo que escriba, te lo fío, ha de ser lo que sienta. Entendí siempre, que la pluma no debe servir para engañar ni para engañarse: yo he de decir al que me lea, que en estas páginas y en lo que voy a contarle, no habrá ni rebuscamiento, ni artificio, ni pretensión; sí, deseo de acertar, y si así no fuese, perdonar y culpar a este amigo, que me ha «echado una corrida que pesa mucho».

¡Al toro!

Pero... ¡Otro conflicto! Esto es muy largo.

Me dijo, una vez, mi dilecto amigo el cultísimo escritor sevillano, marqués de San José de Serra, que, a veces, es más importante saber lo que no se ha de llevar al papel que el escribir. Pero... ¿Qué suprimo de estos lugares? ¡Y queda Huelva! ¿Cómo voy a publicar todo en un solo tomo?

Consulta al amigo R. T., que contesta: En vez de un tomo, dos.

Desde que el Lcdo. Don Juan Agustín de Mora publicó en 1672 *Huelva Ilustrada*, joyel de nuestra particular historia, expuesta por varón tan docto, hijo amantísimo de Huelva, no se ha hecho ningún libro de ésta, aunque sí escrito mucho: artículos, informes, periódicos, revistas, pero no una continuación del famosísimo y apenas conocido libro, que el tiempo ha ido haciendo desaparecer, quedando poquísimos ejemplares.

¿Estaría de Dios —lo alabo— fuese yo el afortunado, si bien poco escritor, para tan alta y honrosa empresa?

¡Al toro!

///

Esta mi tierra es para mí, como la novia de los primeros

amores: Casta, pura... ensueño. La chiquilla que quieres es inmaculada; el aire la ofende. ¡Que no la mire nadie! Y sus ojos, su cara, su talle, su andar, su voz, te estremecen. Ella eres tú.

Como la compañera en que cuajó tu vida y, como la abeja el panal, fué contigo, unas veces con alegría, otras con dolor y lágrimas, muchas con desengaños, elevando el altar de tu hogar donde pusiste tu Cruz, la de tu vivir, la que llevas con el esfuerzo de tu trabajo, divina maldición que redime; y te ofrenda los hijos, creación santa, que, fundiéndose con el cariño de tu compañera, no sabes a quién quieres más: si a ella, si a los hijos, porque los llevó en las entrañas: la madre. A todos más que a ti.

Como al sol, que, en la vejez, calienta; como al recuerdo de los días felices, que te endulzan los años; como a los días amargos porque ellos te templaron y supiste cumplir y fuiste hombre; como a la tierra que cubrió a los tuyos y es sagrada y esperas que te guarde a tí, para que la bese el mismo aire, la arrulle la lejanía del mismo mar, la adornen las mismas flores de tus campos, más bellas que ningunas porque las llevaron tu madre, tu novia, tu mujer, tus hijas y, si Dios te deja vivir, tus nietas. Pero. . .

Era yo estudiante de «Filosofía y Letras», que así se llamaba entonces la Facultad, sin las ramas en que hoy está dividida, y un catedrático, sabio en verdad, con cuyo hijo político, catedrático eminentísimo, ⁽¹⁾ me une antigua y cariñosa amistad; una noche, al hablar —el catedrático— de la Filosofía y la Literatura Indias (no sabíamos qué dominaba más el insigne maestro, si la Metafísica o las Letras), nos

(1) Barras de Aragón (Francisco), catedrático jubilado de la Universidad Central y exdirector del Museo Antropológico. Naturalista de fama mundial; sus obras son grandemente apreciadas, así como sus conferencias en Oriente y en América.

contó el siguiente apólogo, no recuerdo ya, si del *Ramayana* o de otro poema.

En la —dijo el catedrático— región donde la naturaleza «ordenó» a la tierra que tuviera mayor exuberancia, y crecieron árboles gigantes y bajaron de los montes amigos del cielo, ríos de profundas aguas y largo curso para que las plantas, las flores y los frutos, con agua y sol, diesen azúcar; y los golfos, perlas, y el bosque, animales reyes de las selvas. En la capital de esa tierra de ciudades populosas donde el hombre edificó palacios, que son moradas de apariciones. Una tarde, cuando la ciudad entera, a sol poniente, paseaba por los más hermosos jardines buscando la brisa que olvidara las fatigas del ardoroso día; en el árbol más frondoso, más «alegre», más cantado por los pájaros; de flores más bellas y hojas más finas, apareció un ramo luz de brillantes, rubíes, verdes esmeraldas, aguas marinas tornasoladas en desmayados colores, transparentadas amatistas, todas las piedras preciosas, en un tallo de afiligranado oro con hojas de plata.

Como por encanto, se paró la circulación; la inmensa muchedumbre, suspensa, se arrobó admirando el prodigio brotado en aquel tronco al alcance de las manos. La princesa india, atezada, ojos miradas dulces, andar lánguido y misterioso; envuelta en sedas y tules blancos como nubecillas blancas; labios de carmín; prendida de brazaletes y collares labrados por los artifices de Sidón y Tiro. Las mujeres de los comerciantes de fabulosas riquezas, con sus chales de cachemira tejidos con hilos de oro, bordados de «fantasía» de colores que fatigan los ojos por los miniados dibujos. Las paseantes todas, suspiraron por el aparecido ramo, caricia tibia de luna en el crepúsculo de la tarde, que de mujeres es la pasión por las joyas y los adornos.

Los Brahmanes guardadores del Código que encierra las palabras del Dios, intérpretes de los Vedas, al cuello el cordón sagrado de la iniciación. Los guerreros nacidos de los brazos

de la divinidad, veladores del pueblo, con sus turbantes en los que las jerarquías están orladas de pedrería: Los nacidos del vientre; hasta los *Parías* o *Sudras*, la casta que mancha. ¿Quién no había de querer la flor más bella de los campos y las orillas de los ríos cuyas aguas purifican?...

—¡Qué dirán, si yo me acerco!— Pensaban para sus adentros los privilegiados del poder y de la fortuna.

—¡Qué dirán!— Los de las riquezas amontonadas.

—Qué hacer con ese milagro: ni traje para lucirlo, ni casa donde ponerlo, ni siquiera poder mirarlo.— Los de la casta desheredada.

Y en tanto, la tarde caía, el lucero parpadeaba en las lejanas cumbres; en los templos aparecían las luces por los que transmigraron, y, mirándose y murmurándose unos de otros, achaque de la India, que pasó a todos los países, las suntuosas alamedas fueron quedándose desiertas, los jardines envolviéndose en el cálido y húmedo vaho que se levantaba del Indus. Y allá en la altura, en la región de los Walhalas donde moran los escogidos, la Trimurti Sagrada, Brahama, Vishnou y Siva, viendo la «tontería» de los mortales, resolvieron secar el ramo, único, que jamás se habrá visto ni se volverá a ver en la tierra.

El poeta del brillante apólogo, con profundo dolor y amargura, lo termina con la siguiente moraleja:

El simbólico ramo de flor era la *Felicidad*. Y los hombres, por su soberbia, por su orgullo, los de arriba; por sus odios y desidia, los de abajo. Y las mujeres por su vanidad y lenguas largas (el habla en las mujeres es una imperfección). Las flores, las hojas y el tallo, no fueron lo que debieron ser: rocío de la mañana, flor de Mayo, fruto sazonado de otoño, calor de invierno, si lo hubieran cultivado con amor de desinterés,

y, levantando el corazón, sin envidias, la Felicidad se hubiera repartido sobre la tierra: valladar a las olas de odios, de lágrimas y sangre; noche negra de la pasión y martirio.

DOMINGO 18 DE AGOSTO DE 1941

Debí pisar el umbral con buen pie, y fué, que invitado por un querido amigo a pasar la mañana en Punta Umbría, mirando desde la entre casa-palacete y hotel del invitante, el «pedazo» más glorioso de la Historia de España y la Universal, y en ese «pedazo», como una reliquia dorada por los siglos, el monasterio de Santa María de la Rábida; un prócer que sabe serlo, «lleva hondo» el sentimiento patrio, ama las artes y las letras que cultiva y gusta divulgarlas, en conversación sobre el sugestivo tema, Colón y Pinzón, Palos y Moguer, el Descubrimiento, y el Hispanoamericanismo, interesadas las damas y cuantos

«Entre el humo del cigarro
y entre el sorbo de café»

servido por la hidalga y franca hospitalidad de mi amigo, surgió la idea de editar un compendio-resumen de estos «Lugares» y su Historia, y, suponiéndome competente, —se equivoca— me encargó de la redacción.

Fueron testigos del encargo: un sol de fuego —había que huirle— irritado por un levante duro; un mar azul reventando en la playa con zarpazos de olas; cielo purísimo sin más nubes, que bandadas de patos en fila india, y cerrando el horizonte, celajes de gasas finísimas.

Entre sí y entre no, sin comprometerme, ofrecí traerles los originales de mis libros en «incubadora»: *Los Lugares del Descubrimiento y Martín Alonso Pinzón*.

A otra cosa. Saltaron nuevos temas. Al despedirme de Punta Umbría, un barco entre galeón y goleta con un cuartelón de místico, fino de quilla, me trajo a Huelva.

MIÉRCOLES 21

Oleum promissum est debitum. Cumplí mi promesa. En espléndida terraza, balcón a la Naturaleza, estamos todos.

Ha derramado el levante: celajes cenizas desflecados, vienen del lado del Estrecho; el mar siente el azote y se encrespa; en el horizonte hay «blanduras»; la mañana, húmeda: Agosto, frío en rostro.

Ante unas cigalas y unas «gambas», mariscos que han llevado a los cuatro Puntos Cardinales el nombre de Huelva y que piden —los mariscos— blanco de los Moriles, del Condado o de Sanlúcar; yo, José Marchena Colombo, servidor de mis lectores, hago entrega, en «roman paladino», al Excelentísimo Sr. M. de A. de dos libros, amén de unas fotos, álbum de emoción histórica que habla de lugares sagrados, de rincones de soberana belleza, paisajes de espléndida hermosura, sitios humildes, que guardan las huellas del genio y fueron escogi-



PUNTA UMBRÍA.—La calma de levante convierte el río en un espejo.

(Foto Sánchez Serrano)



PUNTA UMBRÍA.—La pesca. Cogiendo el copo.

(Foto Sánchez Serrano)

dos por Dios para lección de los soberbios, los dominadores, los que entenebrecen las almas cubriéndolas de luto, los de las guerras. . . No son más grandes el Escorial, las Pirámides, la tumba de Napoleón, que la Rábida.

Y cielo y mar, arenas de oro, almendros de «La Cascajera». Y el anfiteatro de verdura y calvas rojizas, con el convento Descubridor y los monumentos que le ofrendaran los siglos XIX y XX, supieron que, estas modestas cuartillas, fueron apadrinadas por la amistad. Agua lustral, la del Atlántico, dando fe Don Antonio Oliveira Domínguez, fraternal amigo, modelo de caballeros que he perdido cuando escribía estas cuartillas. Era prestigio de Huelva y tenía el respeto y el cariño de cuantos lo trataron; fué de la Vieja Colombina que tanto enaltecíó las glorias de España y trabajó por el Hispanoamericanismo.

Volo. Amén.

En Punta Umbría, fecha *ut supra*.

JOSÉ MARCHENA COLOMBO.

Doy fe: ANTONIO OLIVEIRA DOMÍNGUEZ.

Testigos: EL ATLÁNTICO, LA RÁBIDA, LA CASCAJERA:

siguen las firmas.

PUNTA UMBRIA

PUNTA UMBRIA

VIERNES, 23

Hay playas estáticas. De las que yo conozco: la famosa «Concha» de San Sebastián, la de Cádiz, Biarritz, Fuenterrabía, Santander, la Coruña, los Estoriles, la Rocha (Portimao); hasta Montegordo, son estáticas.

Dinámicas: Punta Umbría y su congénere la Punta de San Antonio (Portugal), en la que la arena se «tragó» un lazareto construido con todo lujo.

La arena, como

«La donna é móbile
muta d'asento»,

lo que hace hoy lo deshace mañana, se le olvida más tarde, va con el cuadrante; el polvillo sutil no asienta, sólo la bravura de la «uña de león» se le echa encima, y, cuando medio la «fija», asoman el terebinto de Judea, la retama dura y amarga, la adelfa del torrente Cedrón, la palmera del Desierto; plantas tenaces que desafían la muerte y viven del «salitre» y del calor de fuego.

Punta Umbría limita al Norte con unos caños, entre ellos el «Burro Chico» —¿por qué se llama así?— desembocando en el de «Bacuta». Telón de fondo: el Odiel, los mástiles de los buques anclados en Huelva, los muelles, el caserío de la ciudad subiendo los rojizos cabezos: paisaje de nuestro bello estuario.

Al Sur; el mar que acaricia a la playa, la mima, y en los días

de enfado, se alborota, la atropella, se encabrita, la asalta y, amante bárbaro, la pellizca, muerde y se lleva pedazos. Telón: agua y cielo, cejas de humo, «tarrafas» avante por sardinas, velas de los pesqueros a cordel que se confunden con las gaviotas: según el viento, cambian de color las olas.

Al Este; el río de Punta, que va al mar por la Canaleta; la «Cascajera», la isla de Saltés por cuya barra, hoy cegada, salieron las Carabelas. Telón: torre óptica de la Arenilla, vigilante contra el Berberisco; estero de «Domingo Rubio»; alcor de la Rábida; Palos; playa de Castilla: Primer acto del Descubrimiento.

Al Poniente; lagunas del Portil y playa de la «Bota». Telón: las casas de Aljaraque con su espigada torre; el pueblo minero de Corrales, y, muy lejos, las estribaciones de Sierra Morena —El Morante, el San Cristóbal, Ríotinto—, adivinándose el Guadiana y Portugal: paisaje hosco de cuenca minera.

Fauna. Aparte de los moluscos —almejas, coquinas—. . . unos pajaritos de traje blanco y capa gris, que se acercan a las «Villas bien»; el hombre y el burro, alternan; algún perro lobo, aves de gallineros, gatos victimarios, lulús. . . El alacrán, la víbora, la tarántula, han cedido el paso a la civilización.

Punta Umbría nació por generación espontánea. La torre de su nombre habilitada para carabineros veteranos y la choza del «Polaco» —pescador— le mecieron la cuna. Corriendo el tiempo, los «mojarreros», los «tapaesteros», los «caballeros» (pescadores de caballas), los «corbineros». . ., buscaron el «vinate» del «Polaco», y, éste y el sargento del «puesto» debieron sembrar la verbena sagrada, círculo de la urbe.

Los ingleses pidieron terrenos, y la Compañía de Ríotinto les construyó unas casas para las temporadas de baños. Huelva, que se desperezaba por las marismas y la ría, buscó la playa.

En Punta no hay mosquitos, se dijo, es rara la noche sin manta en el lecho.

Voló la fama: sirenas rubias, morenas, terciadas, mojaron sus cuerpos, y, Punta Umbría, es hoy aduar y refinamientos; ciudad lacustre; tribu nómada; pueblo civilizado; todo en sociabilidad cordial, unido por el baño nivelador, por el sol y la arena y por un aislamiento delicioso, sedante de los nervios, que no sienten telégrafo, ni teléfono, ni. . . creo que radio: ¡dichosos los hombres y los pueblos que pueden privarse algunas horas de. . . tan delicioso sonido!

LUNES, 26

Escribo en Huelva, en esta campiña atildada con sus viñas, frutales, cuadros de huertos; no sé cuantos colores, y salpicada de casas, como unos juegos de dominó que, chiquillo travieso, hubiera rebujado.

Hace dos días, el barco entre galeón y goleta conocido de los que me leen, enfiló hacia el puerto, atracó en la «Punta del Sebo» do el monumento de la arquitecto norteamericana, Mis Wthney, concibió y, por suscripción pública en su país, erigió en la misma confluencia del Tinto y el Odiel, cuando, ya, no se separan hasta dar en el mar, como las vidas que dijo el poeta. Mirando y remirando la obra, conté yo a mis amigos, que tuvo la repulsa general; la gente no se acomodaba a los sillares apenas labrados, a la figura abocetada; a la mole del pedestal sin más adorno que unas siluetas de indios; les «molestaba», acostumbrados al basamento, más o menos columna con la estatua: no «entraban».

Añadí, que, en visita del conde de Romanones, no siendo Ministro, al ver el monumento, soltó un taco —el conde

adjetivaba fuerte— y dijo: Es un acierto. Y, ¡vive Dios!, digo yo, que lo es, no sólo por la fortuna de evocar a América, si no por la idea justa, precisa, sintética del espíritu enigmático del Almirante: figura que puede ser la Fe, el Descubridor, la Cruz, la Espada.

Desde alta mar, al «tomar» el puerto, los capitanes de los buques que «entran», hablan de la impresión que les causa el Colón de la «Punta er Cebo», como lo llama el pueblo:

Aunque no sea muy del momento, pero sí del lugar, quiero consignar para el futuro, que al conde de Romanones, Presidente de la Academia de San Fernando, se le debe no profanaran los muros de la Rábida con unas pinturas: hasta tenían el recuadro.

El conde —lo acompañaba—, al mostrarle la pared y exponerle que llevaba perdida la partida, readjetivó fortísimo y me aseguró que la Academia evitaría la profanación: Así fué. Cierta resquemor que le guardábamos a su Excelencia, que, en visita de Ministro y en el Gobierno Civil, nos llamó a los Colombinos, los Vestales de la Rábida (*vir viri*), quedó cancelado.

Me dijo Melquiades Alvarez alguna vez: El conde de Romanones, es uno de los espíritus más finos de la política española, pero. . . siempre mirando a Palacio.

MIÉRCOLES, 28

En la Terraza.

No ha desaparecido el calor, que en estos días «echa lumbre».

En un ángulo, hablamos. Es el momento cumbre, el de la difícil facilidad, el de: ¡Arriba el Telón!

LOS LUGARES DEL DESCUBRIMIENTO

LA RÁBIDA

Sobre un alcor se asoman unos muros cubiertos de cicatrices sosteniendo la fábrica de la «Anunciación del Nuevo Mundo». La Rábida es la primera afirmación de América. Templo a Proserpina, Rábitha (ermita, morabito o convento de hombres religiosos). Antes de la Reconquista, era ya Convento de Franciscanos y a él llegó Colón con su hijo Dieguito, rendidos de cansancio, cuando de Portugal demandaba Huelva en busca de su cuñado Muliarte, pidiendo en el Convento, pan y agua para el niño y un poco de sombra en los claustros, contra el calor del estío.

Por Oriente da acceso al Monasterio, un arco de medio punto peraltado, sostenido por dos columnas, y por él se pasa a un reducido zaguán con asientos de ladrillos. En la pared lateral derecha, un pequeño ventanillo. Frente al arco de entrada, la verdadera puerta, de estilo gótico; en la clave, el escudo de la Orden; zigzagueando, el cordón de la campanilla, al igual que al llamar Colón.

Pasada la puerta, otros dos zaguanes con paredes de arga-

masa, —lo más antiguo de la construcción—, dan a la Hospedería, pudiendo ser la de la derecha, entrando, la de Colón. De la Hospedería a la Iglesia, por dos bellos arcos en forma de ojiva túmida.

La Iglesia es de una sola nave, acusando en la fábrica épocas mahometana y cristiana. Debió construirse en el siglo XIII; en el XIV reconstruirse el presbiterio y parte de la fachada de estilo gótico. El ilustre Arquitecto Velázquez Bosco, restaurador de la Rábida, afirma que la decoración de las capillas, de marcado influjo italiano, pudiera estar hecha por Colón en el tiempo que fué huésped de la Comunidad.

En el altar mayor hubo un Calvario: el Cristo, talla de madera, de fines del siglo XV, sobrio, austero, cabeza velazqueña que llegaba al alma, fué brutal y sacrílegamente ultrajado, hecho cenizas, como todas las imágenes del templo, en los días rojos; el Monasterio, saqueado.

La clausura: patio rectangular, columnas ochavadas y las celdas, entre ellas la de las «visitas», allí tuvieron lugar las conferencias precursoras de la Expedición. En ese patio, los poderosos de la tierra y las mentalidades más altas de los siglos XIX y XX, enaltecieron la obra cumbre de España.

La parte alta del Convento es de la Sociedad Colombina y los frailes. Un patinillo andaluz con trepadoras, y, en la parte izquierda, entrando, una lápida que reza: «La Rábida es la primera afirmación del Movimiento Hispanoamericano». El lugar donde se engendró el Nuevo Mundo, es sagrado para la emoción racial. El español o americano que sienta hondo y eleve el pensamiento, ¿no nos ayudará en nuestros propósitos de convertir en amor y paz la fuerza que irradia de este humilde Monasterio?»

El Cristo ante el que oraron Colón, Fray Juan Pérez, Marchena y los Pinzones, abre sus brazos a los hombres de todas las creencias y buena voluntad —*José Marchena Colombo*—

(Por acuerdo de la Sociedad Colombina).

Al patinillo, sigue pequeño portal adornado con un tríptico, recuerdo del vuelo del «Plus Ultra»; la escalera, «la sala de las banderas», la que tuvo el altar de la Raza —desaparecido— y en las paredes lucen retratos de los Reyes Católicos, escudos de arma del Inca, Cortés..., Archivo-Biblioteca y, entre objetos-recuerdos, un retrato del Gobernador Alonso Castillo, al que se le debe, porque obedeció y no cumplió, la salvación de la Rábida, postero de cabras, mandada destruir por R. O. de 5 de Agosto de 1851, y que se pusiese en su lugar una Cruz.

No debe dejar de visitarse lo que se llama el Mirador de los Frailes por sus espléndidas y sugestivas vistas.

Pero la Rábida, más que su venerable vejez; más que su actuación histórica, que Fray Juan Pérez detuvo a Colón cuando, abatido y sin ilusiones, abandonaba a España; más que la comprensión del Fraile «astrólogo» Antonio de Marchena; más que los 20.000 maravedises que trajo Diego Prieto, mandados por S. A. para que Colón «mercarse» una bestezuela y fuese a la Corte; es el espíritu, la llama viva de España en América y de América en España, sintiendo, a través de los siglos, los latidos de la emoción en los corazones amantes del Ideal.

Si el turista no viaja en «ristra ilustrada», en lugar alguno sentirá más hondo.

PALOS

A tres o cuatro kilómetros de la Rábida, unas casas bajas uniformadas a los lados de la carretera a Moguer, son Palos. En los días del Descubrimiento, el puerto principal del cabotaje en toda la región meridional de la península. Sus pilotos tenían fama de expertos aún en la navegación de altura.

La Iglesia, Monumento Nacional, junto a los restos del Castillo del señorío de Miranda, conserva el carácter de la época.

La Virgen de los Milagros, escultura de alabastro policromada, patrona de Palos, del siglo XIV, que partió en pedazos el marxismo, pudo recogerla un devoto: ví la cabeza trunca entre paja y trapos, en un cajón.

Enfrentada con la puerta principal de la Iglesia, la de los «Novios», bello ejemplar del mudéjar; desde ella se «toca» la «Fontanilla», aguada de las Carabelas. La pequeña ensenada del Tinto, hoy tierra de labor donde estuvieron ancladas, y el Astillero, donde se construyeron: viñas, pinos, caseríos...

La plazuela de entrada al templo, hoy desfigurada por el monótono e incoloro cemento, oyó al Escribano Real, leer la Pragmática de los Reyes Católicos, ordenando el apresto de la Armada. Por la escalinata del porche bajaron el atardecer del 2 de Agosto, seguidos del pueblo entre afligido y atónito, los que, fiados en la autoridad de Martín Alonso Pinzón, iban a lo Desconocido.

Embarcaron. A remos los barcos, como los de cabotaje hoy, hicieron noche en el estero de «Domingo Rubio» esperando la brisa mañanera para pasar la barra de Saltés, y salir al mar.

Al amanecer, hinchadas las velas que recogían el viento, los botes pesqueros del «Manto» despidieron a los que al compás de

«Santo Dios,
Santo fuerte,
Santo inmortal».

iban guiados por el dedo de Dios.

ERA EL 3 DE AGOSTO DE 1492: ESPAÑA.

MOGUER

Una torre que evoca la Giralda y un cimborrio de Colegiata erguidos sobre el blanco caserío, dan tono a este pueblo entre pámpanos, racimos del vino de la tierra, tan fino, que a las cinco de la tarde, todo Moguer hace honor a sus bodegas. La Pastora, emperatriz de la raza gitana, se dice nació en Moguer.

Lo Colombino de Moguer dió con Juan Niño, la «Niña», y en la expedición fueron, a más de éste, los vecinos Francisco y Pero Alonso Niño, Bartolomé Roldán y otros. Y el Convento de Santa Clara, fundado por Jofre Tenorio, almirante de Alfonso XI en 1337.

Santa Clara iba para castillo, pero los condes de Niebla no querían cerca de sus estados otra fortaleza y se quedó en convento. Hoy es Noviciado de las Concepcionistas, con unos «primitivos maravillosos». La sillería del coro, labrada al estilo nazarita, era única y fué destruída en el saqueo de la Iglesia, con un tríptico de Fray Angélico y una tabla de la Cena muy celebrada en la Exposición de Sevilla.

En Santa Clara cumplió una promesa Colón, ya Almirante de las Indias.

HUELVA

Blanca, alegre; calles rectas; hermoso paseo de los Pinzones —seis kilómetros—, orillas del Odiel; jardines en la avenida del puerto, plazas bellas; muelles soberbios; flota pesquera: vida de urbe que crece.

En estos días, su puerto, que llegó a ser el primero de la península en exportación, sufre la locura destructora que padece el mundo.

Ya en la ciudad, te encaminas a la calle del Puerto, y te mostrarán la casa que se supone de Alonso Sánchez de Huelva, el que en la Isla de Madera, al morir, entregó a Cristóbal Colón, memorias de unas tierras desconocidas.

Sigues calle arriba, pasas por la Iglesia matriz de San Pedro, —fué mezquita—, sales a un paseo en cuesta, que se llama Conquero-Avenida de Siurot, y, recreándote los sentidos en el paisaje, estás en la ermita de la Virgen de la Cinta, la Patrona.

SEPTIEMBRE

Poetas y enamorados; romanticismo: amarillean las hojas. Es el mes de las pomos; los melocotoneros se adornan con sus frutos de terciopelo, las granadas son de rubíes y huele a vendimia; el membrillo perfuma el arca del hogar sencillo y humilde. Las tardes arrebolan al sol en todos los tonos del oro y grana sobre manto de Inmaculada, que, la noche, ya más tempranera, adorna con luceros. Si nace la luna, los marineros dicen: «Luna en pie, marinero acostado».

Los «punteros» habían ido, mejor dicho, habían estado en Palos —ir a Palos, sería desagradable—. Se hacían lenguas de las famosas uvas «bebas» productoras del vino que escanciarían los pajes en la Capitana Colombina, y de los carnosos melones, vecinos de las uvas. La Terraza, una delicia; el viento se «había echado» para no turbar la solemnidad de la tarde; el mar, besado por una suavísima brisa, cantaba en la playa la canción de las espumas; el disco solar bajaba lento,

como ofrenda de altar; la Naturaleza lo despedía: las despedidas son melancólicas.

La majestad de la hora nos impuso silencio y, callados, vimos avanzar las sombras bordadas por puntos de estrellas que titilaban en el cielo, mirándose alguna que otra en el rebalaje... *Fiat lux*, y la luz fué hecha, «resucitando» la conversación de Palos.

Las figuras cumbres decantan en el pensamiento y en la sensibilidad gérmenes divinos de cultura, que son como la chispa al rescoldo.

La verdad —dijo M. de A.— que Palos es Martín Alonso Pinzón y éste tanto como Colón.

Asentimiento general, que no excluyó diálogos interesantísimos, si no a la historia general, sí a la particular de esta región, máxime cuando nuestras letras están escasas de lo anecdótico, corriente en otras Literaturas. A Cánovas del Castillo, afirmó un interlocutor, se le debe la rehabilitación de Martín Alonso. Don Antonio tuvo la inspirada idea de celebrar el IV Centenario del Descubrimiento.

Estos lugares comenzaron a ser visitados, se despertó la inquietud intelectual, el ansia de investigar...

La tradición, siempre viva en Palos, afirmó que Martín Alonso Pinzón fué el descubridor del Nuevo Mundo.

Y lo que fué una intuición popular: voz del pueblo... comenzó a resultar cierto.

Fernández Duro escribió, y publicó en 1892, *Pinzón en el Descubrimiento de las Indias*.

Se piensa en el pleito seguido contra la corona por los descendientes del Almirante pidiendo el cumplimiento de las Capitulaciones de Santa Fe; y las probanzas demuestran que los únicos testigos que vieron o de referencia oyeron, bajo juramento, —no todo un pueblo puede ser perjuro, ni pueden ponerse de acuerdo los que declaran en España y en las tierras descubiertas—, están contesté en que el hombre que había llegado a la Rábida y después a Palos, no tenía nada, que se unió a Pinzón que le acompañó a Moguer, a Huelva, de casa en casa, diciendo: «Andad acá; idos con nosotros en esta jornada; que andais misereando; haced esta jornada, que según fama habemos de fallar las casas con tejado de oro, e todos veneréis ricos e de buena ventura». (1)

SEPTIEMBRE

Lugar, el mismo; las mismas sillas. Novedad, un velador estilo sevillano con libros: cada cual en su asiento.

M. de A.—¿Era Colón Español?

Siendo yo el preguntado, contesté:

—Para mí, no; italiano.

Don Celso María de la Riega, se empeñó en hacerlo español, y en un trabajo muy hábil lo bautizó gallego, porque gallego era Don Celso. Cuando se descubrieron las raspaduras, los entrerrenglones, tachaduras minuciosamente hechas en el documento; la mixtificación salió a la superficie: Don Celso se «coló», como dicen ahora.

El Centro Gallego de Buenos Aires, modelo de españolismo, debía sostener la procedencia galaica, porque cuantos gallegos visitaban La Rábida, hablaban con orgullo regional

(1) Véase mi libro *Martín Alonso Pinzón*.

del paisano Colón. Rafael Calzada, al que profesé gran admiración y cariño por su bondad y amor a España, me escribió una vez diciéndome: «He probado en un libro —lo mando a usted— que Colón era español». Llegó el libro, pero no Colón español.

En el Congreso de Historia y Geografía, en Sevilla o al revés, no estoy muy cierto, un sacerdote de Oliva de Jerez, simpatiquísimo, joven, buena palabra, con una erudición pasmosa, creía poseer el secreto de que el Almirante era extremeño. Siendo yo Presidente Perpetuo de la Sociedad Colombina, como ustedes saben, el buen cura me mandaba cuanto escribía y se enfadó conmigo porque no seguí su pensamiento. Me hablaron de un señor catalán, que probaba era Colón catalán y me dijeron: A ese señor, no le lleve usted la contra porque acomete. No se la llevé. El cura de Palos, Don Manuel García Viejo, escribió unos versos que terminaban:

Colón no nació en Savona,
Nació en Palos de Moguer.

Ahora, muy reciente, dos escritores portugueses han publicado un libro, *Salvador González Zarco*, diciendo que Colón es este infante de Portugal, nacido de los amores extraviados, «mas sin duda ardientes y sinceros», del infante Don Fernando con una nieta de José González Zarco, hidalgo cavaleiro portugués de los primeros que se ofreció al infante Don Enrique. Que para ocultar el desliz, la nieta de Salvador González fue a dar a luz a Génova, y que el padre dió al hijo «una instrução verdadeiramente principesca».

Otro libro portugués que me envió un querido amigo de Ayamonte: (1) *Cristóbal Colón es Symam Palha*, su autor

(1) Don Emilio Martín Bogarín, mi dilecto amigo, Vicecónsul de Portugal en Ayamonte, persona cultísima.

masa, —lo más antiguo de la construcción—, dan a la Hospedería, pudiendo ser la de la derecha, entrando, la de Colón. De la Hospedería a la Iglesia, por dos bellos arcos en forma de ojiva túmida.

La Iglesia es de una sola nave, acusando en la fábrica épocas mahometana y cristiana. Debió construirse en el siglo XIII; en el XIV reconstruirse el presbiterio y parte de la fachada de estilo gótico. El ilustre Arquitecto Velázquez Bosco, restaurador de la Rábida, afirma que la decoración de las capillas, de marcado influjo italiano, pudiera estar hecha por Colón en el tiempo que fué huésped de la Comunidad.

En el altar mayor hubo un Calvario: el Cristo, talla de madera, de fines del siglo XV, sobrio, austero, cabeza velazqueña que llegaba al alma, fué brutal y sacrílegamente ultrajado, hecho cenizas, como todas las imágenes del templo, en los días rojos; el Monasterio, saqueado.

La clausura: patio rectangular, columnas ochavadas y las celdas, entre ellas la de las «visitas», allí tuvieron lugar las conferencias precursoras de la Expedición. En ese patio, los poderosos de la tierra y las mentalidades más altas de los siglos XIX y XX, enaltecieron la obra cumbre de España.

La parte alta del Convento es de la Sociedad Colombina y los frailes. Un patinillo andaluz con trepadoras, y, en la parte izquierda, entrando, una lápida que reza: «La Rábida es la primera afirmación del Movimiento Hispanoamericano». El lugar donde se engendró el Nuevo Mundo, es sagrado para la emoción racial. El español o americano que sienta hondo y eleve el pensamiento, ¿no nos ayudará en nuestros propósitos de convertir en amor y paz la fuerza que irradia de este humilde Monasterio?»

El Cristo ante el que oraron Colón, Fray Juan Pérez, Marchena y los Pinzones, abre sus brazos a los hombres de todas las creencias y buena voluntad —*José Marchena Colombo*—

(Por acuerdo de la Sociedad Colombina).

Pestana Junior, pone frente a *Salvador González Zarco*, otro Colón portugués, Symam Palha.

En un bello opúsculo del Vizconde de Porto Cruz, (1) titulado *Algunas leudas e algunos monumentos de archipiélago de Madeira*, escribe: «Cuando llegaban a Funchal los grandes navegantes, Colón los buscaba, y leyendo, cuidadosamente, las rutas hechas, anotaba en su mapa las nuevas tierras descubiertas... En Funchal, próximo a la Catedral, entre las viejas calles de *Sábao* y de *Esmeraldo*, se levantaba otrora una vivienda de bello estilo arquitectónico entre gótico y renacimiento.

En ese mismo solar parece haber vivido el descubridor de América durante su permanencia en la Isla de Madera.

De todo ese edificio, que debería ser conservado como una reliquia inestimable apenas existe una ventana gótica».

En Porto Santo, la vivienda de Colón tuvo igual suerte.

El palacio de Colón en Santo Domingo, el tiempo y la incuria de los hombres lo convirtió en ruinas, quedando los muros y algún hueco vacío por donde miraba el mar el Almirante. (2)

La bibliografía referente a Colón es interminable, y el mismo Almirante se hace enigmático por las contradicciones en que constantemente incurre, hasta el punto, que su hijo, en *Vida del Almirante* dice: «Cuando su persona se vió coronada de todo cuanto necesitaba para la empresa, me-

(1) Lo debo a la atención de Lolita Martín, hija de mi querido amigo D. Emilio Martín, tan citado, inteligente y culta, muy conocedora de Funchal.

(2) En Funchal se va a levantar un monumento a Cristóbal Colón, me escribe desde Viseu (Portugal), mi buen amigo Blas Vázquez y me envía periódicos con fotografías del futuro monumento.

El grandioso «Faro de Colón», que había de elevarse en Santo Domingo, por las Repúblicas Americanas y España, feliz idea a cuya realización consagró el ilustre dominicano Enrique Deschamps todos sus entusiasmos, sufre el colapso de estas horas de muerte.

Con Deschamps me unió gran amistad, y más de una vez estuvo conmigo en las fiestas Colombinas. (N. del A.)

nos conocido y cierto quiso que fuese su origen y patria». (1)

Si el glorioso Almirante volviera de la otra vida, se preguntaría si es él y donde están sus huesos.

¿En Santo Domingo? ¿En la Catedral de la Habana? ¿En la de Sevilla? Si Colón se propuso, como dice su hijo, ser el misterio, lo consiguió hasta después de su muerte.

Aventurero, el mozo, como los italianos de aquel tiempo, que se extendían por Europa —en España, muchos, sobre todo en Sevilla; la calle Génova— acaparando el comercio por ser las Repúblicas italianas lo más adelantado de la época.

Los viajes y los descubrimientos de los portugueses; las casas de oro; las perlas de ensueños; los perfumes de embriaguez; el pasar de pobre a señor de fabulosas riquezas; el ansia de conocer y conquistar, tenían exaltada la imaginación de los pueblos costeros: había que ir a las tierras del Gran Kan, a los

(1) No sabía que en La Palma del Condado, hubiera una casa, que los palmerinos llaman «Palacio de Don Diego Colón».

Mi exdicipulo, Ignacio de Cepeda, persona cultísima, hijo de dicho pueblo, cuyo título lleva, Vizconde de La Palma del Condado, me sorprende con la nueva.

«Se trata de una casa (hoy la mayor parte sucursal del Banco Hispano Americano, y la otra parte residencia particular), construcción, al parecer del siglo XVII, muy reformada durante el siglo XVIII y posteriormente partida en dos por razón de herencias y cambios de domicilios.

Tiene habitaciones espaciosas y una de ellas conserva todavía artesonado de la época de su construcción. El amplio patio está encuadrado por galerías con arcos de medio punto sostenidos por columnas de mármol con capiteles clásicamente sevillanos».

Ignacio, autoridad en materia de arte e investigación, me incluye con su carta portadora de la nueva: Dos fragmentos de escritura sobre venta de la villa de La Palma y de la fortaleza del Alquizar a su hermano Don Hernando Colón, documentos que se exhiben en el «Archivo Hispalense»; colección «Gestoso» en 40, tomo 19 de la Biblioteca Capitular y Colombina. (N. del A.)

dominios del Preste Juan de las Indias: Cristophoro Colombo fué uno de tantos. (1)

Faltaba poco para el «Apagón» de la luz. Nos levantamos, después de conocer el «Orden del día» para el siguiente. Tenía la novedad de pescar, en más o menos alta mar, a bordo del buque galeón dormido en la orilla, con un ojo alerta en el palo mayor; aviso a los navegantes.

SEPTIEMBRE

Escena, igual, y los dichos. La luna «que se lo come todo» se había comido la Vía Láctea y las estrellas, «espolvoreando» de plata el aire, rielando en el mar, cortando en espejos las

(1) Publicado mi libro *Los lugares del Descubrimiento*, me sorprendió una carta firmada por el Capitán de Fragata, retirado, residente en San Fernando, D. Leopoldo Colombo Austrán, en la que me decía, que en polémica sostenida con un señor de Vigo, que mantenía era Colón gallego, probó que el primer Colombo que vino a España fué el tatarabuelo del Sr. Austrán, D. José Colombo y Solsio formando parte de la Compañía Italiana de Guardias de Corps de Don Carlos III.

Me acompañaba copia del Arbol Genealógico de los señores Colombo, de Cúcaro (Italia), siendo el primero el conde Alejandro Colombo, que poseyó el título por privilegio del Emperador Otón, dado en la ciudad en 14 de febrero del año 740 y, el Colombo 27, Dominico, fué padre del Almirante Cristóbal Colón, descubridor de América. Fundador de la Casa Veragua.

Sobre el estado de Veragua y Mayorazgo hubo pleito que pasó, como es sabido, al Consejo Real de las Indias, y entre los interesados que se opusieron fué uno de ellos D. Baltasar Colombo, Señor del Castillo de Cúcaro en Monterrado.

El Sr. Colombo Austrán ha hecho un detenido estudio que aporta luz en las sombras que envuelve la patria de Colón (Christophoro Colombo), su ascendencia, descendencia, pleitos y títulos.

Yo agradezco al distinguido marino, del que resulo pariente en línea materna según me demuestra, su documentada investigación.

No he querido dejar de publicar esta nota, que debe interesar a los investigadores y especializados en esta clase de conocimientos. Mi papel es de modesto divulgador.

lagunas del agua rezagada, pintando las casas del pueblo y las villas aisladas, de ese blanco mate melancólico y soñador, «saudade» de las almas románticas.

El tema fue el Hispanoamericanismo. A tal señor, tal honor.

El lazo más fuerte de unión de los hijos es el culto a los padres; la historia española es la historia de América, tan ligada con nosotros, que con España florece y decae. Uno de los presentes, no recuerdo cual, acentuó: Pero esa decadencia es como el sol que se pone y es el mismo. Tuvo un gran éxito la frase. Para comprobarla se habló de Rodó, de Larreta, de Martín Noel, de Capdevila, de Riva-Agüero, Vasconcellos; Mendieta... Yo aporto como prueba la relación de libros que recibo con frecuencia, inspirados en el sentimiento de Hispanidad, haciendo de éste una política de fecundas promesas; que la cultura Hispánica, es continuidad, sucesión física, si cabe el concepto, que la hace invencible.

Como conclusión se reafirmó: España, por su situación geográfica, punto extremo de Europa; por el Descubrimiento; por la Conquista y la Colonización; por los «Lugares Colombinos» y el Archivo de Indias; por el Hispanoamericanismo; por la fuerza ancestral y por la lengua, el Verbo, expresión divina de las almas y fuente de amor; tiene su destino histórico en el Nuevo Mundo...

OCTUBRE

Siete lunas cubre, dice el refrán. Es el mes del «Cordnazo». Punta Umbría «se pone brava»; el mar se enfurruña; las gaviotas vuelan playa adentro, apretando sus agudos chilli-

dos; los horizontes se nublan; el bañista apresta los bártulos. Ya no alternan el hombre y el burro, quedando éste solo, en espera de algún retrasado que quiera utilizar sus servicios.

Así como el portugués se baña en Octubre, el español quiere mucho sol; cuando el Guadiana fronterizo empieza a «ponerse el gorro», señal de mal tiempo: agua, dicen los marineros; se meten los «Punteros» en el «Rápido», en el Yate, «La Dolores» y «La María Luisa», proa a Huelva, y de ésta, tierra adentro en busca de los cuarteles de invierno.

Nos despedimos: Hasta luego, mirando con tristeza la entre casa palacete-hotel al que debo horas de convivencia, estela de simpatías, amistad, afecto y hermandad que han de conservar aquellos muros «hasta el año que viene».

PUNTA EN INVIERNO (1)

Algunas buenas almas, Dios se lo pague, me dijeron que esto de Punta Umbría no estaba mal, y me entró la tentación: ¿Por qué no he de hacer el capítulo del invierno en la playa y pueblo de verano?...

Allá voy cruzando el Odiel, cuyas aguas toman un tinte algo feo por las avenidas de las fuertes lluvias en la Sierra, una mañana entoldada de blancos grises que el sol rompe, cuando puede, en girones o en bandas, sacando sombras y luces al paisaje en impresionante contraste: media marisma, un pedazo de campo, lejos de ciudad, partidos en penumbra, y como el sol en Huelva aprieta tanto, salta el color sin transición; el paisaje es agua fuerte de soberana belleza que se va sucediendo según pelean las nubes y Febo. Y, «de cuando en cuando», un botecillo se mete en el foco del astro, se hace de plata y los remos al levantar gotean azogue. Las pirámides de sal de la «otra banda» son de nieve, los pinos de la Rábida más oscuros, el convento menos oro, más terroso; los almen-

(1) La celebérrima «Punta» tiene de población fija 2.000 habitantes. En la temporada de verano se acerca a los 5.000. Los días que vienen trenes de bañistas, seguramente tocan los 15.000: ¡en treinta años! Es justo consignar un recuerdo al que fué mi gran amigo, el vasco D. Florentino Azqueta, que puso su inteligencia, actividad y... los moños, con prefijos, a Punta Umbría. Y lo consiguió. Debía tener su nombre una de las calles del reciente pueblo. Punta Umbría tiene cine. Sus fiestas a la Virgen del Carmen revisten gran esplendor, sobre todo la procesión marítima. Se ha construído por el esfuerzo de los «Punteros» una bonita iglesia, dibujo del ilustre arquitecto Pérez Caraza. Hace pocos días he visto en una tienda de la calle Concepción un artístico y rico cáliz donado por el Marqués de Aledo. (N. del A.)

dros de la Cascajera, desnudos, sienten frío; el agua no convida al baño, y el vaporcito marcha por los esteros mirando y remirando las orillas que están más borrosas y los zapales entristecidos.

¡Cuarto de máquina!... ¡Para!... El barco se «cunea», va acercándose con miramiento... atraca suave. Amarra la boza uno de estos marineros que tienen algo de pescado, y subo la escalera del muelle, ahora solitario, deteniéndome en la plataforma: *sic transit gloria mundi*: no es el verano.

El pan del pobre, me decía una vez un trabajador del campo, y añadía: D. José, en el verano se arrima uno a un «ballao» y donde quiera hace tres comidas.

La batalla estaba ganada por el sol; derrotadas las nubes, había dos mares, el del ambiente, celeste-azul y el auténtico océano que brillaba como un inmenso reverbero, hasta el extremo de tener que hacer pantalla con las manos para mirarlo. El aire se fué calentando y la mañana fría, convirtiéndose en mediodía tibio, acariciador: ¡Hermoso día!

Lentamente, bebiéndome el azul, si puede decirse y queriendo abarcarlo todo con los ojos, pasé el puente, me detuve en la plaza «vacía». Bordeando el río, llegué a la playa que se contemplaba así misma silenciosa para oír la reventazón de las olas en su eterno luchar con la costa.

La soledad es una gran niveladora. Las villas altas, las bajas, las adornadas, las sin adornos; las modestas, las ricachonas en su soledad, eran lo mismo; no se ha encontrado aún el sustitutivo del hombre, y sin estar tristes, porque en Punta Umbría, con este sol, no hay nada triste, inspiraban un poco de lástima contemplarlas, que no devolvían la «casa abierta» con su afán y la mujer que la hace alegre por aquello que dijo el poeta de la Cena:

Sin mujeres,
careciera de placeres
este mundo y de alegrías.

Un paseo por el rebalaje, unas conchas que son nácares, valvas de coquinas, barriletes que salen de sus cuevas, ahora en paz los barriletes; y también en esta paz del aire, mar y tierra, oración que eleva el alma, yo, como todo lo creado, levanto los ojos, y en lo que el hombre tenga de ángel, si le queda algo, me pregunto: ¿por qué las aguas están llenas de sangre y la tierra cubierta de heridas y el aire de la respiración, el ansia de vivir, envenenado por las sombras de la muerte, y el transparente cristal hecho añicos? *Dies ira*.

EL PUEBLO

Como ya he dicho que Punta Umbría nació por generación espontánea y cada uno edificó donde quiso: éste mojó los pies en el agua; el otro al calor de la arena; esotro, casi en los médanos, resultando algo como un pueblo colonial. Cosa as, aunque con materiales distintos, debieron ser los primeros poblados de nuestros conquistadores en las tierras vírgenes del virgen Nuevo Mundo.

Si yo fuera novelista, sociólogo no; es mucho sociología, y

Siempre igual;
Un cielo gris,
Un horizonte eterno
y andar y andar.

de nuestro dulce lírico.

Haría la novela de «Punta», que aquí hay desde el que, con la maldición divina del sudor de su frente, hizo con el mar, gran fortuna, compró barcos y hoy tiene villa que se hombra con la más empingorotada; el que trabajó poco y no salió de pobreza; el que la suerte lo hizo nacer para ochavo, y no falta la matrona que ayudó al compañero, aligerándole la tarea; la que cotilleó a toda hora y olvidó el puchero; la moza con rosas por color, cintura de cimbra, andar airoso, abultados senos, unos ojos esmeraldas o azabache, castigadora —los tiempos cambian— de los mozos de la pesca, y, seguramente, no faltarán inculpaciones, celos, rupturas:

Porque no hablé
aquel día,
porque no lloré yo.

desavenencias matrimoniales, dolores y penas, que la muerte va desde la humilde choza al opulento palacio sin respetar ni los maduros años, ni la juventud: «La Danza de la Muerte»:

A esta mi danza,
trayed presente,
estas dos doncellas,
que vedes hermosas,
.....
ellas si pudiesen
partirse querrían,
más non puede ser,
que son mis esposas.

Y el marco, ¡el marco! Marineros; barcas con la barriga al sol, tumbadas en la bajamar, «chingadas» sobre el fango al descubierto las costillas, rotas de popa y partidas de cuader-

nas, inválidas de la lucha con el temporal. Improvisados astilleros, redes a secar; cuadros de Sorolla, perfumados con el olor del alquitrán hirviendo en las calderas para entintar el cordelaje y barnizar las juntas cubriendo las estopas, defendiéndolas del escaramujo. Hasta hay un dique para construir barcos de ochocientas o más toneladas: un arsenal.

El calafate martillea y canta el fandaguillo de Huelva.

Todos los barcos salen,
con viento a la mar,
el de mi morenito
ni viene ni va.

.....

Tres cosas tiene mi Huelva,
que no las tiene Madrid,
La Rábida, Punta Umbría
y ver los barcos salir.

No olvido —hay que ser verídico *amicus Plauto*—, entre los vecinos de Punta Umbría, el que «construyó» una casa con pre, tensiones de choza o al revés, se dedicó al arrendamiento y habiendo dicho los médicos que el mar es muy sano para los niños —«Punta» es sanatorio de chiquillos; ¡lo que hormiguean y disfrutan en el rebalaje!— el arrendador se llevó una entraña de la buena madre: los Shylock que no faltan.

Continúo: Pinos soberbios, un novelista diría que rumorean con la brisa, hablan con el viento y silban con las tormentas; velas lejanas; mar sin orillas colgándose del cielo, cejas de humo de los vapores rumbo a América; pajarracos marismenños, graznidos de gaviotas, y, en la mañana o la tarde, los galeones y tarrafas, ufanos, postineros, que pitan, entran río adentro: pan y negocio que atraen a los grandes y a los chicos

a la orilla; la bendición de Dios en aquellas «copejadas» que llenaron de peces el arte y el vientre de la canoa o bote; y van echando en las canastas y en las parihuelas pejes coleando sardinas como «bollos de plata», halago de la vista y relamido del gusto...

—¡Chis...! —¡Fulanillo! guiñando un ojo.— El simpatiquísimo chiquillo se ha «merodeao» algún «peje».

Falta le hace. Es el milagro de los peces.

De esa chiquillería debieron salir los de la famosa anécdota, que cuenta lo que dijeron a Colón los tripulantes de Huelva que iban en la Santa María, en un trance apretado:

—No se apure usted, D. Cristóbal, que aquí estamos nosotros...

Oigo unas voces.

Mis compañeros de excursión, Sánchez Serrano, aficionado maestro del Daguerreotipo, que saca una foto-artística donde la ven muy pocos, y Pedro Gómez —este pintor modesto que se empeña en pasar inadvertido, hace mal—, pintor de nuestros «Cabezos», han terminado su labor de enfocar y sacar apuntes, y me llaman preguntándome si me he dormido. No, me he entusiasmado y se me olvidó que el sol se va marchando por su diario camino. Su «puesta» es algo que no me atrevo a describir, sí a decir que es el toque del Angelus. Bandas de no sé cuantos colores, y un inmenso fuego titilando, anuncio de frío. La noche dejándose venir, sigilosa, terminando los afanes del día, cuando la noche era el descanso: ya en ella se matan los hombres. *Laciate ogni, speranza.*

Claro que el invierno, no es el verano, afirmación de Perogrullo que necesito estampar para decir que Sánchez Serrano enfundó su máquina, Perico guardó sus pinceles, yo, este lápiz que no se cansa de emborronar papel y... ¡adiós poesía! La humedad, el temor al catarro... Marcha precipitada al

vaporcito —¡Avante claro!— ordena el capitán... Desde la cubierta, al llegar al puerto, la negra mole del viaducto de Río-Tinto y la ciudad blanco-azul, ahora masa oscura salpicada de llamas de oro, estrellas en el suelo que nos indicaban lugares queridos y nos llamaban a la parca cena, que no sólo de pan vive el hombre.

A P O S T I L L A

La Fortuna, más amiga de los jóvenes que de los viejos, esta vez se acordó de mí; me hizo conocer en Punta Umbria al marqués de A. y a su hijo I. en la casa de mi querido amigo R. T. Eran días de asueto, de calma para los que se deben al trabajo, sea la que quiera su posición social, más de una vez esclavos de ella, pese a lo que diga la malicia de los descontentos. Supe que el marqués había editado libros, obtuve la promesa de que me los enviaría al volver a Madrid.

Los he recibido con el deleite de aureo regalo, pues tengo delante, por la presentación lujosa y artística, buen gusto en la elección de tipos, el papel y los grabados, trabajos admirables, que compiten con lo mejor que se haga fuera. Y en todos los libros el sentido españolista de dar a conocer cuanto hay en esta Patria, bastante desconocida y a veces bastante calumniada, de bellezas que el alma nacional fué cincelandando y tallando en piedras, arcos, líneas, aristas, que son: catedrales, alcázares, palacios, castillos, plazas, monasterios, que, al perfumarlos los siglos con la vetustez del tiempo, llaman a los que se acercan, hablándoles con voces del pasado y encantándolos con el misterio de la tradición, la poesía, la leyenda, la realidad de la historia, la emoción de los lugares-recuerdos donde viven las sombras de las figuras heroicas y son para los que ven más allá, los libros escritos en el sol, en el aire, despertando los

sentimientos más nobles, y se busca a Dios en las creaciones del Genio.

Ellos son los de los días amables, las horas plácidas; los del olvido de las cosas terrenas del duro vivir; remansos del alma en Jordán de aguas purísimas que nos renuevan en nuestro propio ser encontrándonos mejores. ¡Ah! y se nos quedan dentro, se hacen amigos, compañeros, hermanos; y en las tribulaciones, en los dolores y las penas, como en los cuentos de Hadas o los Magos, vienen, calladitos, acercándose a tu sufrimiento, y te quitan una espina que te clavó la ingratitude; una arruga que el tiempo te formó con los desengaños, una tristeza que te dejó el injustificable olvido de los que más quieres; una herida que no sangra «porque el muerto está en pie» y que llevas como tu propia sombra porque perdiste algo que era como tú mismo.

¡Benditos monumentos y benditos libros, que, cuando el espíritu sufre, lo redimen de la carne mortal, tierra y barro, y le dicen que es inmortal porque ellos son inmortales. Son como los cimientos de tu existencia, la conciencia de que tu Dios te hizo a su imagen y semejanza, y perdonas y amas, hasta al que te ofendió y escarneció; sientes la sublimidad del sacrificio y pides por la dicha de tus hermanos! Bien hace mi admirado y querido amigo A. en servir —buen servicio— a su Patria, a esta España que lo merece todo porque si algún pueblo se desangró por dar su sangre a los demás, fué el nuestro, ¡Bien hace mi amigo A. en llevar por el mundo, para que los conozcan y admiren, nuestros tesoros del arte y las creaciones de nuestra cultura! Son grandes los que hacen cosas grandes; la prueba está en que ante el obsequio de mi amigo, leyéndolo y mirándolo, me he sentido grande, y ya he de agradecer la mano cariñosa que lo levanta a uno, por el tiempo que sea, de este valle de lágrimas.

LA RÁBIDA



LA RÁBIDA.—El cenobio, jardines, lagunas del mar colombino.

(Foto Aledo)



LA RÁBIDA.—Impresionante plaza, a pleno sol, del Monasterio. Bella puerta gótica labrada en piedra, entrada a la iglesia.

(Foto Aledo).



LA RÁBIDA.—Patio mudéjar, primera tribuna del Hispanoamericanismo. En él hablaron los Reyes, los hombres de Estado, los sabios: las figuras cumbres del siglo XIX y XX. (Foto Aledo)



LA RÁBIDA.— El mirador que llaman de los frailes.

Desde el mirador de los frailes.—Huelva a la derecha; los pinos piñoneros, que, dieron madera para las Carabelas, a la izquierda; al pie, el estero de Domingo-Rubio, donde anclaron y las arenas doradas de la torre de la Arenilla; y, frente, la majestad del mar colombino: la imaginación vive la gesta descubridora.

L A R A B I D A

El cenobio escogido por Dios, apartado, escondido, paredes de argamasa y ladrillos, en su humildad, es lección a los bloques de piedra que se codean con los montes, y testimonio eternamente vivo de que el espíritu del hombre, «soplo divino» que le infundió Dios al crearlo, no está ni en los más poderosos, ni en los herederos de la fortuna, ni en los que habitan en los palacios y alcázares, ni en los que adoran al Becerro de Oro: está en la frente, donde el pensamiento hierve en ansias de encontrar la verdad, y en el corazón que late y ahoga con sus latidos impulsando a la acción; indomable inquietud realizadora de la Idea...

Te entras conmigo en aquella soledad y silencio, en aquellos desconchados, aquella arenisca del convento primitivo, aquellas heridas abiertas, al aire las entrañas de las paredes, las bóvedas y los arcos, y ves la mano omnipotente que realizó el milagro de unos Prometeos que, no escalando el cielo, como el de la mitología, sino mirando a él con la fe, arrancaron a las aguas un Nuevo Mundo, completando la tierra.

Era el instante en que el problema de todas las inteligencias especulativas y políticas de aquel momento histórico, respondiendo a la apremiante necesidad de la Civilización occidental, que rebasaba las aguas del Mediterráneo buscando un vehículo mayor para su desenvolvimiento, se enfrentan con el mar desconocido, con las ondas del mar «Tenebroso» y la Rábida, con el Genio de España, avanza por el Atlántico

para que los fines humanos se cumplan, quedando ahí, en ese alcor donde has subido oreándote las ondas saladas de los «ríos sagrados» y las resinas de los piñoneros descendientes de los que dieron maderas para las carabelas, un luminar del mundo, más que la estatua de la Libertad de la gran bahía norteamericana, más que el proyectado «Faro de Colón» en Santo Domingo, hoy la Española; más, que si éstos con sus haces de luces iluminan las horas del tiempo, la Rábida ilumina los corazones, exalta las almas, y, cuando aquéllas, perecederas, como todo lo material, en los siglos caigan, la Rábida seguirá siendo el nombre símbolo de un Nuevo Mundo, y en tanto existan América y España, los peregrinos del Ideal, que sienten a Dios en sus obras, vendrán aquí por esos caminos sin rutas que todos llevamos dentro, sueños de mejores días, anhelos de contrición, «voletíos» al infinito, comunión con el Eterno, a sentir esa emoción que electriza, te pones muy serio, como tú estás ahora, se te agolpan los recuerdos de los que quieres porque sientes no están contigo, y en tus ojos brilla el más bello cristal, una lágrima.

Yo lo he visto y pudiera citar muchos nombres de los que llegaron y se postraron, besando la tierra y cogiendo un poco de arena y unos chinos guardándolos en bolsitas, como una reliquia, para llevarlos a América; los que se callan y en silencio te aprietan el brazo, te estrechan, oprimiéndote; los que se acercan al altar para Recibir; los que frívolos, nos creyeron exagerados, maniáticos. (1)

Había llegado el crucero cubano *Patria*, escuela de Guardias Marinas, en visita a España y recaló en Huelva, respon-

(1) En «La Rábida», del P. Angel Ortega, págs. 228-237, pueden leerse artículos, poesías; verse, pinturas, grabados al Monumento, alma colombina. Lamento no poderlos publicar por ser muy numerosos. La visita a la Rábida ahonda siempre en el sentimiento y el pensamiento de los hombres que no fueron vulgo de levita, dinero, política, cargo oficial. (N. del A.)

diendo a un telegrama que le puse por la «Colombina». Era obligado ir a La Rábida, mas cuando era el primer acto de unión después de nuestra última guerra civil con nuestra última colonia.

La mañana hermosa, parecía haberse puesto de acuerdo con nosotros para que todo resultase como anhelábamos. El *Patria*, penacho de humo en el aire y surco de agua en la ría, levantaba espumas con la hélice, avante hacia el Monasterio; sobre el puente, charlábamos; yo, con mucho calor, lo confieso, y más de una vez sorprendí sonrisitas, disimuladas, entre los Guardias jóvenes. Llegamos: formando grupo comenzamos la marcha; los Guardias seguían a su Comandante, yo con él, los veía... distraídos... Subíamos... De pronto, al pasar junto al monumento a los Descubridores, dijo el Comandante: ¡Columna de Honor! Todos se pusieron muy serios... Al entrar en el Convento, pálidos. Y cuando en la sala de actos de la Colombina les entregué una modesta copa de plata, recuerdo de la visita, el Comandante me dijo:

—Señor Presidente, esta moneda de oro es la «mascota» de mi barco, recíbala. —Sacándola del bolsillo y entregándomela — vibrábamos de emoción.

El Médico, Sansorez, se adelantó: Sr. Presidente, —sacándose la cadena del pecho— esta medalla, desprendiéndola de la cadena, me la dió mi madre al embarcarme; sus cariños, los míos, los de Cuba, son para la Rábida, nuestra cuna, y para España, también como Cuba, mi madre; la besó y me la entregó llorando. Llorábamos. Los Guardias Marinas del *Patria*, nos abrazaban ¡Qué hermosos recuerdos!

Martín S. Noël, (1) el ilustre arquitecto argentino que hizo el soberbio pabellón de la gran República suramericana en la Exposición de Sevilla, no pudo dominar la emoción —sensi-

(1) Escribió uno de los mejores y más sentidos artículos sobre la Rábida; lo publiqué en mi revista de este nombre.

bilidad de artista exquisito— ante el Altar de la Raza. Su distinguida esposa y yo, presentes, guardamos religioso silencio ante la expresión del alma argentina.

El Arzobispo de Santo Domingo, Primado de América, Monseñor Nouel, hubo de callar... hablándonos, porque no podía más. Monseñor Rucker, Obispo chileno... García Morente, (1) el ilustre catedrático, honor de la Universidad Española, decía, de vuelta de Huelva, en Madrid: «A la Rábida se va para llorar».

Las figuras más relevantes de las letras, las ciencias y las artes se han ocupado de la Rábida. Desde Washington Irving, que afirma buscaba España... «Poner las más remotas y desconocidas regiones del Universo en comunicación con la cristiana Europa», hasta nuestros días y así seguirá, América encontró en la Rábida el gesto altivo, la clara noción del honor, el orgullo de un pueblo que no se deja dominar, el sentimiento indomable de la independencia, la solidaridad con el ajeno dolor, el espíritu presidiendo la vida. Herencia cuyos primeros causahabientes son los frailes de la Rábida, los vecinos de Palos, Moguer y Huelva: herederos, los sudamericanos; el cuerpo de la herencia, la Hispanidad.

LEYENDAS DE LA RÁBIDA

El P. Angel Ortega, Superior que fué del Monasterio, en sus varias veces mentada obra «La Rábida»: «Historia Documental Crítica», en el tomo primero. «Epocas legendario-Tra-

(1) A García Morente se debe la proposición de que Hispano América fuese una sola palabra, en Asamblea Americanista celebrada en la Excm. Diputación Provincial de Huelva con asistencia de los Gobiernos de Portugal y de España y representación de pueblos Hispanoamericanos. Me unió al sapientísimo sacerdote Don Manuel García Morente una gran admiración, tanto por su saber como por la nobleza de su alma. Hoy tenemos que lamentar su irreparable pérdida. (N. del A.)

dicional e Histórica Antigua del Convento» recoge y critica leyendas y tradiciones curiosísimas y pintorescas. (1)

LEYENDA ROMANA

«La Rábida, templo gentílico, se remonta al imperio de Trajano».

El Gobernador de la provincia, residente en Palos, llamado «Ferrum», sabiendo la muerte de Proserpina, hija del César, le dedica a ella o a la diosa de su nombre, un fano o templo que construye en el collado.

Contagiada en aquel tiempo la comarca por una epidemia de rabia que se comunicaba a las personas, acudieron a la diosa, y creyendo que les había prestado su protección, le fabricaron un templo donde le colocaron su estatua con una cadena de oro en la mano siniestra, un azote en la derecha y un perro a sus pies, aclamándola abogada de la rabia. En su honor se celebraban grandes fiestas «Iupercales». Reuniéndose todas las jóvenes doncellas acompañadas de los sacerdotes y el pueblo, echaban suerte y a la doncella a quien tocaba era sacrificada.

El año 159, el pueblo romano de Palos, se reúne al amanecer del día fasto, en el bosque sagrado, cabe el fano de Proserpina para celebrar las fiestas.

Dos jóvenes, Cornelio, de familia noble; Sextila, hija del Cuestor, se aman.

—Sextila, si te eligiese la suerte, dí, ¿qué harías?

—Moriría, contestó la joven estremeciéndose, moriría porque así lo exigen los dioses.

(1) «La Rábida»: P. Angel Ortega. T. II, pág. 13. Quiero consignar que, aun no entendiéndonos, llevándonos la contra algunas veces por disparidad de criterio en la misión del edificio, el P. Ortega era un sacerdote lleno de virtudes, hombre veraz y caballeroso, uniéndonos, en el fondo, buenisima amistad. (N. del A.)

—¡Los dioses! Sería una infamia. Oye, Sextila, la otra noche conocí a un hombre venerable. Yo hablé con él: su voz tenía una elocuencia irresistible; no recuerdo bien lo que me dijo, pero algo me contó de una religión espíritu del porvenir, ley de hermanos de todos los hombres, ante la cual debían caer un día las divinidades que sólo representan las humanas pasiones. ¿Quisieras conocerlo, Sextila?..

No pudo contestarle; la suerte había designado la víctima en ella, y el victimario la reclama en nombre de la diosa.

Cornelio dió un grito de horror, abalanzándose para protegerla. Impedir el sacrificio, tocar sólo a la víctima, era un sacrilegio digno de muerte. El pueblo ruge venganza, algunos amigos de Cornelio tratan de salvarlo. El Aurispice levanta el «lictus» y va a pronunciar la palabra que corta las carnes y derrama la sangre.

En aquel instante, un anciano desconocido se abre paso y se impone con un ademán de autoridad.

—¡Adoradores de Proserpina; el reinado de la paz y la libertad se acerca; deponed vuestros odios. Hombres, sois todos enemigos y debiérais ser hermanos!

—¿Quién eres? ¿Por qué así te mezclas en nuestras cosas?

Soy un discípulo de Aquel que ha expirado sobre la Cruz, muriendo por salvar al género humano; soy un siervo del que ha dicho: «Los dioses que adoráis son falsos», no hay más que un Dios único y todo poderoso que ha creado el mundo, y este Dios es mi Padre.

—¡Un cristiano!— exclamó el Aurispice.

—Sí, un cristiano que os dice a todos: Desgarrad la venda que ciega vuestros ojos; dejad de adorar vuestros dioses de barro y bañar sus aras con arroyos de sangre inocente, prosternaos sólo ante Dios único y grande.

El anciano seguía hablando con las manos extendidas al cielo, en oración de piedad a Dios. De pronto una serpiente de fuego abre las nubes cruzando el espacio, retumba el

trueno... el rayo derrumba el templo de Proserpina tendiendo el ara y la estatua.

Sextila, mirando al anciano gritó:

—¡Quiero ser cristiana!

—¡Queremos ser cristianos!— gritaron todos...

Ciriaco, sacerdote de Sevilla, que tal era el anciano, consagró el templo de Proserpina al verdadero Dios, dedicándolo a María Virgen Madre de Jesús. (1)

LEYENDA ARABE

Convierte el templo de la Virgen en fortaleza y morabito a la vez: ...«Y quedaron por custodia del lugar y para el culto de Mahoma, cinco de sus santones que vivían en las celdas que hay en el grueso de la pared, mientras los otros moros del país les asistían en todo lo necesario; y el hábito que vestían de pedazos blancos y negros. «Y como todo Morabito es una «Rhabhita», ermita musulmana y casa fuerte, de ese nombre salió el de Rábida»

LEYENDA MOZÁRABE

Cuenta, que un sacerdote de los cristianos, Ptolomeo, y Teodoro, rico y respetado comerciante, aprovechando la tolerancia del gobernador musulmán, rescatan el santuario moro, bajo el tributo de cinco monedas de plata por cada uno de los

(1) «La Rábida». P. Angel Ortega, T. I, pág. 15. Tomado de Rodrigo Caro; «Antigüedades y Principado de la ilustre ciudad de Sevilla», que lo recoge del manuscrito en que se trata de la antigüedad del Convento de Nuestra Señora de la Rábida y de las maravillas y prodigios de la Virgen de Los Milagros y de otras cosas notables. Sacóle a la luz un devoto suyo morador de dicho Convento, año de 1714. Escrito de diferentes manos en una serie de XVII capítulos y con relaciones y detalles por Fray Felipe de Santiago, fraile lego del Convento. El manuscrito fué extractado por D. José Amador de los Ríos y por el Padre Coll.

vecinos de Palos. «El templo, purificado; devuelto al cristianismo para culto de los mozárabes, recibe de nuevo la advocación y título de la Virgen, conservando la tradición romana y el nombre árabe.

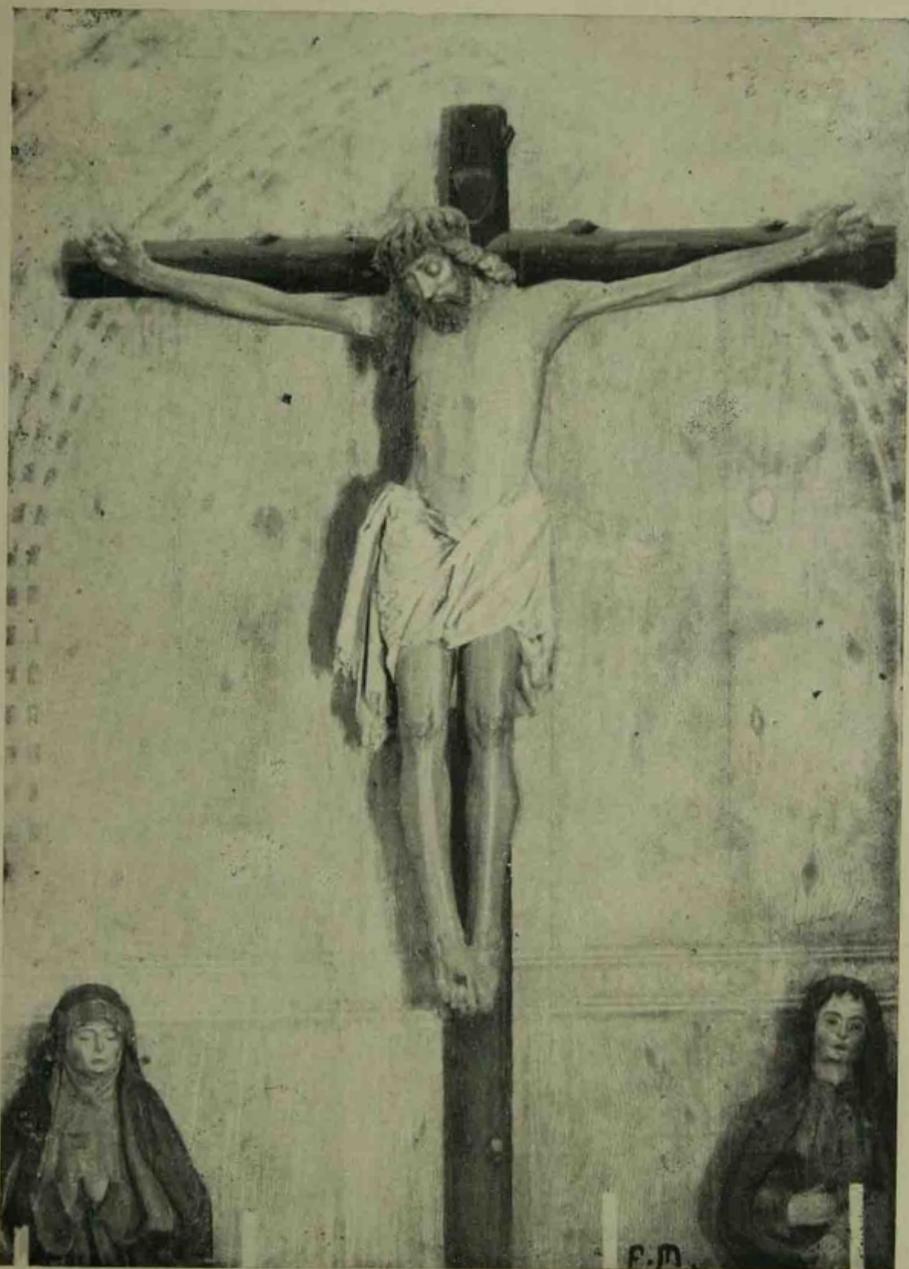
LEYENDA CRISTIANA

Supone que en el siglo IV llegó a Palos un marino, buen cristiano, natural de Libia, quien pidió a San Macario, y éste le dió, una imagen de la Virgen, labrada por San Lucas, con título de Remedios, pero advirtiéndole que allá en Palos, donde la destinaba, sería llamada de la Rábida.

En el 1200, trajeron los templarios, que se habían fabricado un convento-fortaleza en la Rábida: «Una hermosa imagen de María Santísima y la colocaron en el altar mayor y dieron culto a Cristo Sacramentado. Y juntamente pusieron en lo alto de dicho altar el escudo de su hábito».

La tradición franciscana se armoniza con la leyenda. En la Reconquista, al avanzar ésta, va con ella la Iglesia; y la Orden Franciscana en su celo de proselitismo, «ha transformado sus misiones ambulantes en residencias fijas». Ya encuentra la leyenda ancho campo para suponer «vinieron cinco frailes de Italia que se establecieron» en la Rábida en unión de los Templarios; que, a los tres años de estar aquéllos en la casa, los visitó San Francisco en unión de nuestro P. Santo Domingo... haciendo muchas conversiones de infieles, en especial la de Almonzorejo, gobernador de Palos... Estuvieron hospedados: Santo Domingo en lo que es hoy capilla de Nuestra Señora de los Milagros, y San Francisco en la que lleva nombre y título de San Diego, que entonces eran celdas».

También se cuenta que el Convento estuvo en la Isla de Saltés, de donde se trasladó al sitio de la Rábida: Que ésta se llama así por un célebre Santuario-Convento de este nombre y de la misma Orden en Portugal con una Virgen, título de



LA RÁBIDA.—Calvario del altar mayor.
Entristece su recuerdo. ¿Por qué lo quemaron?

(Foto Macías)



LA RÁBIDA.—Impresionante paisaje. La Punta del Sebo, la Santa María. Al fondo, el alcor de la Rábida con el monumento, los pinos de las carabelas, el suelo colombino y el aire y la luz que respiraron y vieron los Descubridores.

(Foto Sánchez Serrano)

«Rábida»; y hasta quien opina que se debe la construcción del Convento a un religioso apellidado «La Rábida» que legó su nombre al edificio.

Están tan bien criticadas estas *Epocas Legendario-tradicional*, como la titula el P. Ortega, del famosísimo Convento, sacando lo muy poco que pudiera ser verosímil y destruyendo lo imaginativo e ingenuo, que se debe leer el trabajo del incansable investigador, del que yo diría agotó el tema, como agota la tesis un compositor.

Benedicto XIII, Pedro de Luna, aquel aragonés paisano del Moncayo, encastillado en Peñíscola, duro como una roca, que ni con la muerte abdicó la tiara, tenía en Sevilla un arzobispo, D. Diego de Amaya, su hechura, consejero y privado del rey de Castilla, que debía ser tenaz como su modelo. El Arzobispo tuvo predilección «por los frailes que en La Rábida viven en algunas casas allí edificadas y tienen una iglesia»; influye sobre el Pontífice de quien también era sobrino; y una Bula Pontificia, concede a Fray Juan Rodríguez, que pueda vivir con otros religiosos, canónicamente, en el Ermitorio de La Rábida, bajo la obediencia del Ministro General de la Orden y Provincial de Castilla... «A ninguno, pues, de los hombres sea lícito quebrantar estas letras de nuestra concesión, estatuto y ordenación, o con osadía temeraria ir contra ella. Mas si alguno osara contradecirlo, sepa que incurrirá en la indignación de Dios Omnipotente y de San Pedro y Pablo sus Apóstoles. Dada en Tortosa a 6 de diciembre de 1412. Año XIX de nuestro pontificado».

De todo lo expuesto puede afirmarse que La Rábida fue Rábida, entre religión y fortaleza mahometana; asiento de franciscanos que buscaban la soledad, y la tolerancia musulmana los dejó vivir en el olvido. Conquistada Niebla por Alfonso X, fortaleza religiosa cristiana. Históricamente, por docu-

mento escrito, Convento de Franciscanos antes de 1414, en cuyo mes de diciembre quedó consagrado por el carácter indomable del gran Pontífice español.

ANTIGÜEDAD DE LA RÁBIDA

Se ve en la argamasa, ladrillos y cantos de la venerable construcción, desde el tapial de tierra que sigue a la puerta de entrada, hasta el labrado sillar, acusando los primeros la pobreza de su nacimiento, y los segundos que iba mejorando de fortuna. Y en los arcos, patios, muros, decoración, las influencias del estilo árabe, mudéjar, gótico, ya en el presbiterio, ya en el refectorio; del siglo XVII la sala llamada del Padre Marchena, (1) y del XVIII el patio de entrada llamado de la Hospedería.

Las pinturas de la iglesia y del claustro mudéjar, pinturas que se descubrieron durante las obras para la celebración del IV Centenario, que yo las ví aparecer ante la piqueta que dirigía el restaurador del Monasterio, sabio arquitecto Velázquez Bosco, sostiene éste que, las del templo, por su estilo italiano, pudieron ser hechas por el mismo Cristóbal Colón... (2)

La Rábida crece, aumentan los frailes, se ensancha el convento, su influencia se extiende a los pueblos de Palos, Moguer, Huelva y aún a la comarca; y su posición topográfica sobre la ensenada de Saltés, dominando su entrada, la hace atalaya a la vez que las torres de la Arenilla y Punta Umbría, inmediatas, para tocar a rebato contra los desembarcos y piratería de los moros. ¡Cuántas veces en las horas de coro, el vigía, lego, al divisar las velas corsarias, «apretaría» la campana y los padres tendrían que dejar el convento y refugiarse en Palos!

(1) La celda grande. Sala de honor en los conventos para recibir a los Prelados o personajes.

(2) «El Monasterio de Nuestra Señora de La Rábida», Ricardo Velázquez Bosco 1914.

El anochecer del 1593, escribe el Padre Ortega, fiesta del Jubileo de la Porciúncula, entró el pirata con su pequeña flota en el río Odiel, viniendo a situarse en las márgenes del Tinto, frente a La Rábida. A la media noche los religiosos tocaron, como siempre, a Maitines, y franqueando la puerta de la iglesia la multitud de peregrinos que allí se encontraban, entraron en el templo a ganar la indulgencia, mientras que devota y pausadamente continuaba el rezo de los salmos. Entonces fué cuando el renegado echó su gente a tierra, mandóla subir al convento para apoderarse de los frailes y venderlos como esclavos. Mas... ¡oh poder de la diestra del Muy Alto! El oficio divino llegó hasta el fin y la gente quedó tranquila, sin interrupción sus visitas. En esto llegó la hora de la aurora y habiendo sonado primero un cañonazo, luego otro... Dos balas penetraron por la ventana del coro y fueron a posar a los lados de la Virgen, que en aquella ocasión estaba fuera de su altar colocada sobre andas. Con semejante novedad, la congoja y el espanto acudieron. Practicóse, cautelosamente, una requisa alrededor del convento, y con gran sorpresa hallaron a dos moros, más aturdidos y medrosos que ellos, manifestando que toda la noche habían estado dando vueltas por ver de descubrir alguna entrada, pareciéndole que éste no tenía ninguna puerta y que las ventanas estaban muy elevadas y fuera de todo alcance, y habiéndose quedado rezagados, viendo, al despuntar el día, que las ventanas eran sumamente bajas y podían alcanzarse con las manos, reconocían que no era posible caer en semejante error sino es por vía de milagro. Añadieron que cuantas veces hacían diligencia para penetrar dentro, otras tantas parecía que les descoyuntaban los huesos; visto lo cual se decían unos a otros que los había engañado el Capitán, porque aquello no era convento sino castillo inexpugnable».

•La satisfacción sucedió a la zozobra; condujeron los dos moros a la iglesia para dar gracias a la Virgen, y luego que los

hubieron catequizado se les administró el bautismo con gran regocijo y solemnidad. Fué padrino de entrambos, Juan Bautista Nuño Samames, Justicia Mayor de Palos. Así consta en los papeles que he dicho hallé, y de sus firmas, año de 1593.

Bernardo Nuño Samame - Fray Miguel de San Antonio Alonso Pérez Serrano, alcalde de Palos.»

El 5 de junio de 1583 en el Cabildo de Huelva se leyó una carta del Concejo de la villa de Palos, en respuesta de la que de Huelva se le envió sobre las guardias que se ponían los veranos en el Puntal y en La Rábida, para saber cuantas galeotas de moros venían, y respondieron que el Concejo era pobre... y que a la villa de Palos no le incumbía poner los dichos guardas. «Se acuerda instar a las hermandades de las dos villas; y que si Palos no lo hace que lo haga Huelva».

El 2 de mayo de 1596 en el Cabildo de Palos se leyeron cartas por aviso de Gibraltar, de veinte navíos de remos, que los vido una guarda de la boca del río de Vélez-Málaga. Ordenan que, conforme a los años pasados, tengan sus velas de a caballo y a pie; en la fortaleza, dos; en La Rábida, dos; y en la costa dos, y que se les dé lo de costumbre».

Constan más acuerdos, por cierto que en muchas ocasiones unos cabildos y otros se inculpaban de tener abandonados los servicios de vigías, quizás por aquello de que no es lo mismo «moros vienen que verlos venir», pagando alguna vez la desidia, ya que de viejo le viene al galgo...

La Rábida fué, también, refugio de los navegantes costeros —desde Sanlúcar hasta el Cabo Santa María—, que, no pudiendo correr el temporal, se metían en la Barra de Saltés en la ensenada del mismo nombre.

El convento fué religioso, guerrero, marinero. ¿Cómo ha de ser extraño conviviera con los armadores de Palos y oyera a Colón, si todos los inviernos en los vendavales del sur y

sudoeste, acogía náufragos de los puertos y pescadores de Huelva y, en contacto con ellos, se aficionaba al estudio de la navegación, sus aventuras y misterios?

La Virgen de los Milagros es protectora en incursiones de piratas, liberta cautivos, salva barcos que zozobran, ahuyenta la peste, acoge los ruegos, consuela los dolores y las penas; en su fiesta, los caminos de Moguer y Palos, son jubileo de peregrinos, y los barcos de Gibraleón y Huelva anclan al pie del «cabezo» para ver la Virgen Milagrosa.

Se constituyen hermandades; y sería de ver, en la mañana, la procesión con los pendones de San Juan del Puerto, Moguer, Huelva y Palos; la cruz de la comunidad, la Virgen que toman del altar cuatro sacerdotes y la llevan hasta cuarenta pasos fuera del compás donde la recibe el Cabildo de Palos con su Teniente Alcalde Mayor, Alcaldes Mayores, Rexidores con sus capas de cuellos hasta la coronilla, en el mes de agosto, yendo hasta la Cruz de Piedra —queda sólo el árbol donde se sentó Colón con su hijo Diego—, y, al volver, —la Virgen— se la entregan unos a otros en la misma forma, todo acompañado de cánticos, músicas, plegarias, fuegos y vítores a la Virgen de los Milagros.

No faltaría a los PP. y los señores, «la sangría» hecha con el «bebo» de Palos, agua del aljibe conventual y azúcar, puesta a refrescar por el lego, la víspera; las sandías coloradas y de pipa negra, de la huerta o algún «carampinal» cercano, que, abiertas, tiran de los ojos y de las lenguas, y las cestas de peras verdi-negras-amarillas, en la boca un terrón deshecho, entonando el cuerpo y templando las caricias de un sol que, si hay levante, hace sudar «la gota gorda».

El modesto ermitorio se fué haciendo rico. «Como este lugar —La Rábida— que a lo más tiene hoy veinte religiosos moradores, y que por su soledad y religión es veneradísimo de los pueblos convecinos, estuviese sometido a los PP. Conventuales, abundaba en riquezas...»

El Duque de Medina Sidonia le donó la Isla de Saltés a la que le sacaban un buen arrendamiento; propietarios de Moguer les legaron fincas; y sin que fuera un Monasterio de Jerónimos o una Abadía, los frailes no debían vivir mal, que las tierras de Moguer son de buena calidad, y el Tinto y el Odiel, ofrecen al hermano lego, buenos pescados de verano; besugos de enero; y acedías, lenguados, pescadillas, chocos y salmoneles en todo tiempo.

De la Rábida salieron misioneros. En la relajación: *Los Conventuales*, dice el P. Ortega, sin necesidad de achacarle otras relajaciones morales, que acaso no eran ni tantas ni tan graves, máxime si se tiene en cuenta el estado general de costumbres a la sazón, es evidente que se habían mezclado en asuntos mundanales con desdoro y desprestigio del propio estado», pero no pasan sus puertas los debates, las intrigas, las desabediencias y rebeldías del Conventualismo; oye la voz del reformador Ximénez de Cisneros, y de La Rábida salen frailes para afirmar la observancia en otros conventos del Arzobispado Hispalense.

Un buen día del año 1484-85, a la portería de La Rábida llega un hombre de aspecto extraño, que, según dice el físico de Palos, García Fernández, en el pleito del Almirante en demanda del cumplimiento de las capitulaciones de Santa Fe; el hombre extraño pidió pan y agua para un niño que le acompañaba. ¡Aquel hombre tenía algo de taumaturgo!; su viveza de expresión, su marcado acento portugués, su fijeza en el mirar, su porte no corriente, algo que preguntara... debió impresionar al hermano portero que avisó al Padre Guardián, presentándose éste.

Estaban frente a frente: el Padre debió sentir curiosidad hacia el viajero; dándose cuenta era hombre de mundo que «había rodado mucho». Y en ese primer saludo comienza el

hilo sutil, invisible, simpatías de las almas que une las voluntades, y el dedo de Dios lo va enlazando hasta convertirlo en fuerza misteriosa e indestructible, realizadora de los grandes hechos humanos.

Viniera Colón de Palos o fuese a él por Huelva, según unos y otros: lo indubitado es que, bien casado con hija de familia ilustre portuguesa, vivía bien en Lisboa, cuando partió «lo más secreto que pudo» y se encaminó a estos lugares buscando. . . ¿Qué?

En los 14 años años que expliqué Historia —perdónenme que en este momento hable de mí—, en el Instituto de Huelva, aprendí y enseñé que Dios rige los destinos de los pueblos, y, a veces, por caminos que nuestra limitada inteligencia no ve, sus dedos van señalando las jornadas y los lugares. Lo que no encontré en los altos poderes de la tierra el viajero que llegaba por estas veredas o estas aguas, encontré en la palabra cariñosa del Guardián. Convencido providencialista, creo lo trajo la Providencia, porque aquí, en este rincón de España estaban Fray Juan Pérez, Fray Antonio de Marchena, Martín Alonso Pinzón, García Fernández... el ambiente que hoy llamaríamos «los imponderables»; una curiosidad despierta, una inquietud, un «deseo de mar» —más allá—, de investigar los secretos de la navegación de que hablaban los marinos de Palos.

Ya La Rábida va a ser más que todos los monasterios, que todos los conventos; su nombre eclipsará cuantos han llenado nuestros oídos; al escuchar la sencilla palabra, la imaginación verá ese encuentro de un hombre, un niño, un Padre y un lego. La Rábida, que dice Humboldt, «inspiró a Colón su fervor teológico que no le procedía de Italia, de ese país republicano, comerciante; ávido de riquezas, donde el célebre marino había pasado su infancia, sino del trato íntimo de los frailes sus me-

jores amigos»; le dió a Pinzón, el nauta de Palos, que se comprometió a ser su mejor compañero.

La unión nacional se estaba realizando en Granada; la idea fuerza que había luchado durante ocho siglos, buscaba, y aquí la encontró, la salida para la más alta de las empresas. Había sonado la hora: La Rábida iba a ser el *solar de la raza*, el Tinto y el Odiel, *los ríos sagrados*.

La figura de Fray Juan Pérez tiene un relieve singular por lo que pudiera llamarse su «corazonada». Diz, según parece, había servido, siendo mozo, a la Reina Isabel en oficio de contadores, pero su vocación religiosa le hizo abrazar la vida monástica, debiendo tener grandes virtudes cuando la Reina Católica, cuya estrechez de conciencia es un hecho comprobadísimo, lo eligió su confesor y le vemos Padre Guardián de La Rábida.

Y este fraile, gran teólogo y místico, pero no muy versado en ciencias, tiene la visión de que el relato del hombre «aparecido» puede ser verdad; manda llamar al médico de Palos, al que reputa «por sabido en las ciencias de los hombres» y, ya oído el amigo y autoridad, su convencimiento es tan profundo, su fe tan grande y su corazón tan generoso, que, en aquellas pláticas, el hilo sutil de la primera entrevista, es abrazo de amistad —la olvidó el Almirante más tarde—, decisión firme, «poner toda la carne en el asador», si esta vulgaridad se pudiera decir, saliendo de La Rabida, Sebastián Rodríguez, piloto de Lepe, para el Real de Santa Fe, volviendo a los catorce días con órdenes de la Reina para que a la mayor brevedad, se presentase el propio Padre, quedando Colón en La Rábida.

Allá van el desinterés y los entusiasmos de Fray Juan Pérez, saliendo secretamente, caballero sobre mula andariega «que le prestara el vecino de Moguer Juan Rodríguez Cabe-

zudo», por tierras de Sevilla y Córdoba hasta llegar a los muros de Granada, donde su alma española se enardecería viendo el cerco de la ciudad y el brillante ejército cristiano, en el que la gentil princesa, su hija de confesión, era idolatrada.

La carta de Fray Juan Pérez a Colón, es más elocuente que cuanto se pudiera escribir: «Nuestro Señor Dios ha escuchado las súplicas de su siervo. La sabia y virtuosa Isabel, tocada de la gracia del cielo, acogió benignamente las palabras de este pobrecillo. Todo ha salido bien; lejos de rechazar nuestro proyecto, lo ha aceptado desde luego, y os llama a la corte para proponeros los medios que creáis más a propósito para llevar a cabo los designios de la Providencia. Mi corazón nada en un mar de consuelo, y mi espíritu salta de gozo en el Señor. Partid cuanto antes que la Reina aguarda, yo mucho más que ella. Encomendadme a las oraciones de mis amados hijos y de su hijo Dieguito. La gracia de Dios esté con vos, y Nuestra Señora de La Rábida os acompañe».

«Diego Prieto, Alcalde de Palos, que, a la sazón, allí se encontraba, trajo a Colón 20.000 maravedises para que se equipara y comprara una bestezuela para ir al campamento y se le presentase».

Colón salió de La Rábida... No habla más del fraile hermano que compartió su pan y le dió hospitalidad. Sólo en un memorial del Almirante a S. A. sobre agravios que recibía, escribe... «digo que al tiempo que vino él a su Alteza con la empresa de las Indias que él demandaba por un memorial suyo muchas cosas y Fray Juan Pérez y mosén Coloma, los cuales entendían en ello y lo concertaron en esta manera» (siguen las cláusulas de las capitulaciones).

Por la declaración del físico de Palos, sabemos que Fray Juan Pérez ya no existía en 1515.

En su gran alma y en la soledad de su celda y con su Dios, no sentiría los olvidos de Colón, y aún vería con pena las desgracias del Almirante: suprema dicha de las almas buenas.

Fray Antonio de Marchena, es el «sabio astrólogo» que decían a Colón los Reyes Católicos. La suerte no estuvo compasiva con él. En el año 80 del pasado siglo, y aún hace muy pocos años de éste, en una fiesta Colombina a la que asistí como espectador, un fraile, decía: ¡Fray Juan Pérez de Marchenal, muy sofocado.

Esta confusión nace de que los testigos del pleito de los herederos del Almirante con la Corona, no hablen de él. El P. Las Casas, no sabe la orden que profesara; otros, confunden su nombre, y cuando aparece, un cronista de la Orden le llama Marquina por Marchena.

La crítica separó los dos PP. «Hemos de confesar, escribe el P. Ortega, tomándolo de Ortiz de Zúñiga, ante todo, que ignoramos muchos detalles de su biografía. Marchena lo mismo puede ser apellido de familia que denominativo del pueblo natal. Como apellido es muy antiguo y bastante generalizado en Andalucía. Entre los doscientos caballeros nobles repobladores de Sevilla, consta: D. Suero de Marchena, su casa a la collación de Santa Lucía. Tiénense por ascendientes de los linajes de Orta Marchena, de que hubo mucha nobleza en Sevilla».

Fray Antonio de Marchena, fué Vicario Provincial de la Provincia de Castilla, y Custodio de la de Sevilla, y en carta de los Reyes Católicos a Colón, desde Barcelona, fechada en 5 de Septiembre de 1439, le dicen:

«...E platicando acá estas cosas, nos parece que sería bien que llevásedes con vos un buen estrólogo y nos pareció que sería bueno para esto (segundo viaje de Colón) Fray Antonio de Marchena, porque es buen estrólogo... y una carta os envíamos nuestra para él...»

El testimonio de Colón en su carta desde La Española a los Reyes Católicos:

«...Ya saben vuestras Altezas que anduve siete años en su corte importunándoles por esto; nunca en todo este tiempo se

halló ni marinero, ni filósofo, ni de otras ciencias que todos no dijese que mi empresa era falsa; que nunca hallé ayuda de nadie salvo Fray Antonio de Marchena después de Dios eterno...

¿Podrá dudarse la influencia de Fray Marchena en las conversaciones y actos precursores del Descubrimiento?

En visita por razón de su cargo, tuvo ocasión de conocer a Colón; y el visitador, hombre inteligente, dominando las ciencias físicas y grandemente versado en Astrología, comprendió que los proyectos rabideños y palenses pudieran ser una realidad, apoyándolos con toda la autoridad que le daban su fama de sabio y el prestigio de su cargo. Mucho debió hacer cuando Colón, que no quiere compartir con nadie el éxito de su empresa, dice: «que nunca hallé quien no lo tuviese a burla, salvo la ayuda de Dios y el P. Marchena». Como reivindicación de su memoria, el pueblo llamó siempre y aun llama a la sala más lujosa de La Rábida, la celda del P. Marchena.

Aparte la gloria, el descubrimiento del Nuevo Mundo no trajo ningún beneficio al Convento Descubridor. Debieron correr malos tiempos, cuando el Cabildo de Huelva acordaba en 12 de agosto de 1588; «que se pague lo que se llevó a La Rábida del Pósito para el sustento de los frailes y de la gente que fué al socorro e contra los moros»; el de Palos acuerda se le dé a los frailes «leña de madera e carbón para el presente año», y el de Almonte da licencia al P. Guardián, para que pueda cortar cuarenta amedas de Retamalejo. Bien andaban los hermanos y sus burros, que llegaban hasta Almonte por aquellos arenales de los que pueden dar cuenta los miles de romeros que, de todas partes, acuden a visitar la ermita del Rocío en plena marisma.

Al implantarse la vida recoleta que hacía más estrecha la observancia de la vida franciscana con el espíritu de la regla, que el transcurso del tiempo había distraído; para la implantación del método: Nuño Rodríguez Samame, Alcalde Mayor y su mujer doña Catalina Prieto, vecinos de la Villa de Palos. «personas ricas, nobles y principales, no teniendo hijos, dejaron sus bienes, por su gran devoción al Convento, para que éste fuese de frailes recoletos»; también le dejan mandas y memorias piadosas doña Beatriz Vázquez, Constanca Jurado, el Canciller Diego Márquez Ortiz, presbítero, oriundo de la villa de Huelva, fallecido en Indias, y otras donaciones que fueron mejorando la vida material de la Comunidad, haciéndose las obras de restauración discretamente, pues conservaron la traza arquitectónica de su estilo.

La Rábida vuelve a su influencia en la comarca prestando servicios en las guerras con Portugal, tan sentidas en esta región, que llegó a jugar triste papel con la verdadera o falsa conspiración que pretendió convertir Andalucía en reino independiente, conspiración por la que, después de encarcelado en el Alcázar de Segovia el Marqués de Ayamonte, jefe de la conjura, fué condenado a muerte y ejecutado, salvándose el Duque de Medina Sidonia por el parentesco con Don Gaspar de Guzmán, favorito de Felipe IV.

Por ser retrato fiel de la época, extracto una carta del Padre Fray Luis de Urebel.

Parece que éste había llegado al convento en visita; era el año de mucha sequía, se perdían los panes y perecían los ganados. Los vecinos de Huelva, reconociendo sus pecados acudieron al venerable Padre, que aún moraba en la Rábida... Compadecido el siervo de Dios y habiendo pasado a Huelva,

publicó su misión citando a todo el pueblo a la Iglesia... Prosiguió como seis u ocho días; y viendo como para la tan deseada lluvia no se daba con la menor demostración, por entendido el cielo, recurrió a la inventiva que ya tenía executado en otras ocasiones. Penitenciar a la inocencia, ofreciéndola a Dios con inmaculado sacrificio, para conseguir mitigar sus enojos y que lloviera sobre justos e injustos. Acudieron los niños de cuatro a siete años con vestidos e insignias de penitencia, los padres y los vecinos con penitencias públicas a su discreción, y que los que no se hallasen con espíritu, las trajeren en secreto...

Habló, después, el siervo de Dios al Jefe Principal de la Real Aduana para que despachase un barco, con suficiente gente, al convento de La Rábida y condujese de él una imagen milagrosísima de San Antonio de Padua, que se venera en aquel santuario. El Jefe, muy afecto al Padre, dió orden para que se aprestase el barco con la mayor decisión y comitiva.

Le pertrechó de pedreros, mosquetería y gallardetes para que la procesión del Santo fuese toda de gusto, y previno diversidad de músicos instrumentos... Desembarcó en la calzada de la villa, se organizó la procesión, abriendo camino San Antonio... El siervo de Dios, descalzo, dogal al cuello, corona de espina y con su crucifijo clamando misericordia; el clero y autoridades... Al terminar les predicó el sermón de despedida en que conocieron que San Antonio movía los labios...

Retiráronse todos a sus casas, y cuando estaban más descuidados y soporados de su sueño, casi a la media noche, soplaron los vientos, aparecieron las nubes... corrían por las calles arroyos y en las casas rebozaron aljives y pozos. Cuando acudieron a dar gracias al Padre, en el Convento de San Francisco donde se hospedaba, le sorprendieron en el coro dando alabanzas a Dios... Prosiguieron las lluvias...

Llegó el caso de restituirse con la imagen de San Antonio

a su convento de La Rábida. El tránsito había de ser por agua, por estar encharcados los caminos.

El siervo de Dios previno al religioso barquero de La Rábida, aprontase el «San Diego», para el día siguiente. A la hora de hacerse a la vela corría un furioso vendaval... el barquero, con los demás del puerto, recelábanse, como prácticos, del peligro del canal de Palos hacia la Torre de la Arenilla, lugar arriesgado, aun en tiempo de bonanza, por sus continuas y encontradas corrientes. Pero el Padre les dijo que eran hombres de poca fe y de nignun arresto y que confiasen en San Antonio, y dirigiéndose al hermano barquero le dijo: «A muerte o a vida», póngase la proa a La Rábida. Empezaremos el viaje a nombre de San Antonio. Así fué, pero a espensa de gran susto y desmayo de todos... Venció el barco la primera entrada, mas ya dentro, sopló con más fuerza el huracán, se embravecieron las olas, se dividió la vela, se quebraron las bobinas, se perdió el timón; y desarbolado el barco, unas veces parecía tocaba en las nubes y otras en las profundas arenas. Clamaban al Padre, pidiendo confesión, porque en lo humano era irremediable dejar de ser pasto de los peces. Pero él con gran serenidad de ánimo se mantenía de rodillas pidiendo a San Antonio .. Arribó, por fin, aquella noche al convento, y, en compañía de todos, cantó la comunidad el Tedeum.

Durante la guerra de Sucesión, la hoy provincia de Huelva se vió invadida por los aliados, siendo la penuria tan grande en La Rábida, que el superior rogó, en ocasiones, a los pocos hermanos que se buscasen la comida como pudiesen.

El terremoto de 1755, que arrasó dos veces a Lisboa y toda la costa oeste-sur portuguesa y de Andalucía, causó graves daños en las obras de reparación en que se encontraba el convento.

La Rábida pasó por las vicisitudes de la guerra de la Independencia, no quedando más que dos frailes.

La Exclaustración suprime el convento. La huerta fué adjudicada en venta pública a un particular; el edificio no tuvo compradores; la documentación del Archivo acabó por perderse; y Fray Juan García, último guardián y morador, se vió desposeído de la congrua —cuatro o cinco reales— que a los exclaustrados señaló el Poder. Fray Juan García, Guardián de La Rábida se firma en los libros parroquiales de Palos, 1834-35; en Noviembre del 36, Fray Juan García, secularizado: en Febrero de 1837. Juan García, Pbro. En 1843 fué trasladado a la iglesia de Paterna del Campo por falta de salud. (1) Otro franciscano exclaustrado, el P. José Mirabent, párroco de Isla Cristina, consiguió el traslado y lo tuvo de capellán. (2)

Vinieron tiempos peores: nuestros extremismos, persecuciones, guerras civiles y Pronunciamientos se olvidaron del apartado convento, que se miraba triste en las aguas de su río, llorando con sus pinos, rojo de rubor, como la arenisca roja de su suelo.

Entonces escribió el Duque de Rivas:

No por la mano del tiempo,
Aunque es obra muy antigua,
Si no por la infame mano
De revueltas y codicias,
Que a la nación envilecen
Y al pueblo desmoralizan,
Destruyendo sus blasones.
Robándole sus doctrinas...

(1) «La Rábida». P. Angel Ortega.

(2) Por mi admirado y culto amigo, benefactor de Isla Cristina, Ilustrísimo Señor Don Román Pérez Romeu, supe que el P. Mirabent fué el primer sacerdote natural de Isla Cristina, y que escribió unas Memorias sobre la fundación de dicho pueblo. Debo a mi querido amigo Román un ejemplar impreso de las dichas Memorias, que he leído con verdadero interés, pues son el testimonio vivo de cómo en el siglo XVIII se fundaba un pueblo tan al igual como en estos mismos parajes se hiciera por los invasores.

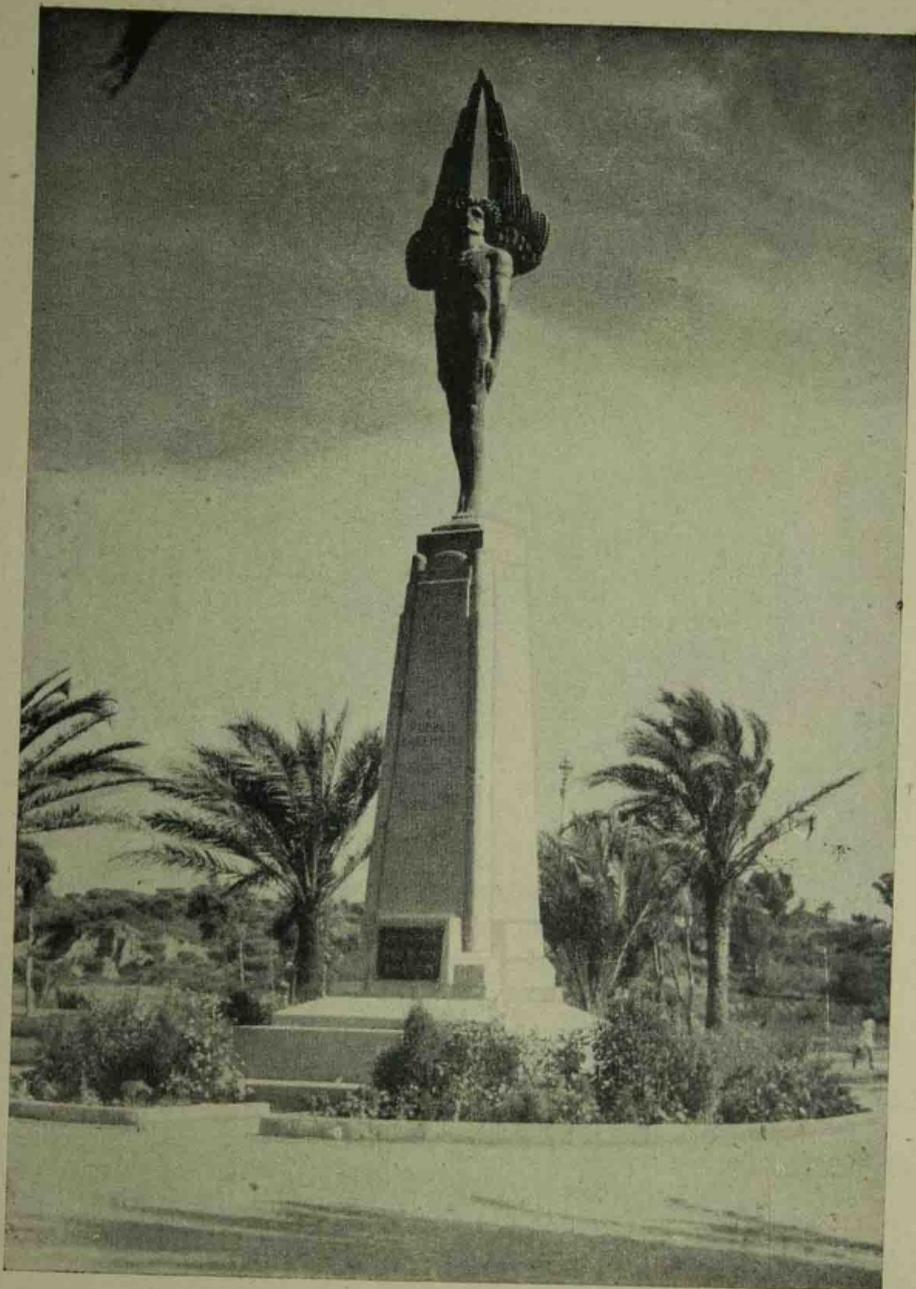
Washington Irving, en su libro *Viajes y Descubrimientos de los compañeros de Colón*, cuenta que, después de almorzar y al saber el calesero el interés que tenía por ver La Rábida, exclamó: «¡Si es una ruina! No hay más que dos frailes». Se encogió de hombros y se santiguó.

Añade Irving, «que en el Convento encontró dos frailes, un novicio y un lego cocinero, que era toda la comunidad; que el Archivo lo habían destruído los franceses, que vivían en completa soledad y únicamente, dos veces al año, durante la festividad de Nuestra Señora de La Rábida y del Santo Patrón de la Orden, se interrumpía la soledad y el silencio del Convento.

En 1848, escribía Madoz... «El edificio de La Rábida, que fué convento de franciscanos, en la actualidad se encuentra arruinado. El pavimento de las celdas ha sido quitado para aprovechar las maderas, siendo unas de las que se encuentran en este estado la que habitó el célebre guardián Fray Juan Pérez de Marchena (aún no estaba deshecha la confusión de las dos personas), que tanta parte tomó en la expedición de Cristóbal Colón.

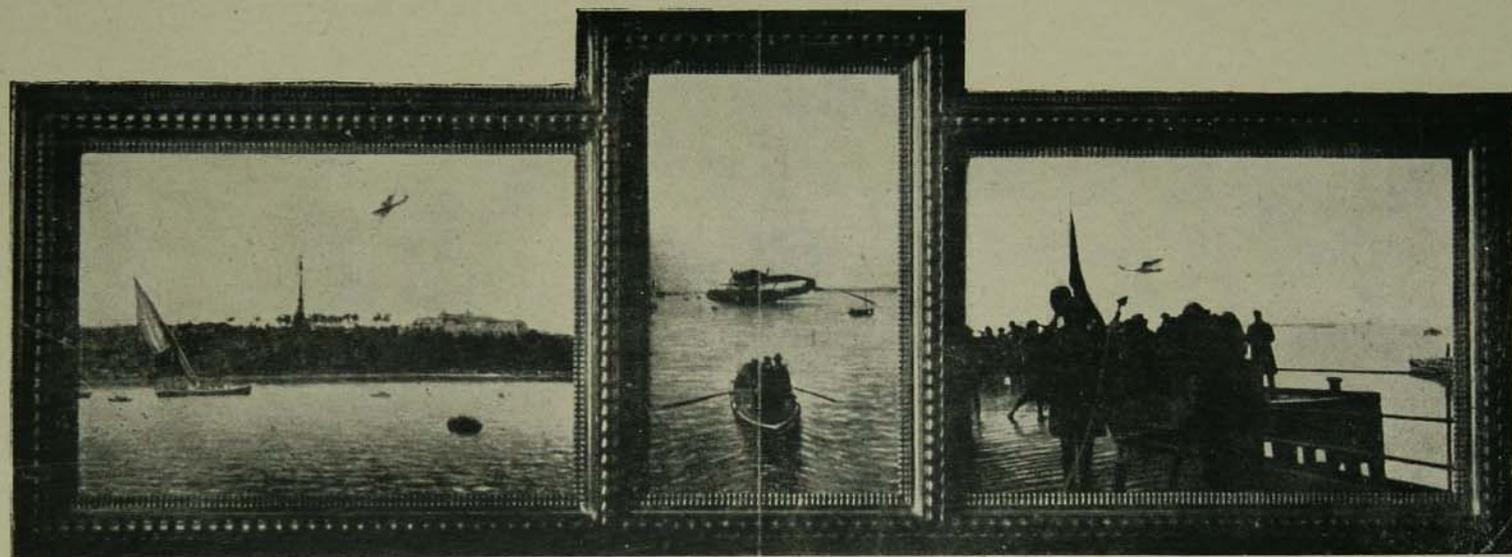
Víctor Belaguer, en su visita al cenobio, próximamente en el mismo tiempo, decía: «Y, sin embargo, aún tiene La Rábida un recuerdo que debemos apuntar, recuerdo de un hombre que la llena toda... Sólo por ésto, en cualquier otra nación recibiría La Rábida el culto de la admiración y de la veneración más profunda. Y, sin embargo, en España no es así desgraciadamente».

Un año hace apenas, que un amigo nuestro visitó aquel sitio, después de haber estado en él D. J. Amador de los Ríos que le consagró bellos artículos, y La Rábida presentaba el aspecto más desolador y mas triste, todo eran ruinas... La celda que un día servía de morada a Fray Juan Pérez de Marchena, esta celda que debía de ser conservada como un tesoro, estaba próxima a desaparecer entre los escombros, sepultando con ella, para borrón nuestro, uno de los más preciados recuerdos de nuestra historia...»



LA RÁBIDA.—Elegancia y acierto. Evoca la salida del Plus Ultra.
Construido por suscripción del rotativo *La Nación* de Buenos Aires.

(Foto Sánchez Serrano)



LA RÁBIDA.—Gráfico evocador del vuelo del Plus Ultra.

Descuidos injustificados han ido borrando las emocionantes e históricas escenas que pueden y deben reproducirse.

(Foto Macías)

La Rábida desaparecía. Un gobernador, más vale no nombrarlo para que descansan en paz su mentalidad y su patriotismo, propuso al Ministerio de Instrucción y Obras Públicas, (1) la demolición del edificio valuado en 4.950 reales. ¿Entrarían en el aprecio Fray Juan Pérez, Colón, Martín Alonso... las carabelas, los descubridores y el Descubrimiento? Y el Ministerio y el Ministro de... Instrucción, dictó una R. O. en la que ordena: «Respetando cuidadosamente la iglesia, la cual se halla por fortuna en buen estado, y todas las demás partes del edificio, que, a juicio de peritos puedan conservarse, proceda V. S. al derribo de las paredes absolutamente inservibles, y a la venta de sus materiales. Del producto de éstos dará V. S. puntual aviso a este Ministerio, siendo la voluntad de S. M. que, con el mismo, se satisfagan los gastos que ocasione el derribo, y que se destine el resto, si lo hubiere, a la colocación en lugar oportuno de una lápida conmemorativa u otra obra análoga, determinada a perpetuar la memoria de la residencia en aquel sitio del gran Colón, hasta donde alcance el expresado recurso y los demás que, a propuesta de V. S. y de esa Comisión Provincial de Monumentos, se digne S. M. destinar a tan honroso objeto. Dios guarde a V. S. Madrid 5 de agosto de 1851. Arteta. Sr. Gobernador de la provincia de Huelva».

A poco de firmarse el anterior documento, la Providencia, en forma de pelea entre Narváez y Bravo Murillo, hizo saltar al inteligente y culto Ministro y a su Gobernador. Gran revuelo político, aflojan los resortes del Poder, los subalternos de provincias sienten esa flojedad, y, por fortuna de España, en Huelva mandaba un gobernador, D. Mariano Alonso y Castillo, que, sorprendido de la comunicación, se dispone a obe-

(1) Así se llamaba entonces.

decer y no cumplir y dirige una exposición al Ministro pidiéndole un mandato expreso antes del cumplimiento de la anterior disposición.

«...Como el retraso de unos pocos días no puede causar perjuicios en llevarse a debido efecto lo que acaba de preceptuarme respecto al convento y lápida dedicada al noble marino, espero de la ilustración de V. S. un nuevo mandato, no dudando que este escrito se me ha de dispensar, en gracia del principio patriótico que me guía al redactarlo, tanto más de apreciar, porque si en derribar o destruir parte de esos recuerdos fuésemos muy apresurados, la censura pública y la Historia misma se apoderarían de nuestros actos, entregándoles a la animadversión de nacionales y extranjeros.» (1)

El Ministro no contestó. La Rábida estaba salvada. Bien merece la decisión y el patriotismo del gobernador Alonso que su nombre figure en el Hispanoamericanismo y tenga el respeto de los hombres.

Pero... pero la Rábida ofrecía el más lamentable estado de abandono; llegó a ser poco menos que postero de cabras y su aspecto el de un cortijo andaluz en manos de un labrador en la ruina.

No había culto en el templo; la Diputación Provincial, que se había hecho cargo del monasterio, lo tendría en gran estima espiritual, que, en cuanto a la material, un pobre viejecito,

(1) El Ilmo. Sr. D. Mariano Alonso Castillo, siendo Gobernador civil de esta provincia en el año 1851, evitó la demolición del convento de la Rábida, debiéndose a su valiente y patriótica actitud la salvación de tan preciado monumento nacional.

Su nieto D. Eduardo Alonso Gómez, donó este retrato al Excmo. Ayuntamiento de Huelva, para que lo conserve en su domicilio del histórico convento la Sociedad Colombina Onubense, siendo solemnemente entregado el 3 de agosto de 1928 con esta leyenda como homenaje de admiración al gran patriota y su generoso donante.

El lienzo, bien pintado, está en la sala Museo de recuerdos e iconografía colombina. (N. del A.)

«señó Cristóbal», exclausturado del convento de la Merced de la capital, del cual buen Cristóbal no hacían caso los cabreros, ni la gente moza, ni la chiquillería que iban los domingos a la Rábida, alquilando una lancha, «por todo el día», en veinte o treinta reales, en plan de diversión, comer en el Mirador del Convento, jugar al «esconder» en los claustros, hacer sonar la campana y asombrarse en la «sala del eco», oyendo en un ángulo lo que se decía, quedo, en otro.

No faltaban los que al visitar el Monasterio expresaban su admiración escribiendo en las paredes y en las puertas, poesías más o menos rípiadas.

Colón, tu genio profundo
bien se puede celebrar,
pues no cabiendo en un mundo
otro fuiste a buscar.

Los pareados abundaban:

Al nauta genovés honor y gloria,
Benedicid, españoles, su memoria.

—
Mi pasmo admirador, Colón recibe,
y glorioso en la eterna gloria vive.

El P. Marchena tenía también muchos entusiastas.

Marchena ilustre, tu nombre
el mundo no olvidará,
que un mundo valióle a España
tu digna hospitalidad.

A estos ripios pone enmienda, la cáustica composición siguiente, no exenta de un buen humorismo.

ZURRIBANDA ESDRÚJULA (1)

Al comenzar estas páginas
Entienda el conserje o fámulo
Que no ha de darlas *ad libitum*
A cualquier zopenco vándalo
Que con pluma de cernícalo
Escriba conceptos báquicos;
Por que juro que es gran lástima
Se llene de sucio fárrago
El libro que augustos Príncipes
Con un intento magnánimo
Exponen al docto público
Mas no a una tropa de tártaros.
Sepan también los cuadrúpedos
Que con instinto satánico
Aquí se vienen de grímpola
A tragar como heliogábalos,
Que en este sagrado histórico
No escriban letreros gárrulos,
Ni entonen con ronca cítara
Rebuznos en vez de cánticos,

(1) Los ilustres autores de esta composición fueron dos buenos poetas. Uno de ellos, D. Juan José Bueno, notabilísimo abogado y Bibliotecario de la Universidad de Sevilla; el otro, D. Cayetano Fernández, chantre de la Catedral, Académico numerario de la Española y autor de la magnífica obra titulada *Fábulas Ascéticas*.

A la bondad de mi querido amigo el Excmo. Sr. D. Manuel de Burgos y Mazo, debo el publicar la *Zurribanda*, modelo con el gusto de la época. D. Juan José Bueno, tío del Sr. Burgos, la había entregado a éste. He tenido la suerte de hacerla pública. (N. del A.)

Pues nos destrozan los tímpanos
Con esos acordes bárbaros
Y en mitad del mismo esófago
Nos plantan ardiente cáustico.
Que guarden allá su péñola
Silvestre como un espárrago
Para poner viles rótulos
De algún cuartel en los ámbitos.
¡Qué vergüenza, hombres raquíticos!
¡Qué ignominia, voto al chápiro!
¿Eso aprendisteis del dómine?
¡Oh, que falta os hizo el cáñamo!
¡Jumentos mejor os viérades
Llevando a la plaza rábanos!
Al leeros nuestros émulos
¿Qué dirán de los hispánicos?
Que no tenemos sindéresis;
Que somos unos gazzápiros,
Que no sabemos retórica,
Que somos almas de cántaro
Y que da principio el Africa
En los montes pirenaicos.
Perdona, Colón, perdónalos,
Perdónalos como a párvulos,
Tu sombra ahuyente a los míseros
De este venerable páramo,
Y allá en las mansiones célicas
Que te conquistó tu ánimo,
Tu fe, tu constancia insólita
Arrolladora de obstáculos
Espantables a los títeres
Que te llamaban lunático,
Desdeña a ingenios ridículos
Desoye a vates parásitos.

Si, tú, cuya fama espléndida
Pregonan el Rhin y el Báltico,
El Betis, el Sena y Támesis,
El Océano y Atlántico,
El Nilo, el Tajo y el Vístula;
Y se extienden desde el Artico
Polo en resonantes vítores
Allá hasta el confín Anártico,
Tú, que en medio del estrépito
De negras olas impávido
Fija la vista en la brújula
Y en Dios el alma, gran nautico
Domastes los mares hórridos
A pesar del fiero báratro
Clavando en la región índica
De Jesús triunfante el lábaro,
Mira con desdén, Cristóforo,
A estos pavones asmáticos.
Esto les dicen dos prójimos
Airados, *currente cálamo*.
Si no les oyen, que Júpiter
Entre truenos y relámpagos
Por sus chirridos mayúsculos
Les dé con crugiente látigo.
De junio, nueve, en La Rábida
Y en humilde habitáculo
Del Padre Marchena, célebre
Del Orden del gran Seráfico,
En el año de este século
Sesenta y tres. Ahora vámonos
Dejando escrito este récipe
Para curar a los zánganos.
La firma no importa un chícharo
Que la adivinen por cálculo.

Las quejas de los visitantes de España y del extranjero —comenzaban a venir a Huelva «llamados por las minas»— sacudió la incuria, despertó el sentimiento patrio y se miró con más interés la «Cuna del nuevo Mundo». La Diputación Provincial compró la antigua huerta del Convento; los Duques de Montpensier lo visitaron. Estos, con el auxilio de los pueblos. (1) realizan obras de reparación que se inauguraron en el año 1855.

EN EL REINADO DE S. M. DOÑA ISABEL II DE BORBÓN
FUÉ RESTAURADO ESTE MONUMENTO
PRIMER ASILO HOSPITALARIO EN ESPAÑA
DEL INMORTAL DESCUBRIDOR DEL NUEVO-MUNDO
CRISTÓBAL COLÓN

SS. AA. RR. LOS SERENÍSIMOS SEÑORES INFANTES DE ESPAÑA
DUQUES DE MONTPENSIER

HABIENDO TOMADO CON S. M. LA REINA AMELIA, LA
PATRIÓTICA INICIATIVA EN LA EJECUCIÓN DE LA OBRA
Y CONTRIBUIDO CON CUANTIOSOS DONATIVOS JUNTA-
MENTE CON LOS PUEBLOS DE LA PROVINCIA. COSTEA-
RON DESPUÉS LA REPARACIÓN Y ADORNOS DE ESTA
CELDA, DONDE COLÓN EXPLICÓ SUS PROYECTOS ANTE
EL PRIOR FRAY JUAN P. DE MARCHENA.

INAUGUROSE CON LA ASISTENCIA DE SS. AA. RR. EL
DÍA 15 DE ABRIL DE 1855.

De esa época fué el altar mayor de la iglesia, barroco, que tuvo la Colombina en su sala «del Capítulo» y fué destruído en los días pasados de los tristes e incomprensibles absurdos, altar que se conservaba por la Sociedad Colombina. (2) Debe volver a la sala de ésta; lo llamábamos el

(1) Almonte, 80 pinos que dieron 4.400 reales. Hinojos, 90 pinos; Moguer, 30...

(2) Parece lo han recogido y puede reconstruirse; es lástima no se haga. (N. del A.)

«altar de la raza» y ante él hemos realizado actos históricos de honda emoción hispanoamericana. La Diputación compró los cuadros que hay en la sala llamada del P. Marchena, en los que, regularmente pintados, la imaginación del autor plasmó la leyenda colombina: Colón con su hijo Diego en la portería del Convento pidiendo pan y agua. Conferencia entre Colón, Fray Juan Pérez, Pinzón y García Fernández. Publicación en la iglesia de Palos, de la Real Pragmática para el reclutamiento de gentes. La despedida de Colón al embarcarse en la flotilla. A estos cuadros, «que tienen un gran éxito» en la generalidad de los turistas, hay que añadir los de los Reyes Católicos, Fray Juan Pérez, un Colón, Isabel II y los retratos de los Duques de Montpensier, regalados por éstos.

A la restauración monárquica, encarnada en Cánovas del Castillo, espíritu superior, se le debe la restauración de la Rábida.

Se acercaban con el 1892, en su 3 de agosto, los cuatro siglos de la epopeya escrita en los mares y los continentes: el IV Centenario del Descubrimiento. Toda España, porque éste fué obra de España, se creía con el mejor derecho. Las grandes capitales: Sevilla, Granada, Barcelona, Madrid... Extremadura, por los Conquistadores. La Rábida y Huelva, pequeñas y humildes, no podían sostener la competencia. D. Antonio Cánovas, abarcando los valores sentimentales, los más eternos, con mirada en el porvenir, pronunció su justiciera frase: «No hay más que una Rábida en el mundo».

Le había llegado su gran hora al humilde convento, tantas veces naufrago, salvado por la Providencia que no quiso desapareciera el que tenía y tiene reservado, en el futuro, ser la sede espiritual del Hispanoamericanismo.



LA RÁBIDA.—La Virgen de los Milagros. Patrona de Palos.

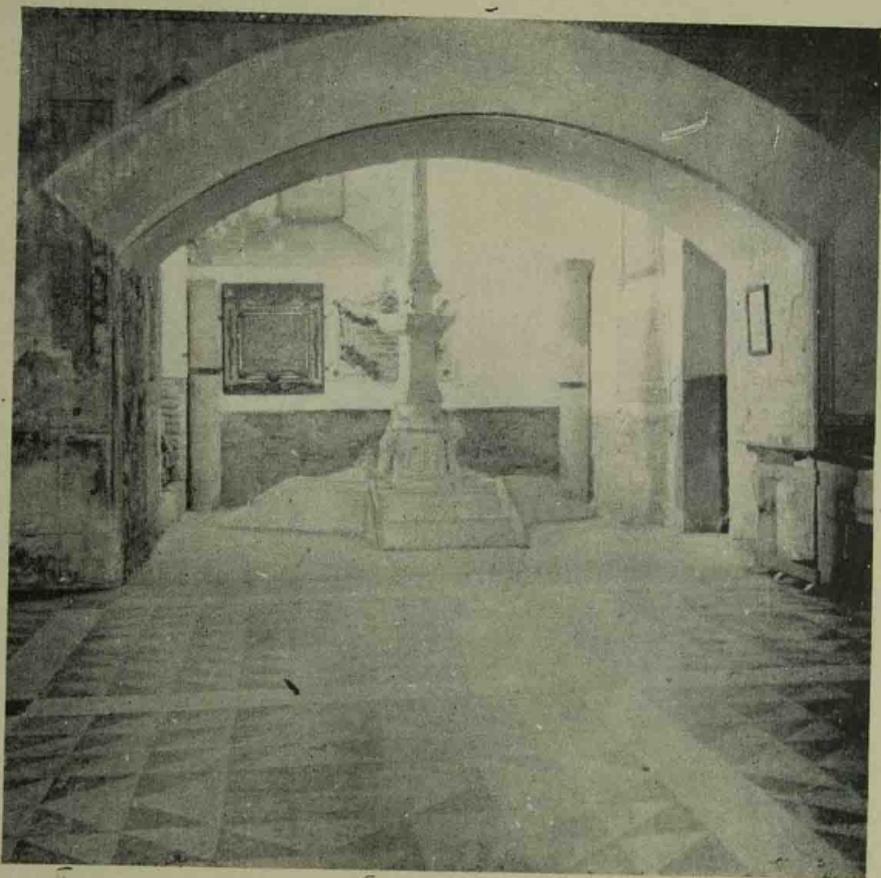
(Foto Macías)



LA RÁBIDA.—El presbiterio.

Donde hoy la Virgen de los Milagros, ayer el Calvario, con el Cristo velazqueño destruídos. La Rábida pide un Cristo.

(Foto Aledo)



LA RÁBIDA.—Iglesia. Lápidas, exvotos del sentimiento hispanoamericano. En el centro, la maqueta de lo que debió ser el Monumento a los Descubridores.

(Foto Aledo)



LA RÁBIDA.—Claustro del patio único.

Fray Juan Pérez, Martín Alonso, Colón, García Fernández, pueden aparecer por alguna de esas puertas.

(Foto Aledo)

LA SOCIEDAD COLOMBINA EN LA RÁBIDA

Ya, antes del Centenario se había constituido en Huelva, para su gloria, la Sociedad Colombina Onubense (1) (1880). Siendo Capitán General del Departamento Marítimo de Cádiz, el Brigadier de la Armada, Don Luis Hernandez Pinzón, descendiente del Capitán de la *Pinta*, se celebraron el 3 de agosto de aquel año, brillantes fiestas conmemorativas, entre ellas un simulacro de desembarco por las goletas «Ligera», «Blanca», «Villa de Madrid», creo que el vapor de ruedas, «Vulcano», chalupas...; defendiendo la playa la Infantería de Marina; espectáculo que embelesó a la gran muchedumbre, que cubría los médanos de Domingo Rubio y los montículos inmediatos a las orillas.

Don Luis, como se le llamaba familiarmente, «se trajo» el Arsenal: tiendas de campaña cubrían las laderas que llevaban al convento; sobre la explanada frontera a éste se levantó un altar para la función religiosa que había de celebrarse con asistencia de dignidades de la Iglesia, gran orquesta, cantores, dando guardia la marinería; al Alzar, las Bandas de Música del Departamento y los cañones de los buques. Un inmenso toldo defendía de la canícula. Vino a predicar el mejor orador sagrado de entonces, González Fránces, Magistral de la Catedral de Córdoba; gran tribuno. El asunto y el lugar exaltaron su arrebatadora elocuencia y se le borró la noción del tiempo, tanto, que la tensión de las cuerdas del toldo fué cediendo hasta soltarse de un lado causando la consiguiente alarma. Por fortuna no pasó nada, se izó la vela, continuó el sermón y el diácono pudo decir *Ite missa est*.

(1) En la modesta Biblioteca que logré reunir, con grandes esfuerzos, en la Rábida, pueden leerse el acta de constitución y las *Memorias* de los primeros años. (N. del A.)

El nombre de la Rábida atrajo tal cantidad de gente de Córdoba y Sevilla, sin contar los de la comarca, que Huelva, entonces muy pequeña, Palos y Moguer, no pudieron con lo que se «les vino encima.» Más de 15.000 personas por aquellos montículos y pinares; se acabó la comida, el agua; no había donde dormir, y el muelle, espigón improvisado para el desembarco, la noche de los fuegos artificiales, por cierto admirables, sobre todo un inmenso globo terrestre y Colón señalando las tierras descubiertas, al terminarse y venir la muchedumbre a embarcarse, fué tal la aglomeración, que el muelle comenzó a hundirse, dándose el caso — se atribuyó a «milagro colombino» — de que la masa humana sobre el espigón, al sentir que éste «buscaba asiento» en el fango, eclipsó la retirada de Jenofonte: los pilotos hicieron firme y nadie rodó por los zapaletas: lo que pudo ser horrible catástrofe, servía luego de ingeniosas bromas.

Uno de los actos más emocionantes, fué la llegada de los «Talleres de Río-Tinto» — así se les llamaba tomando al contenido por el continente — llevando los maestros y operarios a hombros, la hermosa y rica lápida, que habían construido con patrio orgullo:

1492
LOS OPERARIOS
DE LA
COMPAÑÍA DE RÍO-TINTO
CONMEMORAN LAS
GLORIAS
DE
CRISTÓBAL COLÓN
3 DE AGOSTO DE 1880
TALLERES HUELVA
DOS COLUMNAS, INSCRITOS EN ORO, ESPAÑA, AMÉRICA. ENMAR-
CAN LA CARTELA, SIENDO LAS LETRAS DE PLATINO.

Alfonso XII visitó [la Rábida en 1882, escribiendo en el álbum del convento:

«Aqui, en la celda del P. Juan Pérez de Marchena... hago fervientes votos porque España agradecida lleve a feliz término un monumento digno de aquél a quien debe tanta gloria, que aunque dejase de existir, figuraría siempre a la cabeza del progreso y de la civilización del Nuevo Mundo; y gracias a los hijos de Huelva, que comprendieron en este sitio los designios del gran Colón, la lengua española se hablará siempre en los dos Mundos. Alfonso, 2 de marzo de 1882».

La Diputación Provincial, en memoria de la visita colocó en el prebisterio de la iglesia del convento una lápida en mármol:

S. M. EL REY D. ALFONSO XII
VISITÓ ESTE MONASTERIO EL DÍA 2
DE MARZO DE 1882 Y S.S. A.A. R.R.
LAS SRMAS. SRAS. INFANTAS D.^A ISABEL.
Y D.^A MARÍA DE LA PAZ EL 27 DEL MISMO MES Y AÑO.

La Sociedad Colombina en sus certámenes anuales sostenía el fuego sagrado, avivándolos todos los 3 de Agosto con el tema: «Proyecto de Fiestas para la celebración del IV Centenario de la salida de Colón para el Descubrimiento del Nuevo Mundo el día 3 de Agosto de 1492».

Cánovas, Presidente de la R. A. Española, encarga a los comisionados representantes de la Nación en el Congreso Geográfico que se celebraba en París, propongan que el Congreso del año 1892 se celebrase en la Rábida, recayendo acuerdo unánime. Ocupa la Secretaría hombre tan competente, entusiasta y activo como D. Justo Zaragoza, que, visita Palos y la Rábida para señalar el lugar; y al mismo

tiempo el ilustre arquitecto D. Ricardo Velázquez Bosco (1) recibe amplios poderes del Gobierno y Academia de Bellas Artes de San Fernando para las obras que habian de hacerse en la Rábida; y D. Ricardo estudia Santiponce, Santa María de Niebla, iglesias y monumentos de Córdoba y Sevilla hasta vislumbrar lo que pudiera haber tras aquellas capas de cal, única «orientación» que ofrecía el Convento rabideño.

La restauración fué tan completa, que surgió el cenobio del siglo XV causando el asombro del mundo culto que pasa por él. La casualidad me hizo acompañar al restaurador la tarde en que el «pico», durante las primeras investigaciones y tanteos, acusó pinturas; eran las de la pared —aún se ven— del claustro mudéjar inmediata a la puerta del refectorio... Se abrieron las zanjas para el monumento a los Descubridores, —la primera idea se debe a Don Antonio González Ciesa, Presidente de la Diputación Provincial (hijo de Ayamonte)—, y que se levanta en el centro de los jardines; se hicieron éstos; la carretera de San Juan del Puerto-Moguer-Palos, se extendió en soberbio paseo hasta la Rábida a enlazar con un hermoso muelle de seis embarcaderos. Los terrenos para el emplazamiento de estas obras y jardines, lo cedieron el Duque de Alba y la Duquesa de Tamames.

Los alrededores de la Rábida eran la realidad de un sueño. Arrepentidos del pasado, por todas partes desmontes, movimientos de tierra; pinos seculares, abatidos; muros en el Tinto para retirar las aguas, pilotes para afirmar el muelle; cuadrillas de albañiles y trabajadores de Palos y Moguer, mañana y tarde; pintores, cerrajeros, estuquistas de Huelva, Sevilla y Madrid. El Centenario era la reparación de una gran injusticia. Si en las ruinas de Itálica: «Este valle fué plaza; aquél fué templo», en la Rábida se convirtió el monte en

(1) En arquitectura árabe la primera autoridad europea. Vi galerines de libros en prensa que le enviaban a corregir arquitectos extranjeros. (N. del A).

llano; la aridez en jardín; la senda en alameda; el río se retiró para dejar paso; y, cuando los hombres de todos los pueblos nacidos de España llegaron, fueron sorprendidos ante el panorama: la Rábida vestida de hermosura. (1)

LA RABIDA EN EL IV CENTENARIO

El Gobierno dió el programa de los actos patrióticos: comenzaban el 2 de agosto al 30 de octubre. Jamás se pensó y realizó un programa de mayor acierto..

El 3 de agosto amaneció cantando, apenas el sol quería esmaltar en brillantes las aguas del Atlántico y teñir de rosa los cendales que se desprendían del Tinto y el Odiel, cuando los buques de nuestra Armada y los de todas las naciones que tenían Escuadra, situados frente al Convento, al hacer el barco Almirante la señal, una comisión de la Colombina, de la que yo formaba parte, en el montículo al lado derecho de la Rábida subían las banderas en un *hemiciclo* donde lucían en el centro, la española, el pendón de Castilla y el estandarte de Colón, rodeado de las americanas. Se empavesaron los buques, el aire se hizo armonía de las músicas, trompetas y clarines; los cañones tronaron en salvas de paz, y, en las vergas, —en todas las hablas—, se daban los hurras de ordenanza; el eco respondía: ¡hurraa! Se acercaba el reinado de la paz, las

(1) El monumento: proyecto y ejecución del gran Velázquez Bosco; por falta material de tiempo no se terminó. Debe verse la maqueta en la iglesia del Convento.

El proyecto de muelle, gran acierto, fué del ingeniero D. Francisco Terán Morales, fraternal amigo al que aprecié por su alto valor profesional y moral. Hijo adoptivo de Huelva, Vicepresidente de la Colombina, Ministro de la Corona, más tarde con la Dictadura, se hizo querer y admirar de cuantos lo trataron. (N. del A.)

armas eran para honrar y «no matar» cumpliendo el quinto mandamiento. (1)

En Cádiz se había construido la *Santa María* en sesenta y tres días. (2) En Barcelona, la *Pinta* y *Niña* que, terminadas, anclaron en nuestra bahía para el homenaje a la salida de sus progenitoras.

¡La Rábida! En manifestaciones enfervorizadas desembarcaban multitudes en su nuevo muelle y subían el nuevo camino, llevando:

Lápida en bronce:

1492 - 1892
A LOS HÉROES DEL DESCUBRIMIENTO
DE AMÉRICA
EL COMERCIO Y LA INDUSTRIA DE HUELVA.

En mármol:

LOS ESTUDIANTES ESPAÑOLES
EN EL CUARTO CENTENARIO
DEL NUEVO MUNDO.

En mármol:

LOS MÉDICOS Y FARMACÉUTICOS
A GARCI-FERNÁNDEZ
Y
MAESTRE ALONSO

(1) Terminada la fiesta de las banderas, el Alcalde de Palos telegrafió a S. S., a los Reyes, al Presidente del Consejo, a la Reina de Inglaterra soberana del Canadá, al Rey de Italia, al Presidente de los Estados Unidos, de la Argentina, Chile, Perú y demás Repúblicas de habla española. Las contestaciones, verdaderas ejecutorias del pueblo de Palos, desaparecieron en el incendio de su Archivo Municipal, ocurrido no hace muchos años.

(2) Hizo los planos el ilustre Ingeniero Naval, hijo de Ríotinto, D. Manuel Puente Wilke. (N. del A.)

También en mármol:

A SANTA MARÍA DE LA RÁBIDA
BAJO CUYOS AUSPICIOS EN SU MONASTERIO FRANCISCANO
SE PREPARÓ EL DESCUBRIMIENTO DE LA INDIA OCCIDENTAL
SIENDO PADRE GUARDIAN FRAY JUAN PÉREZ
COOPERADOR EFICAZ EN EMPRESA TAN ALTA.
A CRISTÓBAL COLÓN
QUE DESPUÉS DE SER HUESPED EN ESTE CLAUSTRO
ZARPÓ DEL PUERTO DE PALOS EN 3 DE AGOSTO DE 1492
PARA DAR UN NUEVO MUNDO A ESPAÑA EN 12 DE OCTUBRE.
LLEVANDO A DESCONOCIDOS CONTINENTES
EN LA RELIGIÓN CATÓLICA EL CULTO DE LA VIRGEN.
LA ACADEMIA BIBLIOGRÁFICA MARIANA.
LÉRIDA 1892

El IX Congreso Americanista atraía la atención de los doctos, el número de socios se contaba por muchos centenares. El 12 de octubre «se echaba encima», se improvisaba la tribuna para la inauguración del monumento; se le daban toques al patio mudéjar; se emplazaban baterías para los disparos reglamentarios. Con la Reina madre y el Rey niño vendría la corte; el Presidente del Consejo Cánovas; el Ministro de Fomento, creo lo era el insigne vate autor de *El vértigo*, *Lord Byron*, *La Visión de Fray Martín...*; el Cuerpo Diplomático, el Metropolitano de Sevilla, el Capitán General de la Región, el Comandante General del Apostadero, los Diputados y Senadores andaluces... Si el 3 de agosto fué La Rábida de la fe y la esperanza, el 12 de octubre fué el de la victoria.

Llegó la fecha: la Reina y el Rey, entrarían por mar, en el *Venadito*, para desembarcar en la misma tierra rabideña; fuera de la barra les esperaban los barcos de las Armadas extranjeras y la corbeta mejicana *Zaragoza*. En el *Legazpi*, con el Presidente del Consejo, el Cuerpo Diplomático y la Comisión del Centenario saldríamos a recibir a SS. MM.

Muy temprano, proa a la Rábida, donde quedaría la Exce-

lentísima Sra. D.^a Joaquina de Osma, con otras distinguidas damas, esperando a los Reyes.

El Presidente, el Cuerpo Diplomático, la Junta del Centenario, todos de «punta en blanco» y condecoraciones; la banda de Infantería de Marina del Departamento, que competía con la famosa de Ingenieros de Madrid, seguimos hacia el mar.

La primera parte del cometido, perfecta, pero al virar el barco, después de haber dejado en la Rábida a la Presidenta, la marea-aguaje, en la vaciante «tiró una enormidad», y el barco «tocó». El incidente no tuvo importancia, lo consigno a los efectos de que comprobé el genio que se decía tener Cánovas: subió al puente, a dos escalones, y el movimiento nervioso, guiño característico del Presidente, imponía. ¡Avantel el barco más en seco. La creciente nos hizo salir.

Recuerdo los comentarios que hacíamos a bordo, principalmente del enviado especial de Haití, negro fino de azabache, con uniforme grana rameado de abundante plata; el blanco elegantísimo del representante del Emperador de Austria, este embajador extraordinario, lució en cada acto un uniforme distinto: ¿Quién será, preguntábamos, ese delgadito con traje de frac, que el Presidente atiende tanto? (1)

Nos intrigaban las condecoraciones. ¿Qué serían aquel collar, aquella cruz, aquella venera?... Venció el marqués de Casa Miranda, Subsecretario de la Presidencia, casado con Adelina Patctj; tenía la condecoración del Emperador de Siam, verde con un sol y un elefante...

El *Venadito*, con los Reyes, avanzaba a toda máquina. Paramos, al cruzarse ambos barcos, por babor y estribor dispararon los cañones. Me dí cuenta de la fuerza de una institución. Comenzando por el Presidente, todos en fila, cuadrados, saludábamos. La Reina, sonriente; el niño-Rey, con asombro

(1) El Embajador extraordinario de los Estados Unidos.

de curiosidad: ¡Viva el Rey! dijo Cánovas con voz que temblaba. ¡Viva la Reina! ¡Viva! ¡Vivaaa!...

A los de la Junta nos desembarcaron; había que esperar en la puerta de la Iglesia del Convento. No se podrán creer los miles de almas: la explanada, los alrededores, el paseo, la carretera, entre los pinares, era una masa de gente.

Cercando el monasterio, una colmena. Los invitados esperaban, entre ellos los del Congreso Americanista; vi al célebre sabio Mr. Hoppe, que fumaba cigarrillos y, consumida la mitad, los metía en un canuto; un Académico con las «palmas» —te juro es verdad—, al que cogía del brazo su mujer, teniendo él una cacatúa en el hombro; por respeto al sexo opuesto, no te digo que la señora era otra cacatúa... La multitud se hizo ola. ¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡La Reina! ¡La Reina!... Un landó descubierto corría en dirección al convento...

Las ovaciones se sucedían. Nos pusimos en nuestros sitios: ¡emoción! Llega el coche, ¡desencanto! Eran la Duquesa de Superunda y otras damas de S. M. ¡Cualquiera les quitaba el recibimiento más entusiasta que presencié en mi vida!...

Sonaron las cornetas, se presentaron armas... ¡Llegó la familia Real!... Ya podrás, lector, calcularte. La pequeña iglesia nos parecía de oro; los arboles del sol poniente se entraban dorando los uniformes, inflamando los huecos, nimbándola toda. Se cantó el «Tedeum»; subieron los Soberanos a la que es hoy sala de la Colombina, donde firmó la Reina seis Decretos refrendados por el Presidente del Consejo: Autorizando al Gobierno presentara a las Cortes un proyecto de Ley declarando fiesta nacional el día 12 de Octubre; indultando a dos reos de pena de muerte y bajando las penas de los reclusos en la cuarta parte, en la mitad y hasta la libertad; otorgando una Gran Cruz al arquitecto restaurador de la Rábida;

que se fundara, «con la brevedad posible», un colegio para misiones en el convento; el Toisón de Oro al duque de Veragua, marqués de la Jamaica; dándole el título de Excelencia a los Ayuntamientos de Trujillo, Medellín y Jerez de Los Caballeros; (1) de Jefe Superior de Administración al Sr. Molini, Director del Puerto de Huelva.

Sin perder instante, fuimos a colocarnos en espera del acto de la inauguración del Monumento. Se había levantado una tribuna exornada con tapices de Palacio y un dosel real de los antiguos reyes de Castilla. Expectación impresionante: uniformes por todas partes; allá va un Obispo, un Embajador, un Palatino, un General, un Grande de España; los Ayuntamientos bajo mazas, periodistas nacionales y extranjeros, los colombinos...

La marcha Real.. Suben los Reyes a la tribuna.

El niño-Rey, rubio, con el pelo rizado, vestía traje de marinero, atrayendo las miradas cariñosas de todas las madres. María Cristina de Hapsburgo, que tenía la distinción heredada de viejas monarquías imperiales, destacaba la esbeltez de su incomparable busto, más interesante con el traje de luto; sobre la frente, rica diadema y, me parece no llevaba más alhajas; la misma sencillez realizaba su majestad. En la cara un algo así entre cansancio y pena que nos interesaba a todos.

Cánovas, a su derecha, detrás, sonreía satisfecho, no hacía guiños.

El Arzobispo de Sevilla, con mitra deslumbrante de pedrería, asistido de Canónigos de la Metropolitana, revestidos con lo más lujoso de la Catedral, bendijo el Monumento. La impresión debió ser «aplastante» porque el silencio dejaba oír las abejas y muchos pañuelos fueron a los ojos. El Presidente

(1) En estos últimos años se le ha concedido al Ayuntamiento de Palos.
(N. del A.)

de la Colombina, Sánchez Mora, pronunció un grandilocuente discurso. (1)

Quedó cancelada una deuda: allí, en aquella cruz y esfera, que remataba la columna conmemorativa, y en aquellos nombres en bronce y mármol de los tripulantes de las carabelas, los emblemas de Colón, Isabel la Católica y Fernando V, unos indios y las proas de los barcos de la flotilla (de yeso los primeros, y de madera los segundos, han desaparecido: no mirar), se firmó la escritura de cancelación. Cánovas redactó la inscripción:

«Año 1892. Reinando D. Alfonso XIII, bajo la regencia de su madre, D.^a María Cristina de Hapsburgo, con motivo del IX Centenario del Descubrimiento de América y para que aquí conmemore siempre tan fecundo y glorioso suceso, erigió España esta columna que domina el sitio desde donde las naves de Colón salieron al Océano en busca del hemisferio desconocido.»

Cuando nos dispersamos, sentí me tocaban en el hombro, volví la cara y vi un marino, que supuse español por el uniforme. Se me presentó, era un oficial de la *Zaragoza*. Me llevó a bordo, me invitó a almorzar con sus compañeros, se brindó... Cuento esto, porque aquellos muchachos, todos de apellidos españoles, estaban locos, no sabían qué decir; se leyeron párrafos de los «Recuerdos de Italia» de Castelar, Zorrilla, Lord Byron, Núñez de Arce. . . De jerez y champán, lo suyo. A la caída de la tarde, el Comandante ordenó que el barco

(1) Director del Instituto de Segunda Enseñanza de Huelva, elocuente orador y famoso abogado. Me honré con su amistad y fui Catedrático con él. (N.º del A.)

más cerca del *Venadito* fuese la *Zaragoza*. Y así llegamos a Huelva. ¡Inolvidable día! (1)

La sesión del IX Congreso Americanista en el patio mudéjar cubierto con un dosel real, en cuyo centro lucían las armas de España, respondió a la expectación universal. La ciencia de la época; los siglos desde el XV al XIX se reunían hablando al oído de la celda donde nació un mundo.

Nordes Kiold, Guido Cora, Hoppe, Adam, Palma, Hamy, y tantos y tantos. Cánovas lo inauguró. Su oratoria «macho», su autoridad, su gesto, su hermosa fealdad, admiraban; se imponía el «monstruo» por su hondo pensamiento y saber. Al recordarlo —lo tengo al oído por el ceceo,— dijo: «Representáis la ciencia, representáis lo que supera a lo pasado. Comparando lo relativamente pequeño de lo que nos rodea, con la gradeza moral del Descubrimiento, yo miro con respeto y cariño a los descendientes, muchos de ellos por línea recta y llevando los mismos apellidos de aquéllos que acompañaron a Colón, yo miro con gran respeto a esta tierra, saludando a sus hijos con íntima satisfacción.» Cora, el representante de Italia, dijo: «Cristóbal Colón fué italiano *per nascita* y español por reconocimiento y *amore* a España...»

Yo representé, entre cortinas, un modestísimo papel. Cánovas tenía que hablar de los célebres antropólogos fallecidos des-

(1) Al Rey daban escolta cuatro Guardias Marina de los más jóvenes. Era simpaticísimo verlos cuando asistían a los actos oficiales.

Se decía que, a bordo, al salir S. M. al comedor, lo esperaba su guardia, y que una mañana había entre los platos de repostería una fuente con bizcochos que se «venían a los ojos». Los miraban los Guardias, se miraban y... hubo quien no pudo resistir la tentación y alargó el sable, pinchando uno.

Casi al momento la Marcha Real, posición de ordenanza, el bizcocho va lentamente bajando cuando pasa la Reina, que tiene que mirar a otro lado. Les mandó, después, una bandeja con bizcochos.

de el último Congreso, entre ellos Cuatrefages. El Presidente no había «seguido» esas muertes, y los datos biográficos se le olvidarían, porque Justo Zaragoza y Morlesín... buscaban, preguntaban, inquirían... sin encontrarlos. Llegó la cosa a preocupar y a contrariar... No había Diccionario Enciclopédico. La casualidad me hizo enterar, y mi humilde persona resolvió el conflicto.

En el Instituto existía la edición pequeña de Pierre Larousse. Zaragoza y yo acudimos a la Biblioteca, en la víspera del discurso. Supongo lo que se alegraría D. Antonio. Después he sabido, por experiencia, el nerviosismo que producen la falta de una cita o un dato no encontrado a tiempo. (1)

La Bibliografía del Centenario y, por consiguiente, de estos actos, fué copiosa, sobre todo en Italia y entre nosotros.

La fatalidad histórica y la altivez de nuestro carácter, que nos llevó a la frase: el último hombre y la última peseta, malogró los frutos de la hermosa siembra... Los extremismos llegaron a renegar de América, Palos y la Rábida. Al querer reconstituir la Sociedad Colombina, la mayoría se opuso. Pero uno habló y dijo: Eso sería, como si renegáramos del Cristianismo porque en su nombre se han cometido errores y ocasionado males.

Esta santa verdad convenció. Y seguimos siendo los custodios de la Rábida, los veladores de su espíritu; el álbum para las firmas de los visitantes, raro era el día que no recibía alguna. Después de la Semana Santa y Feria de Sevilla, los autos estaban constantemente en la carretera; extranjero que venía a Huelva, al Convento; el guarda del mismo, el fiel Antonio Bocanegra, a las órdenes del Arquitecto conservador

(1) En el tomo II se completan estos actos con los celebrados en Huelva, continuación del Congreso. (N. del A.)

Velázquez, guarda que hicimos Conserje de la Colombina, cuidaba, con verdadero celo, el Monasterio y atendía a las visitas.

Esta lápida en mármol, recuerda la estancia de la familia real en el Monasterio.

SS. MM. EL REY DON ALFONSO XIII Y AUGUSTA MADRE
DOÑA MARÍA CRISTINA DE AUSTRIA REGENTE DEL REINO.
VISITARON ESTE MONASTERIO EL DÍA 12 DE OCTUBRE DE 1892
CON OCASIÓN DEL CUARTO CENTENARIO DEL
DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.
ASÍ COMO TAMBIÉN SS. AA. RR. SRMAS. SRAS. DOÑA MARÍA
DE LAS MERCEDES, PRINCESA DE ASTURIAS Y DOÑA
MARÍA TERESA, INFANTA DE ESPAÑA.

LA RÁBIDA CON LOS FRAILES

El 29 de abril de 1920, fué la inauguración oficial de la Comunidad Franciscana en la Rábida con la solemnidad que correspondía. En la función religiosa ofició el Reverendo Padre Bernardino Puig, Delegado Provincial de la Orden; en el lado de la Epístola, bajo dosel, el Nuncio; al lado del Evangelio, el Cardenal Arzobispo de Sevilla Almaraz.

Al pie del altar, los Gobernadores Militar y Civil de la Provincia y los Alcaldes de Palos, Moguer y Huelva. La iglesia, el claustro y los patios «rebosando.»

El banquete oficial, como era natural, no fué franciscano: seis platos, entremeses, Jerez, Rioja, postres, café, cigarros, todo español y en español, presidiéndonos los Excmos. Eminentísimos.

El patio fué el marco de los discursos, hablaron: el Provincial Bernardino Puig, Hazañas y la Rúa, el agustino Fray Gilber-

to Blanco, Martín Rucker, decano de la Universidad católica de Chile; Fray Angel Ortega, Monge Bernal, (1) Siurot, un servidor, Almaraz y Ragonessi.

Los frailes y los colombinos conviven.

En el IV tomo de su libro, dice el P. Ortega: «La Rábida en sí misma, hoy, tiene tres aspectos o relaciones reales: Convento, Monumento Nacional, Casa de la Sociedad Colombina de Huelva». En el mismo tomo, pág. 304, inserta la R. O. de 2 de agosto de 1922 firmada por el Ministro Montejo; que señala «la parte del edificio cedida a la Sociedad Colombina Onubense, con entrada exterior: habrá completa independencia».

En los actos del 3 de agosto hablaba el P. Superior, y si yo asistía, contestaba con palabras de afecto desde la Presidencia.

Aunque de una manera sucinta, para «llegar con La Rábida» hasta este momento, y por su extraordinario relieve, anoto las fiestas del 3 de agosto, que las gentes llamaron

(1) El P. Angel ponía toda la llama de su temperamento de fuego en una palabra fuerte de acentuadas erres; su alta y delgada figura, su rostro curtido y sus grandes ojos le daban un interés extraordinario; era la evocación completa del franciscano de los siglos medios. Su exaltación religiosa le hacía decir: «La Rábida nuestra». ¡Nuestra! ¡Sólo nuestra! Repitiéndolo en todos los períodos de su discurso. La situación del Presidente de la Colombina, es decir, la mía, era difícilísima, «se me venía una y se me iba otra; se me indigestaba el banquete, miraba a todas partes y agachaba los ojos como avergonzado: sudaba. Pero no podía pasar por aquello, no podía dejar de cumplir con mi deber. Al hablar dije, sin contradecir al bueno del P. Angel. La Rábida es España y América, Hispanoamericana.

De este hecho quizás salieran las habladurías, explotadas, de que yo no quería viniesen los Padres a la Rábida. Yo creí siempre y le constaba a D. Ricardo Velázquez y le consta a mi dilecto amigo el distinguido arquitecto Gómez Millán (don Antonio), que en la Rábida estuviesen la Comunidad Franciscana y la Colombina, porque ambas debían ir al mismo fin, enaltecer la Patria, unirla espiritualmente con América.

el «Centenario chico»; porque después del grande, ancló, por primera vez, la Escuadra: la mandaba el marqués de Arellano, último representante de la Marina legendaria; Ministro de Marina D. José Pidal. El *Príncipe de Asturias*, arbolando la insignia Almirante; llegaron la Banda de Infantería de Marina, fuerzas de desembarco, el Comandante General del Departamento. Desde Sevilla, una compañía del Regimiento de Granada, con la Bandera, escuadra de tambores, cornetas y banda de música; las Comandancias de la Guardia Civil y Carabineros dieron infantes y caballos, resultando un brillante desfile. La excursión al Convento, inolvidable...

La visita de la misión chilena, que había venido en estudio a Europa y llegó a la Rábida le ofrendó este homenaje.

En mármol:

A LA MEMORIA DE LOS
INSIGNES NAVEGANTES QUE AL ENSANCHAR
LOS HORIZONTES DE LA HUMANIDAD
DIERON A ESPAÑA UN CONTINENTE EN QUE
PERPETUAR EL GENIO Y LAS VIRTUDES DE SU RAZA.
OFRECE LA REPÚBLICA DE CHILE EL HOMENAJE
DE SU FE EN LOS ALTOS DESTINOS DEL MUNDO DE COLÓN
12 DE OCTUBRE DE 1492
12 DE OCTUBRE DE 1919

Una cartela dice:

LA SOLEMNE ENTREGA DE ESTA PLACA EFECTUOSÉ SIENDO PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE CHILE EL EXCELENTISIMO. SEÑOR DON JUAN LUIS SANFUENTES, MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES, EL EXCMO. SR. DON LUIS BARROS BORGOÑO Y ENVIADO EXTRAORDINARIO Y MINISTRO PLENIPONTENCIARIO EN ESPAÑA. EL EXCELENTISIMO SR. D. JOAQUIN FERNANDEZ BLANCO Y PRESIDIA LA

CELEBRACION DE ESTE ACTO CONMEMORATIVO EL EXCELENTISIMO SEÑOR DON HELIODORO YAÑEZ, EX-PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS, CONSEJERO DE ESTADO Y SENADOR DE LA REPUBLICA (1)

La Excma. Diputación Provincial de Badajoz y el Excelentísimo Ayuntamiento de la capital de dicha provincia, ofrendaron la siguiente magnífica lápida en piedra:

EN ESTE RECINTO SAGRADO PLETÓRICO DE ESPIRITUALIDAD, TENED UN RECVERDO LOS HÉROES EXTREMEÑOS DE LA ESPADA Y DE LA CRVZ QUE ALLENDE LOS MARES ASOMBRARON AL MVNDO CON SV GRANDEZA Y ESCRIBIERON EN MÉJICO, PERÚ, CHILE, GVATEMALA, HONDVRAS, LA FLORIDA, EL PACÍFICO... LAS PÁGINAS MAS BRILLANTES DE HISTORIA NACIONAL.

SEBASTIÁN GARCÍA GUERRERO, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE BADAJOZ. ANTONIO DEL SOLAR TABOADA. ALCALDE DE BADAJOZ

AÑO MCMXXVII.

CONMEMORAN LAS GLORIAS DE CRISTÓBAL COLÓN
3 DE AGOSTO DE 1880.

El escudo de Badajoz, los bustos de Isabel y Fernando y los nombres de Cortés, Núñez de Balboa y Pizarro.

La excursión de los Guardias Marinas —repetida— de la fragata argentina «Sarmiento», dejando en recuerdo dos salvas enlazados con laurel.

El recibimiento a Labra, el gran patricio Don Rafael, patriarca del Hispanoamericanismo, Presidente honorario de la

(1) De la visita quedó constancia en un interesante libro-recuerdo: «Chile en la Rábida» Fiesta de la Raza de 1919, donde se recogen los actos celebrados en el «Circuito Colombino», en honor de los huéspedes chilenos. El libro tiene en la portada dos matronas —España y Chile— abrazadas, señalando a la Rábida en nubes blancas sobre fondo azul, y contiene vibrantes discursos pronunciados ante el Cristo de la Rábida al hacerse la ofrenda, el recibimiento en el pueblo de Palos, entre vítores y flores; la espléndida fiesta en Moguer; el desfile de los niños y niñas de las escuelas

Colombina; su palabra, su entusiasmo y su fe en la hispanidad quedarán en el ambiente colombino, como su memoria en España.

El portorriqueño Balbás y Capó que, por no someterse a la nacionalidad yanqui, la solicitó de España, y en tanto se tramitaba su petición, se la dimos en la Rábida, en sesión conmovedora por su hondo españolismo, asistiendo en representación del Gobierno, Burgos y Mazo.

La inauguración del monumento a Colón, obra de la arquitecta norteamericana Mrs. Witnhey; presidiendo los actos Primo de Rivera, el Embajador de los Estados Unidos, el Duque de Alba; damas y marinos americanos; los Comandantes de los buques de guerra de la «Casa Blanca» y de nuestra Armada; tropas de desembarco: auras de los conquistadores y misioneros que sembraron la semilla de la civilización en las tierras vírgenes de la después Gran República.

La visita de José de Diego, alma que se consumía en el amor a su Puerto Rico y a España. Su prematura muerte le impidió cumplir su juramento en la Rábida, en un beso a la bandera sangre y fuego: Juro pasearla por todos los pueblos de habla española para fundirlos en el imperio espiritual del castellano. Castelar y de Diego, cantaron, como no se oirá más, la divina lengua española.

La del ilustre uruguayo-español, Ignacio Arcos Ferrand,

de Huelva con banderitas españolas y chilenas ante el Consulado chileno; el banquete en el Círculo Mercantil y Agrícola; el baile de honor en el mismo; la visita a las escuelas Siurot; las aclamaciones, el entusiasmo, la confraternidad que hizo uno a chilenos y españoles: se separaron con lágrimas.

Debo nombrar aquí a D. Joaquín Fernández Blanco, Ministro Plenipotenciario de Chile en Madrid y a María Rora su distinguida y bella esposa, con los que me unió cariñosa amistad, y a Emiliano Figueroa, después Presidente de la República; ambos encarnaban el prototipo del chileno prócer de descendencia española. El libro está ilustrado con interesantes láminas, tiene la sencillez hidalga del alma chilena; franca, abierta, espontánea, donde alcanza la mano hay una amistad. (N. del A.)

que se llevó tierra del Convento, en botecitos sellados y lacrado, ante acta notarial. La de Rafael Calzada, este español-argentino, que no sabía a cual de las dos patrias quería más, y en la vorágine de sus grandes empresas le quedaba tiempo para escribir *Colón español*, y hacer altos para venir a Asturias con su distinguida esposa, que se había hecho tan española como él.

Cebrián, el que hizo construir en uno de los parques de San Francisco de California un monumento a Cervantes; editó en inglés y en español *Los Exploradores Españoles*, de Lummis, y la *Leyenda Negra*, de Judería, repartiéndolos profusamente y donando muchos ejemplares a la Colombina para que obsequiara a los visitantes de la Rábida. Cebrián, sentía gran admiración por Velázquez Bosco, al que envió una biblioteca de obras de Arquitectura, para nuestra Escuela de Arquitectos,

Las excursiones en tren especial, con los empleados y obreros de la Compañía de Riotinto. La del Centro Mercantil de Sevilla; las de la Sociedad Excursionista de Málaga... ¡Tantos y tantos!

EL PLUS ULTRA

La vuelta de los aviadores del «Plus Ultra», recibidos por el Rey, atrajo la atención del mundo. Después del «Tedeum» en la iglesia de Palos, se celebró sesión colombina en el histórico patio de La Rábida, sin más adorno que el estrado real sobre alfombra roja y blanca... Alfonso XIII; los Infantes D. Carlos y D. Alfonso de Orleans; el Cardenal Ilundain, Cornejo Carvajal, Ministro de Marina; el Embajador Argentino Carlos Estrada; el P. Guardián Fray León Vence, el P. Legíssima... Para formarse idea del acto, basta decir, que

desde la rotonda, dando la vuelta al convento, era un metraje —¿está bién?— de automóviles.

El rey da la palabra, el Padre Fray Juan R. Legíssima: (1)

«Permitid, Señor, que en esta voz universal con que veinte pueblos bendicen hoy a la madre España, se alce una voz más humilde como franciscana.

No era, ciertamente necesaria aquí, en este cenobio, en donde hasta las piedras cantan las grandezas de la Patria; aquí, en el seno donde el amor a España engendró el «Plus Ultra», que dió vida a veinte hijas, corona gloriosa de la madre España. Mas no fuera la cortesía, virtud española y franciscana, si al llegar hoy S. M. a esta casa, la Orden entera, y en su nombre el que tiene el honor de hablaros, no os mirara, saludara y bendijera con aquel afectuoso afecto que aquellos hermanos míos, que fueron prez y honor de este viejo solar, miraron y bendijeron a estos gloriosos vuestros ascendientes. Nunca más oportuna ocasión que ésta para cumplir tan alto deber. Aquí, Señor, aquí la Orden franciscana se abrazó para fundirse con la patria española, en abrazo inseparable. Por España fuimos los franciscanos al Descubrimiento y colonización de América, dando héroes, sabios y santos al Nuevo Mundo. Por España los franciscano fuimos con D. Juan de Austria a Lepanto, y con la Invencible a morir, héroes y mártires; por España fuimos con Cisneros a escribir, con generosa sangre, ese capítulo de nuestra historia que se llama *Misión de España en Africa*. Por España fuimos a Tierra Santa a defender a costa de la vida, los derechos de nuestro Real Patronato sobre los Santos Lugares. Por España nuestro martirologio patriótico de la guerra de la Independencia, se eleva a varios millares de héroes. Por España, ayer mismo, en los aciagos días de las guerras coloniales, cuando ya todas las islas del Archipiélago Filipino habían capitulado ante la

(1) Sus talento y virtudes lo hacen una figura relevante franciscana. (N. del A.)

dura ley del más fuerte; franciscanos y españoles sostenían en Baler la bandera patria...

Por España, por España estamos aquí, en la Rábida, como en el relicario *alma mater* de nuestra grandezas, las de la Raza. Aquí reciben el espaldarazo de esta noble, generosa patriótica y andante caballería de Misioneros, Apóstoles y Embajadores espirituales. (1)

De España, esos Hermanos nuestros que todos los años parten de las Casas españolas para llevar por todas partes,

(1) Escribiendo estas cuartillas, leo que Alfonso XIII está muy grave. Hago votos por su salud.

Hoy 27 de febrero, poco antes de sentarme a escribir he oído por la radio, que ha muerto. Me entristece la noticia. Su discurso en la Rábida, que vuelvo a leer, me pone delante la figura del Rey adelantándose a contestarme. D. Alfonso era un orador de palabra cálida, gesto soberano, acción sobria y dicción correcta.

Su improvisación aquella mañana inolvidable, era como la síntesis de su amor a España. El final lo dijo emocionado por el momento y el lugar; el último párrafo marcando nuestro destino histórico, nos conmovió, sentimos que hablaban nuestras pasadas grandezas que debían volver espiritualmente.

Llegamos a las salas de la Colombina donde su madre había firmado los Decretos dados el 12 de octubre de 1892 con motivo del Centenario, para que S. M. firmara en la primera hoja que le teníamos reservada del álbum que llamábamos Regio. D. Alfonso firmó complacido, preguntándome: ¿Algo más, Sr. Presidente?

Lo que vuestra Majestad ordene; pero quiero decirle que su discurso ha sido el de un consumado orador.

Sonrió, salimos. El paso de D. Alfonso, muy largo, tuvimos que seguirlo muy deprisa; Honorio, el Ministro de Marina —habíamos estudiado juntos el bachillerato— y yo, muy satisfechos comentando en bajo la solemnidad del acto y lo contento que iba el Rey. Algún párrafo de su discurso no publicó la prensa. Después... la Historia emitirá su fallo definitivo.

Con el pensamiento me detengo ante el sepulcro en una iglesia española de Roma, donde, aún calientes, caen unos despojos envueltos en la bandera nacional y cubiertos de tierra que dió claveles y rosas: tierra de España. Con la oración a los muertos, voy diciendo: fué un valiente, un gran patriota, un hombre bueno que dejó la corona y no la quiso ensangrentar con el fratricidio de una guerra civil. La luz eterna iluminará su espíritu.

Sus exequias han sido regias, lo merecía. Nació Rey y así muere, Rey. El Decreto honrándolo, honra a Franco. (N. del A.)

al Oriente, al Nuevo Mundo, a Palestina, Marruecos . . . el nombre bendito de nuestra Patria. Por ella, los que antaño creyeron en el *Plus Ultra* de Colón, creen, ante la proeza de estos bravos tripulantes de la Carabela del Aire, en el *Plus Ultra* hoy, en la grandeza de España, en los sublimes destinos de nuestro país, en vuestra augusta misión de Caudillo de este Pueblo, en la adorable Providencia de Dios que le defiende y guía camino de la tierra prometida de una grandeza sin igual...

¡Singular significado el de la Rábida, en la historia de España, y de la Orden Franciscana! ¡Por ella, por la Rábida, Religión y Patria, se han dado aquí el fuerte abrazo y el dulce ósculo de inseparable unión! Guardar como un tesoro este relicario, venerarlo, vivirlo en su idealidad levantada, como escuela de virtudes de la Raza, como hogar de más de veinte naciones . . . sublime misiva de todo español, sublime misión nuestra.

Esto pensamos, sentimos y decimos, Señor, en este memorable día los Franciscanos españoles. ¡Por Dios, Por España, Por Nuestro Rey!»

Discurso del Sr. Marchena Colombo, Presidente de la Sociedad Colombina Onubense.

«Señor, ante la majestad augusta de la historia, representada por este Monasterio cubierto de las heridas de su largo vivir, la Sociedad Colombina Onubense tiene el altísimo honor de ser presidida por Vuestra Majestad, en su sesión conmemorativa de un hecho que nació de la ciencia y de la fe, y coronó la victoria porque la voluntad de unos jóvenes no tuvo límite en el amor a la Patria.

Un día, un pájaro de luz flotó sobre las aguas del puerto de Palos y, siguiendo la estela de la Carabela *Santa María*, llegó al estero de «Domingo Rubio». Levantando el vuelo, recogió de estos muros el alma de España y con ella trazó

sobre los cielos de los dos hemisferios un arco iris de paz y amor, que estremeció de júbilo al sentimiento de la Raza.

Hoy, los hijos de la otra España, los hermanos nuestros, en un noble rasgo de gentileza, llegan a este solar de sus progenitores, jamás cansado de sacrificios y heroísmos, que hoy se remozca con la gesta feliz de los que salieron y los que tornan, siendo recibidos con el hosanna de las esperanzas y las aleluyas de la resurrección.

Bien venidos sean, que esta tierra que pisan es tierra americana y española; en este convento y en estos campos y en estos ríos, mientras exista América y el habla española sea el nervio del vivir de millones de hombres, y se llame beso a la expresión divina del amor de la madre estrechando al hijo, habrá una Rábida que sea su cuna y unos *ríos sagrados* donde se mecieron las carabelas... El signo de la luz del *Plus Ultra* que se reflejó en las aguas del Tinto y el Odiel e iluminó las del Plata, no debe apagarse nunca porque es fuego de almas. Hagamos el *libro de la alianza* en que americanos y españoles, perpetuemos con nuestras firmas y con nuestro aval, a los siglos venideros, que la unión espiritual quedó sellada donde el Genio de España completó el planeta.

Es el premio que Dios reserva a los pueblos que dan su sangre y sus nervios a la cultura universal»...

DISCURSO DEL REY

Me satisface hacer este recibimiento a mis oficiales aviadores que han ido, no a descubrir América sino a llevar allí el corazón de España que se han traído unido al de América.

La hazaña de mis oficiales demuestra lo que puede conseguir la raza hispana. Esto es lo que hacen cuatro hombres

cuando se reúnen para una noble empresa. Tres de ellos representan el estudio, la ciencia; el cuarto, la práctica; todos, la abnegación. Conseguir esto, unir el trabajo y la ciencia es encontrar resuelta la fórmula a que aspiran todos los sociólogos. Y lo hemos conseguido nosotros, la organización que se considera más antisocial: el Ejército.

Por encima de todas las ideas y de todas las creencias están los sentimientos humanos. Los pueblos que desean existir y vivir prósperamente, han de rendir culto al sentimiento perenne de la Patria. Para servirla, para hacer algo grande por ella, es lo mismo republicano que monárquico, creyente o descreído, católico o anticatólico porque todo lo puede un mismo sentir: la Patria.

Este sentimiento es el que ha tenido América cuando ha recibido a nuestros aviadores que, sin más patrimonio que su carrera, sin más honores que unas medallas ganadas en los campos de batalla, no han estado solos, porque detrás de ellos estábamos una legión de españoles, prestándoles apoyo, alentándolos para que pudieran decir en América: España os descubrió, haciendo un esfuerzo grande a costa de su propia vida; luego enfermó; pero ahora ha vuelto a renacer, y ahí va ese avión, mensajero de su grandeza; porque España es para el Nuevo Mundo lo que fué siempre.

A vosotros americanos, pertenece el porvenir; unidos con España llevaremos la paz a Europa, labor ésta más segura que la que se produce quizás en Ginebra, jugándose o disputándose los puestos que se daban allí.

Ese es el papel que yo espero tiene reservado el destino a España.

Verdadero progreso y libertad, he ahí nuestro programa.

Un mal día, la Rábida estaba profanada, manchada, triste, mordida; las puertas, destrozadas; los muebles partidos en astillas sobre los suelos, hacinado montón con las flores y la tierra removida de los jardines del patio; la iglesia, vacía; ni un santo ni una cruz; el Cristo con el Calvario, cenizas. Era un sacrilegio al sentimiento hispano. Lo más que fuimos, amasijo informe, humo, pavesa: arista que consume el fuego.

Nos encogió el horror ante la barbarie que había llegado al Cristo de nuestro 3 de Agosto, y había puesto las manos en su sien bendita, en los ojos dulces de caridad y amor. Volví a los claustros.

En la sala de la Colombina, el Altar de la Raza, añicos; las lamparitas de plata que eran como llamas viva de amor al sentimiento racial, pedazos...

Después del Movimiento, se celebró en La Rábida un 3 de Agosto de singular relieve, al que asistieron, los flechas de mar y tierra, los camisas azules-boinas rojas de ambos sexos; los camisas viejas; fuerzas del Ejército, Guardia Civil y Carabineros; Autoridades; el P. Guardián, una comisión de colombinos y, compañías, creo de trabajadores, no estoy muy seguro.

Vinieron todos los falangistas de la provincia. En sitio preferente, los mutilados en impresionante grupo. Al desfile con las banderas, se cantaron los himnos, la Marcha Real entre aplausos.

Se celebró la misa en el Monumento, severo altar, una cruz grandísima, largos reposteros, escudos de falange y aspas de San Andrés.

Se colocó esta lápida en mármol.

FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LA J. O. N. S.
LAS BANDERAS DE SANTA MARIA Y LOS PINZONES
RINDEN HOMENAJE DE ADMIRACION Y PLEITESIA
A ESTE MONASTERIO CRISOL DE LA GLORIOSA
EPOPEYA IMPERIAL DE 1492

SALUDO A FRANCO
ARRIBA ESPAÑA

HUELVA 12 DE OCTUBRE
II AÑO TRIUNFAL

La estancia de tropas y marinos italianos en Huelva, dió motivo a un acto colombino compartido con los hijos de la patria de Colón, la Italia, tierra clásica del arte y la belleza. Lo recuerda una placa en bronce:

GLI STATI MAGGIORE E GLI EQUIPAGGI
DELLE REGIE NAVI ITALIANE
PESAGNO —MIRABELLO— IALCO
NELL ANIVERZARIO DELLA PARTENZA
DI CRISTOFORO COLOMBO
DE HUELVA
3 AGOSTO 1937 ANNO XV E F

PERO, ESCRIBIENDO...

Recordando, me acuerdo que me decía Labra:

La Rábida es una de las pocas banderas que quedan en el mundo. Pérez Galdós, viéndo de lejos el convento: «No se preocupe Vd. amigo Marchena, la Geografía y la Topografía son más fuertes que la voluntad de los hombres». Así ha sido.

Cuando la exposición de Sevilla, después de haber visto en la propaganda que, por mandato de la Junta, hicimos el iniciador del Certamen, Coronel Caso; Balbontín Orta y mi

modesta persona, toqué el valor de una palabra, expresión de una gran idea, y los sentimientos que despierta: «La Rábida era un talismán». (1)

HUBO ERRORES

El Certamen sevillano pedía un hombre que hubiera nacido junto al mar, conviviéndolo; contemplando días y horas, la vuelta, hoy, de los barcos que salieron ayer.

La «emigración golondrina» en Galicia y Asturias las hace algo americanas; el emigrante dice: «Cómo no»; los centros españoles de Buenos Aires, Montevideo, la Habana, Barranquilla... con sus Revistas que canjeaban con «La Rábida» son la tierra de donde emigraron.

Lo ví centenares de veces; el español de allá, el americano nacido de ascendientes de acá, se encantaba en la Exposición, pero se estremecía en la vieja Rábida, besaba las banderas de su de su patria, en la sala Colombina de las banderas, doblando las rodillas.

Hay que hacer un turismo del sentimiento: los poetas son los precursores; después vienen los comerciantes, los industriales; el trueque, el cambio. Los pabellones americanos y el de Portugal nacieron más del sentimiento que del cálculo.

(1) Debo a Sevilla la gratitud de representarla no siendo sevillano. Abrigo la esperanza de poderle pagar su gentileza publicando un libro para el que quisiera fuera mi pluma un valor que no lo es. ¡Cómo olvidar al coronel Rodríguez Caso poniendo toda su alma en la explicación de las «películas» de los pabellones! ¡Cómo callar a mi querido amigo Enrique Balbontín Orta, loco por su Sevilla! ¿Por qué no he de decir era yo un sevillano más uniendo a ella el cariño a mi Huelva?

ADICIÓN

Como la «imposición de las manos». La Universidad «imprime carácter.» No estoy en Sevilla una vez, que no vaya a la Universidad.

No es la mía: fachada, patios, aulas, se han remozado. Al pequeño jardín con la fuente, la bella estatua de Santaella; lujosa Rectoral de severo gusto; a la aridez del segundo patio, macizos de plantas; el largo corredor descubierta, sin el esqueleto de la ballena. Aquí, alicatados; allá, laboratorios; acullá, lapidaria —¡como aumental— honor a los que honraron las cátedras, dejando una estela de saber que no pudo borrar la muerte: más, muchos más libros.

Las cigüeñas que llegaban en mayo, anunciadoras de que se acababa junio, no anidan ya en la airosa espadaña, blanca más que otrora; el reloj, más repintado, sigue marcando el tiempo, como si quisiera detenerlo . . .

No es la mía. Busco y no encuentro. Como avergonzado de mis muchos años, suelo refugiarme en el Decanato de la Facultad de Filosofía y Letras, donde la innovación ha querido detenerse, y encuentro en las «a trasmano» y recoletas salas, objetos de mi tiempo; cortinones, por descoloridos, respetables; sillas vetustas; en ésta o en aquélla sudé y trasudé ante el sabio y respetable Tribunal que me examinaba, no recuerdo bien, si de Literatura Latina o de Arabe. ¡Cuántas cosas amigas! ¡Cuántos recuerdos del divino tesoro que dijo el poeta!

Mirándolos, alegran: restan años, que los muchos años mucho pesan. Libros, ficheros-novedad —máquinas de escribir— también novedad, cuartillas, apuntes, Catedráticos. Pregunta, investigación, citas: inquietudes de inteligencias que bucean en la Ciencia, en la Historia, en el Arte hasta dar con luminares que alumbren la lámpara votiva divina y santa de la Verdad.

Una mañana de esta primavera tan apacible y acariciadora, que Sevilla anticipó su traje de hermosura vistiéndose de blanco los naranjos de la Catedral y las plazas; cuajado el aire de olor a nupcias, los lirios se habrían para asomar los «pasos» de Montañés y Juan de Mesa y los pensamientos eran mariposas en los jardines. Una mañana, decía, calle Gallegos, Plaza del Salvador, calle de la Cuna —mirada a la casa de la Condesa de Lebrija,— estudiantes que van y vienen, vendedores de «peines irrompibles,» encajes de hilo, cintas de colores, gentes que vienen y van a la Encarnación, que se sostiene sobre los codos por no poderse aguantar de pie de puro vieja... y, a la Universidad. Ya en ella, al Decanato de la Facultad de Filosofía y Letras. Tema: «Curso de Verano de Santa María de la Rábida».

Los catedráticos habían estado, una vez más, en el histórico Monasterio cruzado de cicatrices recubiertas de gloria; hablaban con el entusiasmo, con la fe de una juventud docta enamorada del sacerdocio de sus enseñanzas...

Allá en las celdas, los claustros, la Iglesia, la huerta, el camino hacia Palos y Moguer, la bahía de Huelva, donde se vive el Descubrimiento viéndose a Pinzón, Fray Juan Pérez, Colón, García Fernández, Marchena... la *Escuela de Estudios Hispano Americanos de la Universidad de Sevilla*, en rasgo gentil y amor de hermandad, habría unas aulas llamando a estudiantes hispanoamericanos, que es tanto como llamar a

españoles, a cursar estudios de nuestra obra civilizadora en el Nuevo Mundo.

Era un sueño: palabras vibrantes como notas de música, sentimientos hondos, patriotismo vivo: la obra cumbre de España, explicada por los que llegaron a conocerla en toda su grandeza...

Al despedirme —no lo olvido— Vicente Rodríguez Casado, con la distinción del que lo es, sin afectación alguna, me entregó uno de los primeros ejemplares de la «Conferencias y Cursos monográficos sobre la época del Descubrimiento y Conquista de América». No sé si di las gracias, sí, que volví un poco la cara, abrí la puerta, me perdí entre lindas estudiantas que paseaban... La luz del mediodía nimbaba la Universidad, las gentes iban más alegres, yo... más joven.

El Archivo de Indias, la Rábida, broche aureo la Universidad Hispalense; este Septiembre cuando las mañanas refrescan, las tardes son menos calurosas y el sol se despide entre arreboles de nubes, avanzadas del próximo otoño, el patio mudéjar, primera tribuna del hispanoamericanismo, patio consagrado por la realeza y las figuras cumbres del saber, escuchará la palabra sencilla, atrayente, cálida, serena, con la serenidad augusta de la Cátedra, donde no llegan los sectarismos, desgranando el alma de España que, el aire rabi-deño recogerá, besándolo, remontará el alcor, y perfumado por la resina de los pinares y las sales del estuario, la radio en sus hondas habladoras, la llevará al continente hermano y a todas las Universidades del mundo.

Si mi pluma tuviera autoridad para representar a Huelva, diría que ésta sabrá responder al rasgo de Sevilla; que el ilustre Rector de la Universidad, el sabio y bondadoso D. José M. Mota y los Catedráticos que han de venir a la Rábida son unos onubenses más; que al igual de los días que se reme-

moran con mármoles y bronces, éstos de la Universidad de Sevilla en la Rábida, deben inscribirse en los muros del Monasterio: recuerdo inolvidable.

...Se tu segui tua estella
non puoi fallire a glorioso porto.

Por mí, quiero responder a la acción elegante que tuvieron con mi modesta persona en el Decanato de la Facultad de Filosofía y Letras, con esta Adición, agradecimiento a los que una mañana me entregaron más de lo que yo les podía devolver. Que me perdonen estos renglones.

* * *

Se encontraban en el Decanato el ilustre Catedrático, mi dilecto amigo Murillo Herrera, del que he dicho en mi libro Martín Alonso Pinzón, debían conocer todos los españoles sus admirables lecciones de arte.

Angel Bozal, aragonés, que he conocido ahora, sabe, por fuera, más Geografía que un Director General de Correos y, por dentro, conoce el espíritu de los pueblos más que por fuera.

Rodríguez Casado, lo conocía mucho de nombre; personalmente, estos días.

De no parecer interesado por sus atenciones, diría que sus entusiasmos, su confianza dan a sus jóvenes años una simpatía tan atractiva que, hay que seguirlo. Si no me lo han dicho lo digo yo, Casado es el alma prima —en competencia las demás— de este paso gigante del Hispanoamericanismo.



CURSOS DE VERANO DE SANTA MARIA DE LA RABIDA

CONFERENCIAS Y CURSOS MONOGRÁFICOS SOBRE
"LA ÉPOCA DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMÉRICA"

Monasterio de La Rábida - 1 al 25 de Septiembre de 1943

Plazo de matrícula: Tanto en mes de junio, después de la misa, como en el primero de agosto, 300 pesetas.
en septiembre, 150 pesetas.
La asistencia y el importe cubren, salvo en la Secretaría de los Cursos, entre de matrícula el plaza. Este deberá enviarse por giro postal o telegráfica, expuesto como de curso.

25. BECAS DE LOS ESCOLARES SIEN DOMINADORES CIVILES DE LAS PROVINCIAS DE HUELVA Y SEVILLA

- 1.—Cada uno de ellos dará derecho a la matrícula y a los gastos que origine la estancia del becado en Huelva y La Rábida.
- 2.—Podrán optar a ellas:
 - a) Los Doctores, Licenciados o estudiantes varones de todas las Facultades de las Universidades de España.
 - b) Los que estén en posesión de estudios, cualquiera en las Universidades de Hispano-América o del extranjero.
 - c) Los españoles, hispano-americanos y extranjeros que hayan cursado

- la carrera de especialización sobre la vida de España en América.
- 3.—Los solicitantes dirigidos por instancia al Excmo. Sr. Rector de la Universidad de Sevilla, Director de los Cursos de Verano de Santa María de La Rábida, deberán adjuntar en ellas los extractos siguientes:
 - a) Currículum académico.
 - b) Estudios realizados en instituciones de enseñanza, oficiales o privadas.
 - c) Documentación completa.
- 4.—Las solicitudes de beca deberán llegar a la Secretaría de los Cursos antes del día 31 de julio.
- 5.—Las solicitudes serán examinadas por un Tribunal formado por el Excmo. Sr. Rector de la Universidad de Sevilla, como Director de los Cursos, la Junta Presidencial de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y dos representantes de los Excmos. Sres. Gobernadores Civiles de las provincias de Huelva y Sevilla. La resolución de este Tribunal será comunicada oportunamente a los interesados.

DE HACER FAVORABLES AEREAR LOS BOLETINES, ENVIAR DE INFORMACIÓN Y TITULO EN LOS PROGRAMAS ANALÍTICOS DE ESTA ESCUELA

ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

¡Definitiva consagración a la Historia Hispanoamericana! La inteligencia, la historia y el arte, perpetuarán los inmarcesibles y gloriosos hechos de la Madre Inmortal y de sus jóvenes e ilustres hijas, hoy hermanas.

Enrique Marco, Auxiliar que, en estos mismos días, ha obtenido en brillante oposición la Cátedra primera establecida en nuestras Universidades, de Arte Hispánico-Colonial.

Pérez Embid, también Profesor auxiliar, Secretario de la Escuela. Su fuerte, y lo es, me aseguran doctos, el Descubrimiento y Conquista.

¿Te explicas, ahora lector mi emoción al ver convertida en realidad aquellas conferencias que inicié, siendo Presidente de la Colombina, enaltecidas por † Joaquín Hazañas (estudiamos juntos), † Sansó y mi querido Bermúdez Plata?

*Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo.*

IGLESIA DE SAN JORGE
(PALOS DE LA FRONTERA)

IGLESIA DE SAN JORGE

(PALOS DE LA FRONTERA)

Si Washington Irving, fué de Moguer a Palos y la Rábida, tú, lector, haces lo contrario. Sales de la Rábida, y, a la izquierda, se te presenta la confluencia del Tinto y el Odiel, ancha y honda, como un pequeño mar azul-cobre; velas latinas, algún vapor anclado, otro que sale o entra; la bahía luminosa de Huelva y todo el perímetro de la ciudad, que, si has visto el hermoso panorama de Lisboa desde el Tajo, éste de Huelva, que contemplas desde la Rábida, es una miniatura de aquél.

Por el camino te acompañan alcores cubiertos de pinos, valles con huertas, frutales, lomas con viñas y frescos pámpanos, y, siempre a la izquierda, entre los huecos de las cañadas, la «pantalla» te va colocando cuadros de Huelva, risueños, pintorescos: casas blancas, macizos rojos; las torres, «los Cabezos», paisaje que atrae y alegra con su «jovialidad:» lo notas sin darte cuenta.

Llegas a Palos, te enteras que, según Rufo Festo Avieno, Palos fué la «Palus Etrephe» de los romanos, que hoy retiene el nombre de «Palus» por las lagunas, así es, que desaguan en el Tinto.

Al puerto, en lo que las gentes denominan la «Canal de Palos», baja al pueblo, como una bandada de pájaros más o menos blancos, entre caños de la marisma, zapales y algunos

hornos de ladrillos, que los ladrillos de Palos siempre tuvieron fama.

Un muelle que construyó la Junta del Puerto de la Capital, sirve de embarque y desembarque a los botes del «Pasaje».

Los Palermos —no les gusta se les llame así— los palenses son esclavos del cultivo de su no muy extenso término y le sacan una variadísima y abundante producción, siendo las mujeres tan trabajadoras como los hombres. Y sea la madrugada como sea y tenga o no la canal «hinchadas las narices», el bote llega a la Punta del Sebo —hace años por los caños de las Metas al Molino del Pasaje— y allí de las canastas con doradas uvas, rojos tomates, calabazas roteñas y de «Palos», peras dulcísimas y manzanas rubicundas, juntas con fresas y fresones de sangre dulce que gotea de las cestas.

Como pasas por la calle principal, que va recta a la salida del pueblo, tienes ocasión de apreciar la vecindad; ellos, anchos, fuertes; ellas, finas, airosas, de ojos negros, caras bien labradas y expresión enérgica y decidida. No cabe duda que son descendientes de los Descubridores; tócale a Pinzón, o a la Virgen de los Milagros y verás cosa buena, adornada de... interjecciones.

No ensalces a Colón.

El amor a la Virgen de los Milagros está en las entrañas de las palenses, cantan la salve a su Virgen con fe conmovedora, y sobre el alabastro policromado de la venerada efigie que oyera las plegarias de Martín Alonso Pinzón, lujoso manto bordado en oro, cubre la ingenua y graciosa talla.

La tradición dice que en la invasión agarena, los vecinos de Palos, ante el temor de la desaparición de su Patrona, la metieron en un bote, bogaron Tinto abajo, enterrándola en el rebalaje de la vaciante. No quedaba más que Granada en po-

der de los moros, cuando unos pescadores de Huelva, al levantar las redes, la extrajeron del agua. (1)

En los días del Centenario, el entonces arcipreste de Huelva D. Manuel García Viejo, sarcedote de gran cultura, al ir con la Comisión «del Centenario» a Madrid para tratar de las fiestas de Huelva con el Gobierno, propuso fuese uno de los números, la coronación de la Virgen de los Milagros; que había de consistir en simular el acto de la aparición, pasearla en una balsa por la ría, seguida de Obispos americanos y españoles con sus correspondientes banderas, a las notas de una salve.

Las banderas y estandartes de los Obispados quedarían, como trofeos de la coronación, en la Iglesia del Convento.

Terminada la procesión marítima haría su entrada triunfal en Huelva, sobre una carroza que imitara una nave de aquella época, donde —en la carroza— se colocaría la imagen en el castillo de popa, y, a la proa, «señalando los desconocidos ámbitos del mundo,» la estatua de Colón.

En la Parroquia de San Pedro se celebraría, después, una novena en honor de la Virgen.

De vuelta los comisionados, contaban que Cánovas oyó, complacido, al Arcipreste, elogiándole el proyecto, pero, que al insistir el autor pidiéndole protección oficial para realizarlo, D. Antonio le expuso con gran afabilidad las dificultades.

—Entonces, ¿que puede V. E. hacer, señor Presidente?

(1) En vuestro nombre María — Pretendo la red calar — que si vuestro nombre es mar, — dichosa es mi pesquería. — Tratar de un lance quería — que en la red de sus amores — librarón los moradores — de aquesta selva, — si ya no fueron de Huelva — venturosos pescadores. . . (de un antiguo romance).

Contestándole Cánovas con su gracejo y ceceo malagueños, poniéndole cariñosamente la mano sobre el hombro:
— «Padre, no puedo hacer más que compadecerlo».

EL IV CENTENARIO EN PALOS

En Palos, se celebraron actos solemnísimos, fué uno de ellos la misa evocativa de la «partida» 3 de agosto. El Ministro de Marina, Beranger, había invitado a los marinos de las escuadras ancladas en la bahía de Huelva, diplomáticos y personalidades significadas. Todo era júbilo en el vibrante Palos de aquellos días. La brillante comitiva se encaminó al templo que resplandecía de luz: en sendos sitios, sendos uniformes y... el cura sin salir

Pregunta el Ministro a un Ayudante, a otro a otro:

—¿Y el cura?

—No está, señor Ministro.

—El de la Escuadra: ordena Beranger...

—No ha venido.

Final: Que el Párroco de Palos, entendió que el de la Escuadra; éste, que el Párroco, y la misa no se pudo decir.

Cuentan que el Ministro... ¡ya se podrá suponer!

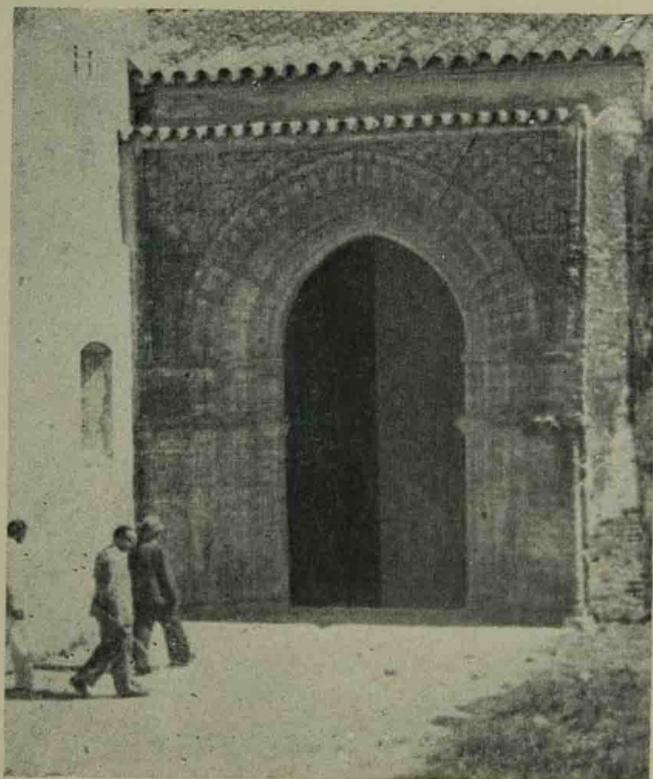
Estaba de moda el «rompecabezas»: ¿Dónde está la pastora? Se substituyó por ¿Dónde está el cura de Palos? (1)

(1) Una mañana recibí un telegrama del ilustre arquitecto Don Antonio Gómez Millán, que me esperaba en La Rábida y Palos, fui complacido. Estaba la Comisión de Monumentos de Sevilla. Entramos en la Iglesia, cuyas llaves me dió una mujer. Tenían gran interés en ver a la Virgen de los Milagros —no estaban el cura ni el sacristán— oramos en la capilla; la venerada imagen con el manto, que tuvimos que levantar.

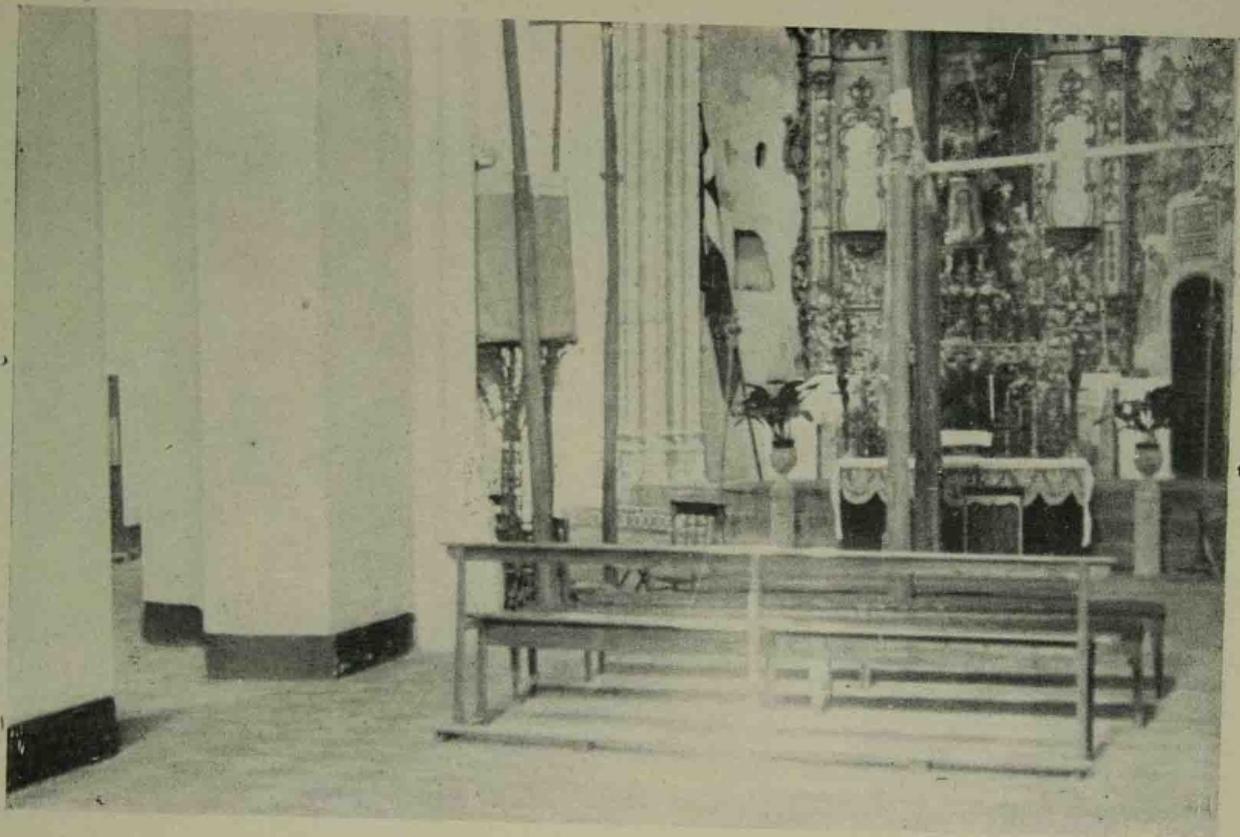


PALOS.—Martín Alonso Pinzón. Sus facciones son energía y acción. «¡Avante claro!»

(Foto Macías)



SAN JORGE (Palos).—*La Puerta de los Novios.*



PALOS.—Interior de la iglesia de San Jorge.



PALOS.—Interesante fotografía de *La Fontanilla*. Se resiste al tiempo, al abandono, a los hombres. A poca costa tendría agua: el agua lustral Hispanoamericana.

HISTORIA DE PALOS DE MOGUER, HOY DE LA FRONTERA

Pasado el ciclo legendario de Palos, dice el P. Ortega en el tomo primero, pág. 60 de su libro *La Rábida*, tantas veces citado, aparece la verdadera historia de Palos: «Comenzó siendo una *alcaria* (alquería) realenga o de la corona, dada por merced en feudo: (Confirmación de Alfonso XI), a D. Alonso Carro y Berenguela Gómez, su mujer, de la merced de una casa en Palos. Fecha en Valladolid, 7 de marzo de 1322.

Pasa luego al señorío de D. Alvar Pérez de Guzmán, Almirante de Castilla, Adelantado Mayor de la frontera de Andalucía, Alguacil Mayor de Sevilla, que la recibe juntamente con la villa de la Palma y otras. Casado con Doña Elvira de Ayala, hija del canciller Pedro López de Ayala, tiene dos hijas, Doña Isabel y Doña Juana, que hereda de su madre el señorío de Palos, estaba viuda de D. Juan Rodríguez de Castañeda, rico-hombre de Castilla, señor de las Hormazas, y otros lugares, muerto a mano de los portugueses en la batalla de Trancoso en 1385.

Aquella primitiva *casa* se ha transformado en *lugar* o casi *villa* fortificada, bien defendida sobre el Tinto. Se denomina Palos de Moguer, hoy de la Frontera.

En 1477, los marinos de Palos, con 26 carabelas se diri-

No sé de quién salió la especie, lo cierto fué que se hizo creer a la gente que me iba a llevar la Virgen; y la tarde que acompañé al Comandante Franco para que viera el pueblo, me recibieron con gritos de ¡muera! Se repitió otras veces y algunas me tiraron piedras: las mujeres y los chiquillos.

Pasado algún tiempo volví otra vez acompañando a unos americanos, y mi sorpresa fué encontrarme con voces de ¡viva! y una música que me acompañó a todas partes, siempre tocando.

El Maestro de Escuela, aficionado, tenía organizada una modestísima charanga y en desagravio a la injusticia hecha con mi pobre persona, restableció el orden jurídico. Pero... la música siempre detrás.

gieron a Portugal, provocaron combate contra naves francesas, de las que incendiaron dos, apresando otras dos portuguesas, y saquearon Tavira.

Como no había Armada para combatir en regla a los portugueses, éstos, siguieron recorriendo las costas de Andalucía. El rey Fernando mandó aprestar una escuadrilla que, el 8 de octubre de 1475, entró por el Guadiana hasta Alcautín apoderándose de un gran botín, distinguiéndose mucho los marinos de Palos.

Más tarde, enterados de que salía de Lisboa una armada para los mares de Guinea, se unen a los del Puerto de Santa María, arman dos carabelas y se dirigen, sin perder tiempo a Guinea, donde desembarcan y toman 120 esclavos que los transportan a Andalucía, pese a la prohibición del Rey.

Animados por el éxito, impelidos por Gonzalo Stúñiga, Alcalde de la Fortaleza de Palos, arman otras tres carabelas, vuelven a Guinea, burlando a los portugueses, y hacen prisionero al rey de Gambia y se lo traen con 140 esclavos.

Cuando D. Fernando tuvo noticias de la audacia, mandó que el de Gambia fuese restituído a su país; Gonzalo de Stúñiga, sin negarse, daba largas, y hubieron de venir comisionados de la corte para que la orden fuese cumplida. El de Gambia fué puesto en libertad, pero la mayoría de los esclavos ya habían sido vendidos.

Volviendo Fernán Gómez con una escuadra portuguesa, los de Palos salen al encuentro, se apoderan de dos carabelas del marqués de Cádiz y aprisionan al genovés Antonio Nolli, puesto después en libertad por orden de D. Fernando.

Los Reyes Católicos debieron reconocer el valor de los palenses cuando en 1478, dan en la ciudad de Sevilla: «Real seguro a los marinos de Palos para contratar libremente por mar y por tierra con las mercaderías que llevaran y trajeran en sus viajes a la Mina de Oro.

Hecha paces con Portugal, los de Palos dejaron la arriesga-

da navegación y se dedicaron a navegar a diferentes puntos de Europa y a las Islas Canarias. (1)

LOS LINAJES

Deambulando por las calles del pueblo, confirmas su pasado. En la Ribera tenían su casa solariega los hidalgos Zama-me, Negrete, Prieto, Pardo de Quiroz, Sagale, Pinzón y Fernández Auñón, cuyo linaje fundó el grandioso Monasterio de la Luz; en la de San Sebastián, las familias de Hinestrosa, Prieto, Tobar, Zúñiga y otras muchas que, según el Reverendo P. Fray José Coll, todas estas familias desaparecieron de la comarca poco después del Descubrimiento de las Indias, excepción hecha de los Pinzones, los cuales, aunque abandonaron también su casa, contentáronse con fijar su residencia en la inmediata ciudad de Moguer. . . Consigna una antigua leyenda, que toda aquella nobleza levantó sus casas y huyó de allí a causa de los muchos vejámenes y revueltas que tuvieron lugar en Palos, yéndose a fijar sus domicilios en Jerez, en la provincia de Badajoz, llamado desde entonces Jerez de los Caballeros. (2)

También afirma el P. Coll, que hubo en Palos buenos edificios; una famosa calzada en el puerto; el palacio condal, el castillo que medía cuarenta varas en cuadro, con una torre artillada en cada esquina angular y una barbacana o muro avanzado que les servía de defensa.

No queda hoy más que unos mogotes del castillo (junto a él puso Ramón Franco la tienda de campaña para sus observa-

(1) Desde el siglo XIV y aún antes, son corrientes las expediciones españolas a África. (R. de Indias, núm. 4, pág. 5.^a)

(2) Tomo II, pág. 59 de «La Rábida», por el P. Angel Ortega.

ciones del vuelo del «Plus Ultra»), la calle de La Rábida, la de la Rivera, callejón del Piquete, algunas más y restos de otras.

Una casa —la suponen de Martín Alonso Pinzón—, conserva indicios de que pudiera haber sido mansión señorial de alguno de los habitantes de Palos, por los pedestales de las columnas del piso superior, que debieron encuadernar acicalado ajimez y la portada que debió ser arco. La casa del conde Valdelaguila, entre casa de labor por sus cuadras, graneros y bodegas; y señorial por sus grandes salas y el jardín que divide los menesteres del campo, de la vida de los señores.

La grandeza mayor de Palos estaba en el corazón de sus hombres. Armadores y constructores de carabelas, dominaron la navegación en el sur de España, y corrieron la costa occidental de Africa, luchando con los portugueses; y así se explica siguieran a Pinzón y se embarcaran en las naves aventureras que iban a lanzarse a lo desconocido.

Amador de los Ríos, dice, con razón: «Mientras ha quedado la memoria del edificio que habitó quizás el pobre marinero enriquecido o el hidalgo poderoso, nadie se cuidó nunca de averiguar la casa en que vivía García Fernández, nadie se ocupó de ello, cuando debía de ser mirada como un templo...

SAN JORGE

Has llegado a la salida del pueblo en la calle Cu... vuelto, porque desde donde vengas tienes que dar la vuelta; subes a la iglesia. Monumento nacional, construcción del XIV al XV, ostenta en las fachadas dos nombres, García Fernández y Fray Juan Pérez. Una lápida escribe:

A LOS PINZONES
INMORTALES HIJOS DE ESTA VILLA
DESCUBRIDORES CON COLÓN
DEL NUEVO MUNDO
3 DE AGOSTO DE 1910 EL PUEBLO DE PALOS

Elegante torre, que arranca desde el suelo, adosada a una bella portada gótica: al traspasarla te emocionas sintiendo en la soledad de las naves y en las capillas, las oraciones de las acongojadas mujeres ante el Crucificado y el Patrón Señor San Jorge, pidiendo por el padre, esposo, hijo o hermano que salieron el 3 de agosto en la *Santa María*, la *Niña* y la *Pinta*. Todo el templo te atrae, pero seguramente más, una Santa Ana en alabastro muy bien labrada, y en la capilla que fué de nuestra Señora de los Milagros —hoy en La Rábida— dos bellos cuadros de azulejos con San Cereal, el de la derecha, San Jetolio; el del lado opuesto, sobre amarillo fondo, de agradable dibujo y guarnición florida que les sirve de marco. San Cereal atravesada la garganta por afilado cuchillo, te dice fué mártir, San Jetolio lee un libro, debió ser apologista o confesor.

Unas pinturas descubiertas durante las obras hechas para el Centenario; un pequeño Nazareno, bien labrado, en el Sagrario, y un Cristo que la pátina le da una imponente y dolorosa presencia, es cuanto queda en el histórico templo. Pero... pero sal por la puerta frente a la principal, mira el paisaje, no dejes de volver la cara atrás y verás la «Puerta de los novios», labrada en ladrillos de Palos, peregrina decoración de alarifes árabes que te recordará por las columnillas, prolongación y enlace de las líneas y arquillos, la Aljama cordobesa y la Alhambra. Aun, desde ese mismo lugar, puedes pintarte, con la imaginación, las tres carabelas a tus pies en la ensenada que hoy es tierra de sembradura, y las gentes de aquéllas yendo y viniendo a la «Fontanilla» llenando en ella los baldes de agua para sus barcos.

Esta «Fontanilla», que resiste al abandono y al tiempo, con su airosa bóveda, puede, con muy poco esfuerzo, ofrecer el agua que pudiera llamarse lustral para el Hispanoamericanismo.

Ya, muy cerca de las fiestas del Centenario, un atardecer, los pescadores de Huelva que buscaban la barra, terminadas las faenas del día, vieron un botecillo que aparecía despistado, en busca de puerto; se acercaron y el hombre que iba en él preguntaba gritando: ¡Palos! ¡Palos! Era el capitán Andrew, que había venido desde Nueva York en el *Sapolio*, buscando el nombre simbólico del descubrimiento de su patria. (1)

(1) Se trata con más extensión en el tomo «Huelva». (N. del A.)

Durante el siglo XVI comienza la decadencia de Palos. Aquellos marinos, que tenían una o dos carabelas, fueron desapareciendo, ya porque iban a las tierras descubiertas, ya porque salían las expediciones por el Guadalquivir, y la Casa de Contración de Cádiz y Sevilla absorbieron todo el comercio con el Nuevo Mundo. (1)

La isla de Saltés quedó desierta, Niebla con 300 vecinos, Moguer, Huelva y Gibraleón a la mitad. En 1554, Palos tenía 46 vecinos hidalgos y 100 jornaleros. Rodrigo Caro reseña que vacó el curato y nadie quería oponerse a él por pobre.

En el siglo XVIII quedó reducido a 50 vecinos estando a punto de desaparecer el Municipio, salvándolo D. Antonio Bueno de Arraya que fomentó una industria vinícola y de Alcoholes. (2)

El Palos marítimo quedó convertido en terrestre, llegando sus viñedos hasta la misma orilla del río; era creencia casi general, que los albuces saltaban a comerse las uvas. Esta afirmación debió nacer de que los peces voladores caen, a veces, en tierra.

Como bajo la ceniza queda el rescoldo esperando el viento que lo avive, los palenses no habían renunciado a su histo-

(1) Los palenses siguieron dando marinos ilustres, Bartolomé Roldán era piloto en 1511, según consta en escritura otorgada en Sevilla el 10 de mayo. Sancho Ruiz de Gama, también piloto. Juan Bermúdez, en 1502, ya viajaba en empresas particulares, y pocos años después cruzaba los mares de Puerto Rico llevando víveres a la española.

La *Garza*, la *Trinidad* y *Santa María de Regla*, carabelas palenses, mantenían en los mares descubiertos la bizarría náutica de los marinos de la costa de Huelva. (N. del A.)

(2) «La Rábida», P. Angel Ortega. Libro primero de actas del Ayuntamiento. Un incendio hizo desaparecer el Archivo en estos últimos años. (N.º del A.)

ria; como los portugueses esperan al desaparecido en la derrota de Alcazárquivir, esperan seguros los palenses. No se equivocan.

TRIBUTO A PALOS

«Hemos querido rendir a Palos este homenaje de nuestra salida, porque queremos que las energías de Colón nos acompañen en esta empresa. Agradecemos estas manifestaciones que son inmerecidas por prematuras. Cuando aterricemos en la Argentina, entonces, puesto el pensamiento en Palos, diremos: Ya hemos vencido; muchas gracias», dijo el Comandante Franco.

Y la víspera de la salida de los gloriosos aviadores, Palos era una romería, tal la afluencia de gentes que llegaban a pie, de los pueblos inmediatos y en automóvil desde Sevilla, Cádiz, Córdoba. De vuelta los aeronautas, Palos recibe a la realeza, a los grandes, a los pequeños: la emoción de España.

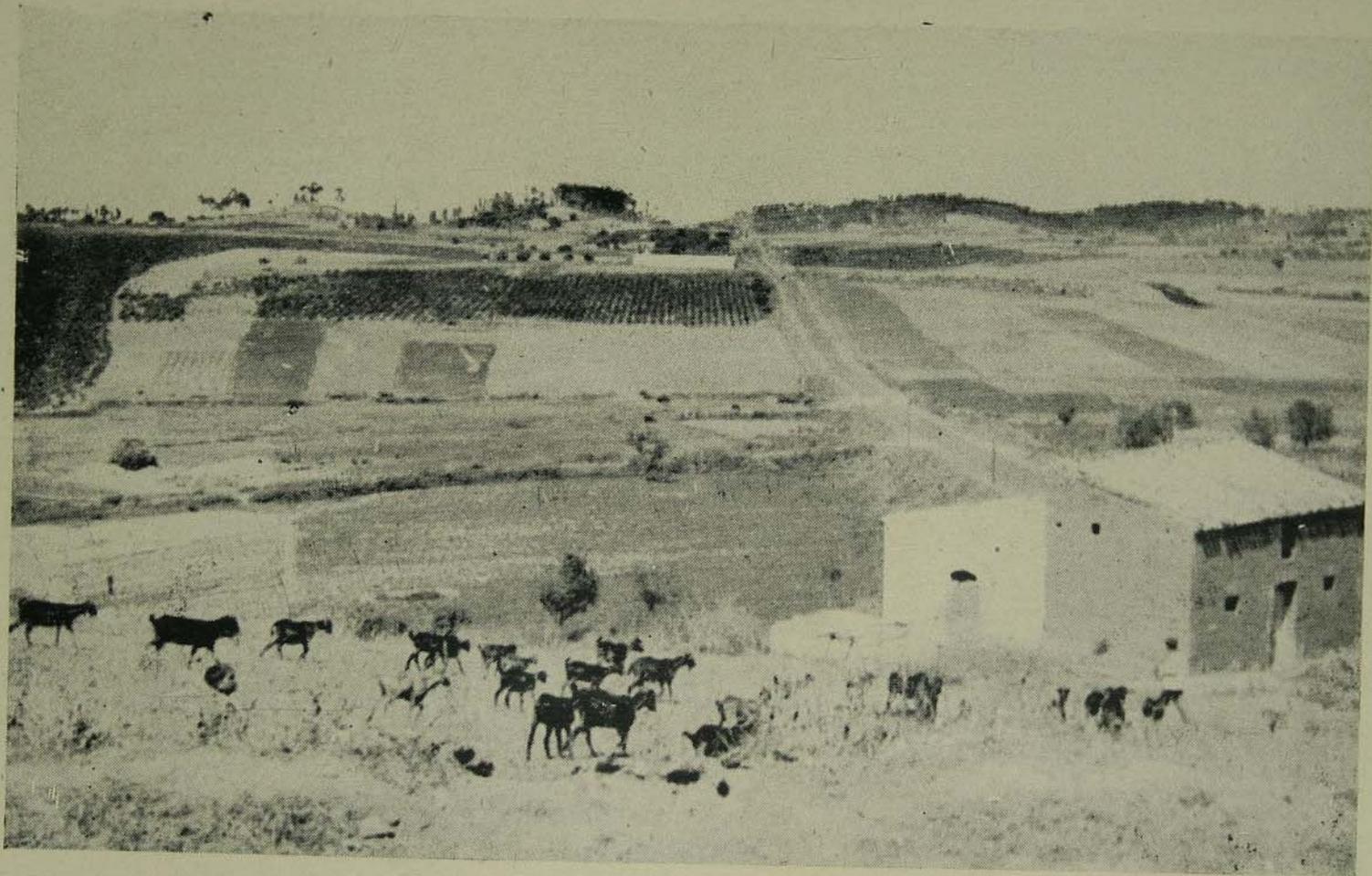
Palos pensó en las «Calles de las Naciones Americanas»; desde el pueblo a La Rábida, en el Archivo Municipal constaban las comunicaciones de los Jefes de Estado del Nuevo Mundo, dispuestos a secundar la idea del Ayuntamiento, el que, en vista de la fervorosa acogida y de los valiosos ofrecimientos, pensó contar con el apoyo de Sevilla. Una Comisión fué a la capital andaluza.

Parece, que expuesta la idea y presentado el proyecto al Ayuntamiento Sevillano, éste lo acogió, lo encontró patriótico, hizo de él grandes elogios. Y, presa en estrecho lazo la codorniz sencilla. El pez gordo...

Tú, que has venido conmigo, di a Palos: La fe traspasa las montañas, quebranta las peñas; salva. No pierdas tu fe,



PALOS.—Casa del conde Valdelaguila.



PALOS.—Cae la tarde. Rompe el silencio el tintineo de las campanillas de la piara.

guárdala como las Vírgenes del Señor guardaron la llama de la espera; que, algún día, cuando los hombres se convenzan que el odio es la barbarie; la guerra, muerte, destrucción, lágrimas, lutos y ruinas, tu nombre será alabado y a ti vendrán, porque tus casas blancas, tus campos verdes, tus amapolas rojas, tienen la suprema gracia, la de la humildad, más inmortal que la fuerza.

Así sea, han contestado los aires de Palos inflamados en rosicler por la puesta del sol.

S U M A N D O

En Sevilla, el pasado mes de febrero, remirando el «siempre nuevo» Archivo de Indias, supe que Mis Alicia B. Gould, se encontraba en la ciudad.

Saberlo y acudir al teléfono fué inmediato. En la misma tarde saludaba a Mis Gould, a la que creía en su tierra.

La infatigable investigadora norteamericana, volvía de Simancas. Mis trabajos se encaminan, me dijo, a Martín Alonso Pinzón. Le entregué mi libro *Los Lugares del Descubrimiento* y el original de *Martín Alonso Pinzón*. Tuve la satisfacción de oirla; creía, como yo, que sin el Capitán de la *Pinta*, no se hubiera hecho el Descubrimiento. (1)

Encontró bien la lista que le leí de los marinos del Tinto-Odiel, que fueron en el primer viaje de Colón. Ella buscaba ahora, dos que le faltan, esperando encontrarlos en las muchas copias que se harían para pagar a las viudas y los hijos que dejó Colón en el fuerte *Navidad* y fueron asesinados. Cuando menos se piense, me dice Mis Gould, saldrán. El Padre las Casas y Hernando Colón, hablan de 90 tripulantes, no creo con Oviedo y Góngora, nunca muy veraces, que fueran 120, dada la cabida de los tres barcos.

Al despedirnos, Mis Gould; me habla entristecida, de su inquietud por los familiares ausentes, de los que carece de noticias; ¡la guerra!

(1) Véase mi libro *Martín Alonso Pinzón*.

MARINOS CIERTOS DEL TINTO-ODIEL
EN EL VIAJE DE DESCUBRIMIENTO

Alonso, grumete de Palos.

Maestre Alonso, físico, médico de la Armada, de Moguer. Murió en la Española.

Alonso de Palos, grumete.

Alvaro, marinero de Huelva.

Andrés de Huelva, grumete.

Andrés de Morales, marinero de Moguer. Murió en la Española.

Andrés de Yébenes, grumete de Huelva.

Antón Calabrés, marinero, de Palos.

Bartolomé García, marinero, de Palos.

Bartolomé Roldán, marinero, de Moguer.

Bartolomé de Torres, marinero, de Palos.

Bernal, grumete, de Palos.

Cristóbal del Alamo, del Condado de Niebla. Murió en la Española.

Cristóbal García Sarmiento, piloto, de Palos.

Cristóbal Quintero, marinero, de Palos.

Diego Bermúdez, grumete, de Palos.

Diego Lorenzo Alguacil, de Huelva. Murió en la Española.

Fernando Mendez, grumete, de Huelva.

Fernando de Triana, grumete, de Palos.

Francisco García Vallejo, marinero, de Moguer.

Francisco de Huelva. Murió en la Española.

Francisco Martín Pinzón, maestre de la *Niña*, de Palos.

Francisco Méndez, grumete, de Huelva.

Francisco Niño, marinero, de Moguer.

García Alonso, marinero, de Palos.

García Hernández, despensero de la *Pinta*, de Huelva.

Jácome del Río Ginóves, de Huelva. Murió en la Española.

Jorge González, de Trigueros. Murió en la Española.

Juan, grumete, de Palos.
Juan Arraez, marinero, de Palos.
Juan de Jerez, marinero, de Palos.
Juan de Medina, sastre, de Palos. Murió en la Española.
Juan de Moguer, marinero, de Palos.
Juan Niño, maestro de la *Niña*, de Moguer.
Juan de la Plaza, marinero, de Palos.
Juan Cuadrado, grumete, de Palos.
Juan Quintero, contramaestre de la *Pinta*, de Palos.
Juan Reínalt, marinero, de Huelva.
Juan Romero, marinero, de Palos.
Juan Ruiz de la Peña, vizcaíno, marinero, de Moguer.
Juan Verde de Triana, marinero, de Moguer.
Juan Verano, marinero, de Palos.
Luis de Torres, intérprete, de Moguer. Murió en la Española.
Martín Alonso Pinzón, Capitán de la *Pinta*, de Palos.
Miguel de Soria, grumete, de Palos.
Pedro Alonso Niño, piloto de la *Niña*, de Moguer.
Pedro de Arcos, marinero, de Palos.
Pedro Izquierdo, marinero, de Lepe.
Pedro de Lepe, de la Redondela. Murió en la Española.
Pedro Sánchez de Montilla, marinero, de Huelva.
Pedro Tejero, grumete, de Palos.
Rodrigo Gallego, grumete, de Palos.
Rodrigo de Jerez, marinero, de Ayamonte.
Sancho de Rama, marinero, de Palos.
Vicente Yáñez Pinzón, Capitán de la *Niña*, de Palos.

MARINEROS CIERTOS DEL VIAJE
PERO DUDOSOS DE LA COMARCA

Rui García, marinero, ¿de Moguer?

Tristán de San Jorge, grumete. Murió en la Española; ¿de Palos?

MARINEROS CIERTOS DE LA COMARCA, PERO
DUDOSOS DEL VIAJE DE DESCUBRIMIENTO

Alfonso Gutiérrez Querido, de Palos.

Diego Delgado, de Palos.

Diego Leal, grumete, de Moguer.

Diego Martín Pinzón, de Palos.

Juan Ortiz, de Palos.

Juan Pérez Vizcaíno, calafate, de Palos.

Juan de Sevilla, de Palos.

Pedro de Soria, de Palos.

Rodrigo de Moguer o Monge.

Rui-Fernández, de Huelva.

No citamos otros, admitidos por algunos autores, porque evidentemente pertenecen al segundo viaje.

NOTA POR SEPARADO

Tampoco citamos los discutidos Rodrigo de Triana, de Lepe y Juan Rodríguez Bermejo, de Molinos. (1)

(1) No teniendo la pretensión de investigador y si de modesto divulgador, esta relación está tomada del P. Angel Ortega, y de Mis Alicia.

SANTA CLARA
(MOGUER)



F. M.

SANTA CLARA (Moguer).—Los robustos muros acusan la fortaleza de su construcción.



SANTA CLARA (Moguer).— Puerta del coro, asombro de cuantos inteligentes la contemplan.



SANTA CLARA (Moguer).—Altar mayor de la iglesia con los sepulcros de los Portocarreros.

SANTA CLARA

(MOGUER)

El convento de Santa Clara tiene la prosapia y la magnificencia de sus fundadores.

Si quieres seguir conmigo desde la plaza del Marqués, torciendo a la derecha, por una calle no muy ancha, sin otro carácter que el de todas las calles de estos pueblos andaluces, te encontrarás con otra igual, hacia la izquierda; adelantas por ella y das en una plaza alargada, con poyos y árboles, que ocupa todo el frente de Santa Clara; su iglesia está hoy habilitada de Parroquia por la destrucción e incendio de Nuestra Señora de la Granada, (1) parroquia con honores de colegiata, de la que sólo quedó intacta la elegante torre, trasunto de la Giralda sevillana. Paras ante el convento, te llaman la aten-

(1) La reconstruye el esfuerzo del vecindario. En la primera colecta sacaron 12.000 duros, con los que techaron el templo. Tuve ocasión de ver la nueva imagen de la titular, bien tallada y mejor estofada, regalo de D. Bartolomé Obrador Javier, Capitán de la marina mercante, que, estando en Ifni cuando estalló el movimiento y saber por su tío político, mi buen amigo D. Manuel Domínguez Almonte, que habían quemado la Virgen, hizo la promesa de una igual. Obrador está casado con una moguerena.

Corrigiendo estas pruebas, he sabido que el Estado ha contribuido a la reconstrucción del templo, siendo muy probable estén terminadas las obras para fines de este año 1943. (N. del A.)

El convento es enorme: galerías, encrucijadas, salas de 80 metros de largo, huecos de escaleras, graciosos patios ya revocados, ya ruinosos, envejecidos, algunos abandonados y quizás por ello más interesantes, con sus calzos resumiendo verdín, pidiendo, lastimeros, un remiendo. De celdas, ni que decir. En sus buenos tiempos, 100 monjas con 100 doncellas: 100 novicias, uniéndose a tan crecido número, la servidumbre. ¡Si se permitiera hablar en los conventos!

Una vez que visité Santa Clara, siendo Presidente de la Comisión Provincial de Monumentos, para sacar unas fotografías, la Superiora, chilena, dama cultísima, por mi calidad de Cónsul de su país, tuvo la atención de mostrarme unos cajones que contenían papeles y pergaminos amarillentos por los muchos años: escrituras de censos, diezmos, primicias y privilegios probatorios de las muchas riquezas de las monjas de Santa Clara; Bulas Pontificias, algunas de Avignón, momento del Cisma, y un privilegio de D. Pedro el Cruel o el Justiciero, concediéndoles la exclusiva de las salinas que estaban en la Ribera que todavía se llaman «Salinas de Las Monjas». Privilegio dado en Sevilla a 26 de julio de 1350, dirigido a Sor Alberta López, a la sazón Abadesa, «para que del Monasterio no vinieran por mengua y por pobreza a salir las monjas y no se afrentasen en los lugares donde tuviesen vergüenzas, «les otorga que pudiesen comprar 20 yugadas de tierra, 20 aranzadas de viñas y 100 aranzadas de olivar, haber almenares y 100 cabezas de ganado, ordenando que toda dueña o doncella, mujer grande o pequeña «pudiese tomar el hábito de la Orden y de cuanto menester. Abiniera con las abadesas y dueñas» para que pudiesen recibir herencias y donaciones por juro de heredad por siempre jamás; que ninguno fuere osado a entrar en su Monasterio, ni de noche, ni de día, que sus ganados anduviesen salvos por todas las tierras del Señorío Real,

pastasen las yerbas y bebiesen las aguas, sin que ninguno fuese osado a demandarlas, haciendo estos bienes y mercedes para que la Abadesa y hermanas rogasen por el alma del Rey Fernando IV su abuelo, de Doña Constanza su abuela, de Don Alfonso su padre y porque rogasen a Dios por su vida y por la de su madre Doña María y por la de sus sucesores y por la de su alma y que ninguno se opusiese a esto, bajo la pena de 100 maravedises; siendo aprobada esta fundación por el Papa Inocencio IV, por sus Bulas del 11 de diciembre de 1354 y 18 de marzo de 1355, limitando por esta última, las religiosas de coro y velo negro a 40.

Sus propiedades no se limitaban a los pueblos del contorno, alcanzaban a Villanueva del Fresno y a Barcarrota en extremadura. Santa Clara y el Convento de la Luz, en el cercano pueblo de Lucena, debían ser los medios amos o los amos o en muchas leguas a la redonda.

ción el ábside y unas murallas detrás de la tapia almenada, blanca restallando; ábside y murallas hoscas, ennegrecidos; la fortaleza que no dejaran construir los condes de Niebla que no querían tan cercano castillo. Seguramente no se te escapa una higuera que ha nacido entre el espesor de los muros y se empeña en ser la cimera de aquellos viejos torreones. Un patinillo tan blanco como la tapia; dos frondosos heliotropos; el vestíbulo, la campanilla que tocas y se abre el portón, presentándose la Madre a la que saludas con el Ave María, y te contesta: *Gratia Plena*. Otro vestíbulo donde esperas a la Superiora, que, amable, te guía al que iría para patio de armas por el grosor de las paredes de la parte baja, y se ha quedado en un soberbio patio con arcada de columnas en la parte alta; gemelo de los del Emperador y, «pasaron el charco» creando el estilo colonial.

De la galería que encuadra el patio, pasas a una especie de antecoro que pudiera haber sido —no lo sé bien— enterramiento de las clarisas, y te sorprenderá el artesonado de gran mérito y unos altares con bellísimos azulejos, de esos que hacíamos en los pasados siglos y conservan en el color una suavidad y finura que parecen de ayer. El coro, catedralicio por el tamaño y la enorme celosía, que cierran unas puertas con unos primitivos deliciosos, ingenuos, casi infantiles. Tiene algo del Giotto, un Nacimiento «cuajado» de gracia mística que te emboba y conmueve. Cuando la sillería —la destruyeron; me aseguran que la están reconstruyendo—, ejemplar único, cubría las paredes con sus sillones mudéjares, rematados los brazos en cabezas de león, al igual que los del patio de este nombre en la Alhambra de ensueño, era una impresión extraña la de las Madres de rostrillo blanco y manto negro, siluetas movidas en la penumbra, las llamitas votivas ante reliquias, una Inmaculada de Montañés, un díptico de Fray Angélico —le habían arañado el pecho a una Virgen que daba de mamar a un niño—, y la reminiscencia nazarita en la iglesia cristiana y las buenas monjas, cantando estas laudes y maitines con sus voces inconfundibles que parecen entrarse por los dedos. Y es que el alma del hombre va hacia el infinito, y al ver la armonía de los mundos y las maravillas de la creación fundidas en las obras de arte, sean las que quieran sus creencias, la ofrendan a un solo Dios en espíritu y verdad.

Una puerta pequeña de acceso a la iglesia mudéjar y gótica: pureza de líneas en la bóveda del crucero, estropeado con adornos de yeso; tres naves; la central, esbelta; restos de pinturas, —interesantísima una mural, San Cristóbal con los peregrinos al cinto, como se pintaba en el siglo XII—, y otras bastante aceptables, en el Altar Mayor, de estilo renacimiento, correspondiente a las modificaciones que se debieron hacer en los fines del XVI o a principios del XVII.

En los pedestales está la fecha: Siendo Abadesa la Madre Sor Beatriz de Palacios y Villegas, acabáronse el 25 de Enero de 1685.

LOS PORTOCARREROS

Santa Clara, como todo lo noble y señor, tiene su historia. La del convento moguereno está escrita en piedra por ser la de los ilustres Portocarrero, demostrando así la predilección de éstos por Santa Clara.

Los Portocarrero, señores de la villa de Moguer «con señorío de la Justicia y con todos los fueros, pechos y derechos que el Sr. Rey D. Alonso el oncenno tenía y debía tener en ella, con sus términos, Montes, Prados, Aguas estantes y corrientes y con el Almojaristazgo, reservados sólo los mineros de oro y plata, monedas forera y las alcabalas», dieron esclarecidos varones que prestaron grandes servicios a sus reyes y ocuparon altos cargos en el reino, fundaron el convento, que debió ser mezquita, convertido en templo cristiano por el Rey Sabio al llevar sus armas a Moguer, conquistándolo en 1257 o 1258, después de la toma de Niebla. El Almirante D. Alonso Jofre Tenorio, en 1338, dos años antes de su muerte, y su mujer D.^a Elvira Sánchez de Velazco, hubieron licencia del Arzobispo de Sevilla, D. Juan Sánchez, en el 1337 para fundar un monasterio de religiosas de la Segunda Orden de San Francisco, con la regla y título de Santa Clara. Los fundadores concedieron bienes a una renta de 8.000 maravedises anuales para su dotación. La primera religiosa que hubo en él fué Sor María Sánchez, hermana de D.^a Elvira.

En el presbiterio se ven dos sepulcros o carneros. Uno, bajo arco engrelado, en el lado del evangelio, gótico con dos estatuas yacentes, varón y hembra, dándole el escultor al primero acentos enérgicos, casi duros, que revelan el carácter férreo del muerto; y a ella un sello de bondad y mansedumbre, quizá porque tuviera que aguantar al varón, que, dicen — como me lo contaron te lo cuento — era hombre impetuoso «dado a hembras», iracundo y de escaso meollo, dejándose arrebatarse por la pasión, muy fogosa la que sintió por una joven y bella dama de la corte. Parece que en un pasillo del Alcázar y, como a un revuelo, la quiso abrazar, ella que le debía tener miedo, huyó, y él le dió una bofetada. (1)

(1) Leído al cuentista estos renglones, me dice que no fué D. Pedro Portocarrero Cárdenas el de la bofetada, que éste no era Almirante, sino un Almirante Enríquez, y como no quiero echar sobre mí el remordimiento de achacarlo a D. Pedro, — a lo mejor un pío varón —, me limito a dejar la bofetada en el rostro del Enríquez, única realidad del sucedido.

Nadie vió la de la Infanta Carlota a Calomarde y, borre Vd.: «Manos blancas no ofenden». Si manos de varón son nupcias. ¿Habrá quien busque bofetadas?

Alfonso el Batallador trataba mal a la reina de palabra y no mejor de obras; se propasó a poner en ella las manos y los pies dándole bofetadas en el rostro y puntapiés en el cuerpo.

El joven Duque de Normandía, Guillermo, pidió al Conde de Flandes la mano de la hermosa Princesa Matilde, su hija; accedió el padre, pero la Princesa se negó a unir su sangre pura con la de Guillermo que era bastardo. Guillermo, cabalga con una corta hueste, cae sobre Lille donde estaba la corte de Flandes, desmonta en la puerta de Palacio, entra en la Cámara misma de la Princesa y la injuria, la abofetea y la arrastra por las trenzas doradas de puro rubias, de Margarita, y se retira sin que nadie saliera a desfacer el agravio.

Y cuentan las crónicas, que la bárbara agresión valió al «cariñoso» Príncipe, el amor de la bella Princesa — misterios del alma fémina — que estaba siempre celosa de su amable Guillermo. Este, de vez en cuando, conocido el procedimiento, parece que, en más de una ocasión, empleó contra la Princesa el briol del caballo. «Rincones de la Historia». Honorio Maura (N. del A.)

La dama, por no consentir que le pusiera la mano en el rostro un hombre que no fuera su marido, se allanó y se casó con él.

Las costumbres de la época no hacían inverosímil el sucedido, tanto en la acometida bárbara del varón, como en la rigidez virginal de la hembra.

De todos modos, la pareja que debió ser una cosa imponente para llevarse la contraria, son D. Pedro Portocarrero Cárdena y una de sus mujeres, pues casó dos veces; en primeras nupcias con D.^a Magdalena Pacheco, y en segunda con D.^a María Enríquez.

En el segundo sepulcro, en mármol gris y de estilo renacimiento, yace D. Juan de Portocarrero, Marqués de Villanueva del Fresno y Señor de Moguer, y ella, su mujer Doña María Osorio. Murió el Marqués en 1500 y la Marquesa en 1516, según reza una lápida de bronce, testera en el mismo mausoleo, lápida que no vió Amador de los Ríos, y de ahí su confusión en *España, sus Monumentos*, tomo *Huelva*. Frontero al retablo mayor, en el arranque de la escalinata, labrado en alabastro por artistas italianos, hay un túmulo severo del mejor gusto. Impresiona por lo original este enterramiento de Portocarreros, mirando, con sus ojos de piedra, al altar, encerrados en sus cotas, arneses y espadas de guerra.

En la primera sepultura adosada al muro del lado del Evangelio, está sepultado D. Alonso Jofre Tenorio, y a su lado, su mujer, D.^a Elvira Sánchez de Velazco, los fundadores.

Es curioso lo que, basado en los *Anales de Sevilla* de Ortiz de Zúñiga, y afirmara en *España, sus Monumentos, Huelva*, Amador de los Ríos, que los restos del Almirante, no estaban en la sepultura, porque el autor de los Anales, en el tomo II de los mismos, página 99, edición de 1795, escribe: «Creyose que había entrado (El Rey Alfonso XI) en alguna desconfianza del Almirante D. Alonso Jofre Tenorio, y publicose mayor siendo incierto; de lo que noticiada, con

malos informes, su mujer Doña Elvira, se lo avisó para que atento mirara por su reputación, por que se murmuraba que se pudiera haber estorbado el pasaje de los Mahometanos que se hubiesen hecho tan superiores; con que tocado en lo más vivo del pundonor, dió en un extremo temerario acometiendo con pocas galeras la multitud de las del Rey Alboacen; aunque peleó él y su gente con bravura, quedó vencido y muerto y su cuerpo fué llevado al Rey Alboacen; pero después fué traído a Sevilla y sepultado en la Catedral de la Capilla de Jesús, según se verifica por una dotación que en ella, el año 1375, hizo D. Alonso Fernández Portocarrero, Señor de España, su nieto.

Así acabó este célebre Capitán, digno de más prosperamento a sus proezas», (1)

Mi admirado y querido amigo, ilustre escritor, Académico de Ciencias Morales y Políticas, hijo de Moguer, Excelentísimo Sr. D. Manuel de Burgos y Mazo, ha deshecho este error, pues, en sus amores por Santa Clara, tuvo la bondad de ayudarme en este trabajo, y habiendo escrito a Sevilla, preguntando sobre si existía o no en la Capilla de Jesús, el sepulcro del Almirante D. Alonso Jofre Tenorio, el Arcediano de la misma, elocuente orador sagrado Dr. Severo Daza, le contestó que no existía tal enterramiento. (2)

La estatua de punta del lado de la Epístola, reza la inscripción, D. Alonso Hernández Portocarrero, que debió ser nieto del Almirante Jofre Tenorio, por ser su madre Doña María Tenorio, hija del Almirante y casada con D. Martín Hernández o Fernández Portocarrero, enlazándose ambos apellidos que transmitieron a toda la descendencia del primer

(1) Mariana, en su Historia de España, también se hace eco de esta murmuración.

(2) Se hallaba la capilla en el claustro del patio de los Naranjos, llamado de San Esteban, en que está la Puerta del Perdón y la Sacristía del Sagrario Nuevo con las capillas de que se formó el antiguo, llamado Sagrario viejo. (N. del A)

Señor de Moguer y en ellos quedó vinculado el señorío de la villa. (1)

Entre esta estatua y la de Doña Elvira, reza una inscripción: Doña María y Doña Beatriz Enríquez, si bien en la segunda omite el apellido y bien pudieron ser las hermanas de D. Alfonso Fernández Portocarrero y que se labraran las sepulturas para enterrarlas juntas; o una Enríquez, primera Abadesa del Convento y una Sánchez. Sean las que sean —paz a los muertos—, son el testimonio en alabastro de que las monjas de Santa Clara, fueron de los apellidos más ilustres de Castilla, emparentadas con los reyes; que la Abadesa Enríquez del mausoleo u otra Enríquez era prima de la Reina Católica. No puede ser extraño, sino muy natural, que Cristóbal Colón estuviese más de una vez en Santa Clara en demanda de protección, porque la influencia de las madres alcanzaba desde estos pueblos de señorío o realengo, hasta la misma Corte, y a la sagacidad del italiano, que había corrido mundo, no se le había de ocultar la conveniencia para el logro de su empresa, de tan buenas amistades.

COLÓN EN SANTA CLARA

«Echose otra vez la suerte para enviar romero a Santa María de Amona, tierra del Papa y cayó la suerte a un marino del Puerto de Santa María, que se llamaba Pedro de Villa. Otro romero acordó que se enviase a que velase una noche a Santa Clara de Moguer, e hiciese decir una misa, pa-

(1) En la iglesia de la Universidad de Sevilla, entre los suntuosos enterramientos, que, convierten el templo en un verdadero panteón, hay varones ilustres: Beatriz Portocarreros, hija de Martín Hernández Portocarreros, señor de Moguer y otros. (N. del A.)

ra lo cual se tornaron a echar los garbanzos con el de la cruz y cayó la suerte en el mismo Almirante. Después de esto, el Almirante y toda la gente hicieron voto de que llegando a la primera tierra, ir todos en camisa, en procesión a hacer oración a una iglesia que fué de la invocación de Nuestra Señora». (1)

«...y, además de estos votos generales, hubo muchos particulares porque ya la tempestad era tan grande que el navío la toleraba con gran dificultad... De tan cruel tempestad dijo el Almirante: «Habría tolerado esta fortuna con menor pesar, si solamente estuviese mi persona en peligro... pero lo que me ocasionaba infinito dolor y afán, era considerar que así como Nuestra Señora fué servida de iluminarme con la fe y la certidumbre de esta empresa, en la que ya había conseguido la victoria, así cuando nuestros contradictores habían de quedar vencidos y vuestras Altezas servidos de mí, con gloria y aumento de su España, quisiese su divina Majestad estorbarlo todo con mi muerte y sería más tolerable cuando no fuese acompañado de la gente que traigo conmigo con promesa de tan próspero suceso.

Por este motivo escribí un pergamino con la brevedad que pedía el tiempo, cómo dejaba descubiertas las tierras que había ofrecido y en cuantos días y por qué camino lo había conseguido, la bondad del país, la calidad de sus moradores, y cómo quedaban vasallos de Vuestras Altezas, y en posesión de todo lo que había hallado.

Este escrito, cerrado y sellado, dirigido con sobre escrito a Vuestras Altezas, con importe o promesa de mil ducados a quien lo presentase cerrado, para evitar que si lo hallaban extranjeros, no se valiesen del aviso que incluía contra la verdad del portador, y al instante hice que me trajesen un gran barril, y bien cerrado con sus aros, le eché al mar; y

(1) El P. Las Casas.

todos creyeron que era alguna devoción; y porque imaginé que podía suceder que no llegase a salvamento, acercándose los navíos a Castilla, hice otro envoltorio semejante y lo puse en lo alto de la popa, porque si se sumergía el navío, quedase el barril sobre las hondas.» (1)

Más de una vez en el siglo pasado ha salido la noticia de haberse encontrado en alta mar y entre las olas, un documento de Cristóbal Colón, en que se daba cuenta de su descubrimiento y viéndose en peligro de naufragar, se lo entregaba al mar. Esta noticia solía venir de los Estados Unidos. ¡Vaya Vd. a saber si se le ocurría a algún extravagante que, habiendo leído al hijo del Almirante, quería llamar la atención!

Si la Madre Superiora que te ha acompañado, no te llevó al coro, dícelo; y te mostrará un terno de terciopelo, bordado en seda y oro, regalo de Isabel la Católica a las monjas, que puede estar —el terno— sin desmerecer, en las Metropolitana de Sevilla o Toledo. En la devastación de los días rojos, han desaparecido una cabeza del Bautista, que debió ser de la mejor época de Montañés, sobre rica bandeja de plata repujada, en el momento que la lúbrica Salomé la presentaba a Herodías, y unos libros de coro, miniados en piel de nonato.

También verás en la nave lateral, del lado de la Epístola, una lápida sepulcral incrustada en la pared, que puedes creer, como yo, pudo pertenecer a algún Obispo visigótico de la cercana Niebla.

De esta Sala del Capítulo, que ves, con lindas educandas de Moguer y de la provincia, muy calladas, dando clase y vigiladas por la Madre Maestra, si bien sonriéndose con los ojos al ponerse de pie. De esta sala y de estas celdas, salieron las Madres Sor Jesús Enríquez y otras dos hermanas para

(1) D. Fernando Colón, Biblioteca Colombina. (N. del A.)

acompañar en la fundación de Santa Inés de Sevilla, a la Doña María Coronel, que no recuerdas sin tributarle respeto, que prefirió desfigurar la belleza de su hermoso rostro con las llagas y cicatrices de quemaduras, por no ceder a la violencia de Don Pedro I.

Para reformadoras del Convento de Santa Clara de Córdoba, salieron las Madres Sor Catalina de Figueroa, Sor Isabel Pacheco y Sor María de Toledo, hija legítima de los condes de Puebla, y después de haber hecho las reformas en el de Santa Clara de Jaén, fallecieron en el mismo, dejando fama de sus virtudes. Las Madres Sor Leonor Benítez, Sor Leonor Martínez y Sor Leonor de Jesús, también salieron de Santa Clara para fundar y fundaron el del mismo nombre en Gibraltar; y las primeras religiosas Clarisas de Alcalá de Guadaíra y de Jerez de la Frontera, fueron de Santa Clara de Moguer (1)

En el año 1611, no habiendo, por la penuria de los tiempos, quien fuese Abadesa de Santa Clara de Osuna, fué llevada para dicho cargo la Madre María de San Luis Enríquez, hija legítima de los Duques de Alcalá, que, después de sostener espiritual y temporalmente a sus hermanas, pasó a fundar el convento de Santa Clara de Priego.

Relación tomada de la hecha por la Abadesa de Santa Clara, Sor Josefa de San Francisco Marques, posiblemente hija de Moguer por el apellido. (1)

(1) Extinguida la Comunidad de las Clarisas, se hallan instaladas en el Convento las Esclavas Concepcionistas del Sagrado Corazón, fundación del piadoso Cardenal Spínola, gracias a las cuales, con su propio peculio y a la protección del Sr. Burgos siendo Ministro de Gracia y Justicia, se debe la salvación de la total ruina de Santa Clara.

Parte de estas notas las debo a mi amigo, simpatiquísimo conversador y culto sacerdote, D. Antonio Almonte.

Fué tanta la fama de religión y santidad de este monasterio en toda Andalucía y aun en España, que se consideraban muy dichosos los padres que en él tenían consagradas a Dios, algunas de sus hijas (Gonzaga). (N. del A.)

El Sr. Burgos conserva el original de una loa, que le regaló el Duque de Tserclaes, leída en unacome dia que se representó en la *ciudad de Moguer* en su Convento de Santa Clara a instancia de la Marquesa de Barca Rota. Esta Marquesa fué gran protectora del convento, por ello está en el patio del mismo, Nuestra Señora del Subterráneo, Patrona de Villanueva de Barcarrota, advocación desconocida en nuestra provincia.

LOA PARA VNA COMEDIA QUE REPRESENTO EN LA
CIUDAD DE MOGUER, EN SU CONV.^{to} DE S. CLARA
A INST.^a DE LA MARQUESA DE BARCA-ROTA. (1)

Puesto que e de echar la Loa,
segun imagino; ipuesto
echar vna loa, es cosa,
que se puede hacer atiento.

Porq me Juzgo el Amor,
segun estos aderezos
de arco i flechas; i sedice
del amor que siempre es ciego.

Va de Loa: O gran facundia
numen superior del cielo!
prestate ami voz, en quanto
desde aquesta alfana flecho

Al cielo de la Guzman,
algunos, como luzeros,
harpones, bien erbolados
de ovediencia, i de respeto.

.

Ya parece que me escuchas,
ía parece que te devo
las palabras, ía parece
que me inspiras: Pues comienzo.

O exellentissima Ines,
que, con generoso imperio,
hazes vna las dos almas,
Guzman, i Portocarrero.

O tu, donde resucita
La gloria de tanto abuelo
que en sí, grandes aun parece
que en tí mayores nacieron.

.

Yo, pues, que soi el Amor,
departe de mis incedios,
no disparo, sino embío,
ni aun remitto, sino osfresco

(1) Lo que hemos podido entender. Le dejamos la ortografía de su tiempo.
(N. del A.)

De tanto claustro florido
tanto goffo de deffeos
que su raudal no injeras
si no es en tu agrado mefmo.
Este arco que rindió al mundo,
estas flechas que rindieron
hacia el cielo las distancias,
hacia la tierra Cortejos.

También te postro a las plantas,
por que admiren los que vieron
la que fugetó el amor,
que al amor tienes sugeto,
Alma de esta illustre casa
pareces, pues tus consuelos,
tus agrados, tus honores
le influén los mouimientos.

Tu prefencia, como el sol
la illumina, i desde el tiempo
que das la buelta a fus claustros
tomó resabios de cielo.

Lo menos que en ella gozas
es el alto privilegio
de Patrona, quando todo
te da el renombre de dueño.

A tu luz, somos estrellas,
porque al calor de tu imperio
si tu luz participamos
ser estrellas merecemos.

Ya desnudó la Quaresma
el estufado silencio
que vestía muda escarcha

i calcaba tanto ielo.

Ya el pescado, arredro vaía
caio del salado asiento
donde, en multitud arenque,
aun no abarató lo fresco.

Ya reina, aunque reina esquivo,
el cotidiano carnero,
con el fabor, que sedize,
que seloquita aquel tiempo.

Ya las manchas primitibas
que tanto siglo cundieron,
noche nuestra i luz infausta
del mustio honor del infierno.

Se labaron en la immensa
sacra sangre; precio eterno,
para lo que no vastara,
todo el caudal de otroprecio

Lo de el perdonar las faltas,
no he dicho; aquel majadero
estilo, que se anda siempre
al fin de los cumplimientos.

Escufolo por infausto:
antes, señora, te ruego
que no nos perdones nada,
sino armada de lo recto.

Alcalde d Granada
en cada pestana, o sesgo,
como en su Lacedemonia,
un Licurvo por lo menos.

EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

También debes ir a San Francisco, casi a la vuelta, en una plaza cercada por la fachada del convento y la tapia del huerto de Santa Clara. Lo fundó la mujer del Almirante Jofre Tenorio, en 1337 con el título de «Corpus Christi» en el lugar donde está hoy la Estación Etnológica y antes era hospital. D. Pedro Portocarrero Cárdenas, probablemente el enterrado en el carnero del lado del Evangelio en Santa Clara, lo trasladó al lugar que hoy ocupa. Lo que resta del patio, bellísimo, prueba la importancia de San Francisco.

La iglesia sigue el modelo de todas las franciscanas, tuvo un altar mayor barroco, sin exageración, de tal manera dorado, que ni la destrucción por los franceses ni las profanaciones de estos días han podido empañarle el brillo.

Se ha salvado una Anunciación llena de gracia — Dios te Salve, María — con toda la candidez del pintor Fray Angélico, y un cuadro de Pablo de Céspedes. El P. Almonte me dice que lo llamaban la «parentela» de Jesucristo, por ser la Sagrada Familia, Santa Ana, Santa Isabel, San Joaquín, Santa María Salomé, El Cebedeo y sus hijos, y, aún más.

De este convento, me contaron personas ilustradas y piadosas, un hecho sabido en Moguer de padres a hijos, y, hasta parece existir testimonio, que algunos leyeron y desapareció en la quema por los franceses que, derrotados por Ballesteros, en la huída, volaron el castillo, saqueando el pueblo. El cuento es, que en la relajación de los conventuales en el siglo XIV, en toda Europa llegó la corrupción a tales extremos, que, en Alemania no pudo dominarse, a pesar de los clamores de insignes religiosos, entre ellos el Cardenal Nicolás de Cusa. Entre nosotros, cuantos han estudiado o leído algo de historia, saben que el sabio Cardenal y gran estadista, conquistador de Orán y fundador de la Universidad de Alcalá,

Jiménez de Cisneros, para vencer las resistencias, rebeldías, intrigas y sobornos de las comunidades de Roma, hubo de acudir a la Reina Isabel, y sin la decisión de ésta no hubiera conseguido su saludable propósito de acabar con la corrupción.

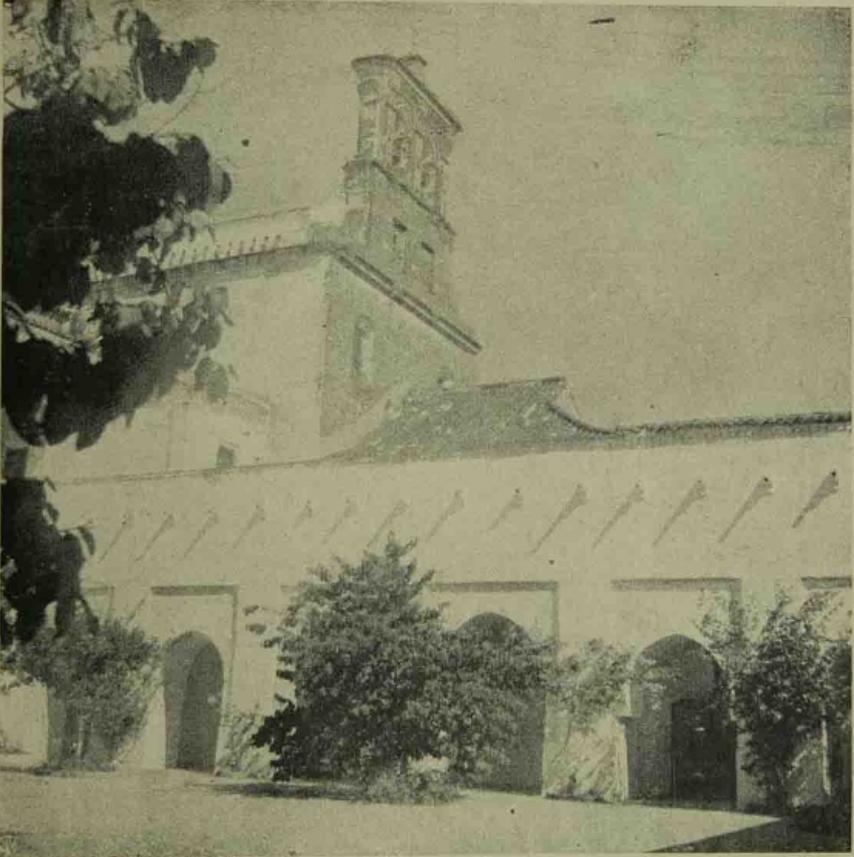
Los conventuales de San Francisco debieron estar bastante tocados de rebeldía; para someterlos y corregirlos, parece vino a Moguer D. Pedro de Montes de Oca, señor, por lo visto, severo, rígido e incorruptible, que no se prestó a transacción alguna, ni a ceder en el cumplimiento de sus deberes; y no pudiendo resistir los frailes tanta inflexibilidad, cuentan que lo mataron de un ladrillazo y lo enterraron, haciendo constar que murió de una congestión.

Es de suponer que la inscripción de la losa que cubre sus restos, fuera obra de otra comunidad, ya regenerada, o de la autoridad eclesiástica. En Santa Clara está enterrado D. Pedro Cupil Herrera, Alguacil de la Santa Inquisición de Moguer en el siglo XVI.

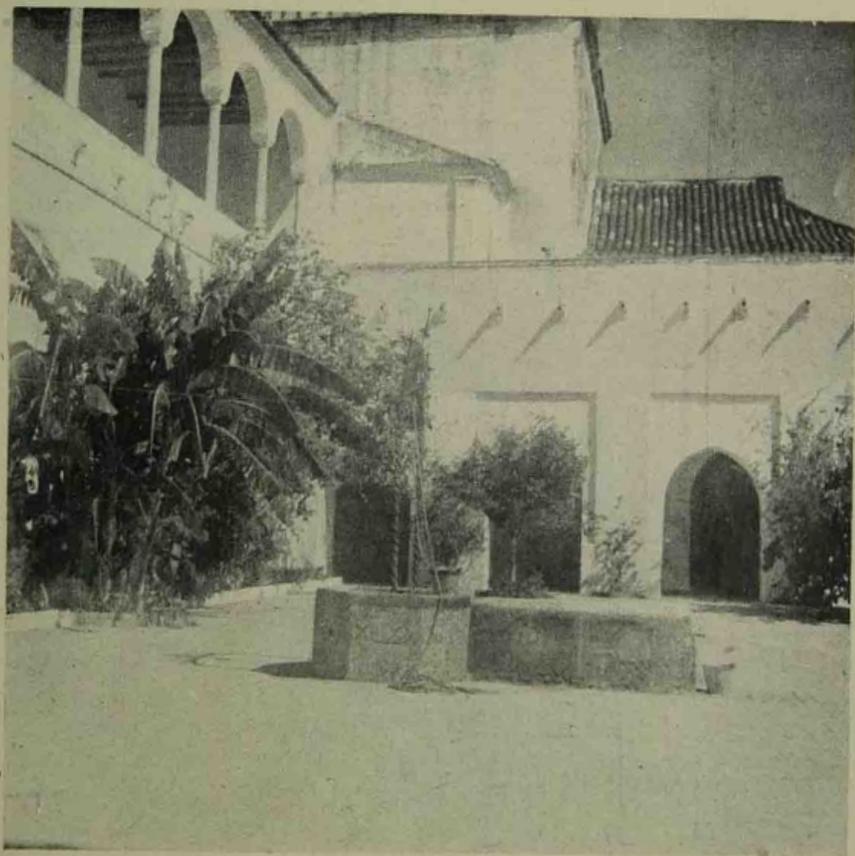
En la División de España en provincias, Huelva, se llevó la capital por estar más cerca del mar y su puerto más en la confluencia, en tanto Moguer se iba quedando al interior por retirarse el Tinto.

Pero a Moguer hay que darle lo suyo.

Washington Irving describe su viaje desde Sevilla a Moguer, que hizo en calesa: «Al ponerse el sol, llega al pueblo situado a una legua de Palos, de cuyo pueblo son la mayor parte de las personas acomodadas que viven en Moguer, contando, entre otras, a las familias de los Pinzones; llega a la casa de Don Juan Fernández Pinzón (debe ser Hernández), y fué conducido, a través de un patio colocado en el centro del edificio, que refrescaba un hermoso saltador rodeado de arbustos y flores, a un terrado adornado también con flores y macetas, allí es-



SANTA CLARA (Moguer).—El soberbio patio de Santa Clara, que iba para plaza de armas. La elegante espadaña de la iglesia.



SANTA CLARA (Moguer).—Bello y evocador rincón del patio.

taba sentado D. Juan con toda su familia, gozando del ambiente de una noche serena al aire libre...»

Ya has visto esas casas de rumbo con patios sevillanos y dineros traídos de las Américas: la de los González la Madrid con su escudo; en ella se conservaron durante muchos años, y los enseñaban con ufanía, unos toneles de cedro que sirvieron para agua y aplacaron la sed de los valientes a las órdenes de Churruca y Gravina, en el desdichado combate a que nos llevó la fanfarronería del Almirante francés; la de Don Cipriano del Mazo, destacado político, varias veces Embajador; la de D. Antonio Prieto Tovar y Tenorio; ya sería rico que construyó la iglesia parroquial con patio de Naranjos a lo catedralicio; la de D. Eduardo Bueno, director de *El Altar y el Trono*, periódico defensor de Fernando VII, en los tiempos tristísimos de «blancos» y «negros» en que se cantaba:

Hola narizota, cara de pastel.

Bueno, era muy amigo de Calomarde, el que le dió el título de marqués de Aguiar; la del P. Gil que renunció dos veces ser Obispo y en su entierro llevó dos mitras junto al féretro; la del Almirante D. Luis Hernández Pinzón, al que la Colombina, por haber sido su Presidente, en agradecimiento, perpetuó su recuerdo en una artística lápida colocada en la casa del gran marino; y otras muchas sin olvidar la modesta del patrón «Paulita», dueño de un «falucho» al cabotaje, «falucho» que «Paulita», en rasgo como el Conde de Benavente, quemando su palacio deshonorado por la entrada en él, del condestable de Borbón, lo hundió por no pagar una multa que le impusiera el Fisco, pasando de patrón a marinero.

A este «Paulita» le cogen los días rojos pescando en el mar, se lo llevan a Málaga donde le obligan a prestar servicios, y, una noche, en un bote, sale del puerto, zozobra cerca de Gibraltar donde entra nadando.

Este hombre murió hace poco tiempo, contando más de ochenta años.

La de «Potaje», que sin ser Patrón del barco, contra la voluntad del dueño y de la tripulación, que se quedó en tierra, se fué río abajo con un muchacho de su mismo temple, y corriendo un temporal deshecho, llegaron a Cádiz con el cargamento de vino que aguardaba un mercante que salía aquel mismo día para Ultramar. Preso por no llevar «papeles» —poco menos que barco pirata—, el Comandante de Marina lo puso en libertad diciendo: Merecía un premio ese «lobo marino». La del patrón Muñoz (a) «Canales», que, en el año 58 del pasado siglo, según el cuadro del milagro, en un laúd de D. Tomás Rodríguez, corrió un temporal en el cabo de San Vicente hasta Faro, tuvo que tirar botas de vino al agua, con treinta «lastreó» y se entró en Moguer sin velas, sólo en el palo mayor una estampa de la Virgen de Montemayor, que decía lo había salvado... La semilla de los Niños, Roldán, Solís, Cabezudo, maestre Alonso: los Descubridores

MUJERES Y POETAS

La muguereña es una habilísima bordadora «en blanco»; las muchachas —guapas en verdad—, son admirables liadoras de pitillos para sus novios y muy aficionadas a comer piñones, tantos, que en la calle del paseo, en la época del pequeño fruto emulado por los poetas para los dientes blancos y chicos en boca de clavel, tienen que barrer las cáscaras cuando se marchan las paseantes.

Aparte del poeta consagrado, Juan Ramón Jiménez, tuvo Moguer un tal Infante, campesino, sin más instrucción que la

corriente. Sin ser «versolari», debió tener gran ingenio, gramática parda y cazurrería. Atención:

Piensen los de don postizo
que los demás nada son,
Adán fué Adán y no Don
y a todo el mundo lo hizo.
Toda sangre es colorada,
y en la Escritura Sagrada
no la tuvo ningún santo,
los del Espíritu Santo, son «dones»,
los demás, nada.

—
De un cura largo y prolijo,
una misa llegué a oír
que bien se pudo imprimir
en el tiempo que la dijo.
Yo por esto no me aflijo,
ni me paso a maldiciente.
Pero digo solamente,
que en el tiempo que duró,
no sólo a Dios consumió
sino también a la gente.

Me hablan de otro poeta, un joven, Francisco Garfía,
«Currito» lo llaman todos.

H O G A R

Un cariño amoroso que llena
el hogar de dulzuras de nido.
Entre risas, quizás una pena
que se va como el eco perdido.

Unos padres cristianos y viejos
que me guían la senda penosa.
Un murmullo de lentos consejos
en la dulce comida sabrosa.
Unas flores que aroman la casa
en la paz de la tarde dormida.
Un recuerdo que duele y que pasa,
un jardín que perfuma la vida.
Una lírica estela de amores
en la paz de la casa tan santa.
Un calor perfumado de flores,
y un piano sonoro que canta.

.....

FRAGMENTOS DE UN POEMA DE AMOR

Aunque el amor pueda traer martirio
es necesario amar para vivir.

Amarlo todo, amar todas las cosas,
el sueño, la emoción y las querellas,
las risas, las fragancias y las rosas,
el beso, el sol, la luna y las estrellas.

.....

EL VINO DE MOGUER

Aún no has terminado, porque si te encuentras algún amigo o conocido, cosa natural, has de acabar en nave adornada de «conos», que alcanzan a la techumbre, y bocoyes, unos sobre otros, en correcta formación, con letreros, fechas y señales, de los que irán sacando con la «venencia», oro líquido que salta en la probeta de límpido cristal, haciendo bomboritas de espuma; te incensan en rico aroma; bebes, paladeas, pequeño chasquido de la lengua sobre el paladar; como son tan finos — el vino y el paladar — otra «venencia» y otra y otra... Y, ¡ay de tí! si te dan ese bálsamo sumado con quinquenios y que cura como el de Fierabrás, porque si no te cuadras, la bodega te dará vueltas y crearás que el mundo se menea: ¡Buen vino, el de Moguer!

Moguer es risueño, sobre unas ondulaciones de viñedos, ocres con fondos de pinares y, abajo, el Tinto. Tuvo castillos que lo defendiera; hoy lo delienden sus bodegas.

A las cinco de la tarde, decía Siurot, el inolvidable Manolo: No hay en Moguer, derechos, más que la torre y Burgos Mazo.

Una vez que estuve en Moguer, me acompañaba el Secretario de la Cámara de Comercio de la capital. Abogado de mucha preparación en su materia, y espíritu fino, mi muy querido amigo, Pablo Martínez Sánchez.

Un señor Sáenz, de Moguer, persona respetable al que saludamos, nos invitó a su bodega. Yo no pude ir y sí mi amigo Pablo...

No; no, hay que correr un velo; hipocresías, no; envidié a Pablo, al señor Sáenz y a su bodega, que anima el espíritu, alegra la vista, suelta la lengua y expansiona la amistad.

—¡Moguer! Moguer era divino: color, ambiente, calles, amigos. Moguer dió Obispos, Ministros, *La Niña* descubridora, los Niños. Las mujeres de Moguer tuvieron siempre fama de buenas mozas, y no había podador en la comarca que podara mejor una cepa del «bebo», «garrío fino», «zalemo»... *item más...* —me decía Pablo.

Cuando nos encontramos de vuelta eran más de las seis.

Y cuando, cuesta abajo, íbamos hacia el río, hervidero de pequeñas olas rojas, y el inmediato San Juan, una mancha blanquísima, y Huelva, en el crepúsculo, envuelta en bruma azul-oro-violeta, una embriaguez de los sentidos, todavía hablábamos de cómo bailaba la Imperio, de su brazo en alto, al volver de América, y cantaba: «Pastora ha vuelto», «Carmen la Cigarrera», «saliéndo» del escenario de Romea.

—¡Pablo!, calla,—dije—, eso es el rito de una raza, la euritmia de este pedazo de tierra y de estos ríos nuestros que le dan la sal por quintales a estas mujeres. ¿Te acuerdas cuando traje, en una Colombina, la misión Chilena y tú sabes que la mujer chilena vale por dos, cómo se quedaron ante la elegancia, finura, honestidad —apenas si lucen la caña del pie— de las «sevillanas» bailadas en el Círculo Mercantil de Huelva? Bailó una moguereña que, con las huelvanas, debieron decirse: ¡Por mi España para sus hijas! ¿Te acuerdas? La gracia comenzó a descender; y, ¡viva España y Chile y Moguer y Huelva... el acabose! Las chilenas se pusieron el mantón de espuma y bailaron sevillanas entre palmas y olés; hubo «cueca» a compás de bulerías, ese baile que se pega como el mal de «San Vito.»

Pablo, aun guardándole todos los respetos al jerez, que dicen: «Sólo el jerez sabe a vino», yo te afirmo que los caldos

(1) La visita a Moguer organizada por el entonces Diputado a Cortes D. Manuel de Burgos Domínguez, inolvidable. Convocó a todo Moguer que se superó. (N. del A.)

de Moguer «bien tratados», saben a finura, a distinción, a cortesanía; realzan la hermosura rindiéndose a los pies de las damas.

—Tienen algo dieciochesco, peluca y espadín, D. José, me contestó Pablo.

—Hombre, si lo bebieron Virreyes, Oidores; las Chancillerías; los saraos de Lima; el cardenal Loaysa lo debió tener en su mesa; en los conventos, vino de Moguer para los padres inapetentes o enfermos. El pasado siglo, D.^a Eusebia Rodríguez Torice, regaló un barril de manzanilla verdosa, fíjate, Pablo, verdosa y un poquito amarga, como la canela fina, al Papa; y Pío IX, dándose cuenta del obsequio, se lo estimó con una preciosa alhaja que estuvo en la Parroquia hasta que ahora ¡torpes! la destruyeron los rojos: la alhaja y la Parroquia.

La «Parrala», la cantaora de los tiempos de Juan Breva en el famoso «Silverio» sevillano, cuando los toreros mataban recibiendo, llevaban «peluconas» en el cinto y no estos papeles, que si se caen se los come el gato; se bautizó en la pila de la «Granada».

Dolores Parrales, hija de labradores acomodados de Moguer, fué una estrella del cante. La famosa malagueña de la Parrala.

Yo soy más rico que Heredia,
más que Martínez Pañero,
tengo una mujer bonita,
«pa qué quieco los ineros».

¡Pablo, es la majeza para la hembra que los hermanos Quintero pusieron aquí en «El Amor que pasa», «Amores y Amoríos»...!

Pablo ¿no ves las cosas dobles?

—Sí, D. José, Santa Clara tiene un gallo...

Paró el auto. No nos habíamos dado cuenta de nusetra llegada. ¡Cómo acorta la distancia el vino! (1)

(1) La copla que la supone de la Palma, es fantasía, como lo de: «A la Parrala le gusta el vino...» No digo fuese abstemia. La Parrala, que se enorgullecía de su Moguer, lo proclamó en París y cantó ante Alfonso XII.

Moguereña soy, señores,
y lo llevo mucho a gala
porque en todas las naciones,
La Parrala es la que gana.

Dolores, murió en Huelva, y lo mismo ella, que su hermana Trinidad, que vivió muchos años en Ayamonte, fueron estimadas de cuantos la trataron. La película terrorífica de La Parrala, es pura fantasía. La verdad en su punto.

Debo estos datos a mi querido amigo de Ayamonte D. Prudencio Gutiérrez Pallares y a un cobrador del Banco Internacional en Huelva sobrino de la Parrala. (N. del A.)

ESTRAMBOTE

Se terminó este tomo primero DE PUNTA UMBRÍA A HUELVA, PASANDO POR LA RÁBIDA, SAN JORGE (PALOS) Y SANTA CLARA (MOGUER), en la Imprenta Editorial de la Gavidia (Sevilla), donde se compuso, siendo sus mecenas dos amantes de los *Lugares Colombrinos*, nunca visitados y admirados lo bastante, quizá por su situación en el extremo de la península; —no están en ruta ; quizá por poco divulgados; quizá porque no se lee mucho; quizá porque largos años abandonados, cayeron en el olvido; quizá por esa idiosincrasia nuestra; quizá el clima que nos empereza. Se terminó, decía, este tomo primero en la efeméride de los aprestos y partida de las Carabelas. Agosto 1492. Agosto 1943.

¿Cómo es el libro? Pon lo tuyo en consejo... La intención, la mejor. Que caiga en manos amigas

Que lo cuiden.

Que lo cuiden.

Y si enemigas, que no aprieten, que está escrito sin pretensiones; aspira a llevar al pensamiento de cada uno y de todos, el alma de la patria chica, sentimiento colectivo.

Es corriente oír —tú, lector, seguramente lo habrás oído— ¡Si La Rábida estuviera en Sevilla, en Barcelona, en . . . !

Bueno, pues está aquí y tenemos la obligación de velar por ella, de enaltecerla. Es tan grande, que en sí se renueva, viviendo de su inmortalidad; tan rica, que da ciento por uno y «lo que te rondaré morena», del amante a la garrida moza que va tejiendo los enseres del futuro nido.

Dicen es causa de muchos males el no perseverar; tejer y deste-

jer, la famosa tela, porque se navega de bolina perdiendo en la mala vuelta lo ganado en la buena, y así ni luce ni parece. ¡Avante claro! dijo Martín Alonso Pinzón, pues ¡Avante claro! proa Hispanoamérica, tirando por la borda las cosas chicas, cominerías, cotilleo — su madre es la envidia— que enreda: es poco hombre.

De no ser por lo de haber dado muerte al Corregidos, diría: Fuente Ovejuna, todos a una.

Estuve en La Rábida —¡años que no iba!— hace poco.

Todos los conventos (Santo Domingo de Silos, Cartuja de Burgos, Poblet, Monasterio de Piedra, Santas Creux. . . aún los andaluces, como el de Umbrete; o remansados entre montañas, o cercados dejando asomar, vigilante, el ciprés en el azul; o encintados por la arboleda añosa, umbría de misterios, alameda recogida y silenciosa que responde a tus pasos con ecos callados: el fraile que se pierde en el claustro, el hermano lego que demanda la esquila llamando a la oración.

La Rábida, no. La Rábida, ayer, abierta como si la sofocara el verano, era de luz; el sol la caldeaba, y los viejos ladrillos y las pintadas paredes y las ochavadas columnas del patio-único inflamadas en oro, se remozaban alegres en aquella fuerza que las rejuvenecía. Por la vidriera de la iglesia se entraban unos rayos —me atrevería a llamarlos religiosos— buscando la frente augusta de mi Cristo de las misas Colombinas: desapareció ¡cuánta pena! Los rayos llegaban a la pequeña Virgen de los Milagros, bajo adamascado dosel, corona de oro y pedrería, las Carabelas que amparara con su manto, al pie, y dos lamparitas de la Colombina: llama votiva del sentimiento hispano.

La Rábida, no. La Rabida es marinera; se levanta sobre un alcor, se mira en la confluencia de los ríos *sagrados*; más alta que los pinos maderados de la «Santa María», del barco de los Pinzones de Palos, y de la «Niña» de los Niños de Moguer, otea el mar, soñando con

aquellos marinos descubridores que la inmortalizaron llevando la Raza a tierras salidas de las aguas para premiar, como dijera en rasgo lírico la elocuencia de Castelar, la fe de Colón: hoy — justicia de la Historia, — la de Martín Alonso, nuestro héroe que demanda una estatua: no basta el cuadro — la humedad lo oscurece — que puse en la «Sala de las banderas.»

Marinera, porque son convecinos del convento, a diario, pescadores, marinos de Huelva, Palos, Moguer. Marinera, porque corre los temporales del Sur y del Sudoeste viendo «tomar» la barra a los barcos del cabotaje. Marinera porque sigue la ruta de los grandes buques, viaje a América, a la hija, hoy hermana, que naciera de ella. Marinera, porque en el extremo de la Península, se da la mano con América. Marinera-Hispanoamericana.

LOS CURSILLOS DE LA RÁBIDA

Acicalada pulcra, dorada de sol, templo y patria, española y americana esperando recibir la *Escuela de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad Hispalense* nupcias de la Ciencia con la Religión — senda segura —, me evocaba los días aquellos en que resonaron en el patio mudéjar la oratoria macho de Cánovas, la voz de Hoppe, de Nordeskiol, Guido Cora, en el tiempo; más cerca, la palabra de las figuras más relevantes de América y España, casi ayer, la de los Embajadores del Hispanoamericanismo, y la realeza.

Y, sin falsa modestia, sentí la emoción de lo que he escrito en este tomo: estampas — perdónale, lector amigo, no sean perfectas — de actos, escenas, solemnidades que no deben perderse, que tú, de Huelva, comprovinciano, español, americano, debes guardar en el pensamiento y el corazón, como se guarda en el vargueño el título de la ascendencia; en el joyero la alhaja que respiró en el pecho de tu madre. Me sentí orgulloso, no me importaba dijeran lo que qui-

sieran, —*oni soi qui mali pense*,— con la conciencia limpia y el deber cumplido; oré, perdido el pensamiento en la luz que se iba. . .

Sonó la campana del convento; el cristal del aire se fué oscureciendo, se encendieron las estrellas, puntos de luz. La noche, majestad; el agua de la confluencia otro cielo, por la calma chicha del levante: por Palos y Moguer quería asomar la luna, plateando a Huelva: el *Circuito Colombino*, el alma, la vida, el pasado y el presente de mi tierra.

¡Que Dios la vele!

Cuánto debo, a los dos mecenas, mis queridos amigos, editores de este libro.

GRATITUD

Oí una voz agradecida, ahogándose de emoción, este fandanguillo.

*Cogí un pájaro en un nío,
p'acabarlo de criá.
Y fué tan agradeció
que, en cuanto lo eché a volá,
se posó en el bombro mío.*

ÍNDICE

	PÁGS.
Una carta de José M. ^a Pérez Carasa.	7
Prólogo	9
Entre advertencia e introducción.	15

PUNTA UMBRÍA

Domingo 18 y Miércoles 21 de Agosto del 41.	23 - 24
Los lugares del Descubrimiento (La Rábida, Palos, Moguer, Huelva)	33 - 37
Septiembre-October.	38 - 45
Punta en invierno.	47
Apostilla	53

LA RÁBIDA

Leyendas de la Rábida (romana, árabe, mozárabe, cristiana) .	57 - 64
Antigüedad de la Rábida.	66
La Rábida recoleta (exclaustración, abandono, salvada de milagro).	76 - 88
La Sociedad Colombina Onubense en la Rábida (Fiestas del año 80 del pasado siglo. La visita de Alfonso XII . . .	89 - 92
La Rábida en el IV Centenario. (Lápidas votivas. El mundo ante el Convento. El sentimiento hispanoamericano. La Regente y el Rey niño. El monumento. La voz de Cánovas. Cancelación de una deuda).	93 - 99
La Rábida con los franciscanos (La entrega. Apuros del Pre- sidente de la Colombina. El Centenario «chico». La misión Chilena. La fragata Sarmiento. 3 de Agosto	

memorable. Labra, José de Diego, Balbás y Capó, Arcos Ferrand, Calzada. El monumento de la Punta del Sebo. Remembranzas.....	100-106
El Plus Ultra. (Discurso de Don Alfonso).....	107-112
Malo y bueno (Más lápidas).....	113
Pero escribiendo. Hubo errores.....	114-115

* SAN JORGE (PALOS)

De la Rábida a Palos (El pueblo. La Virgen de los Milagros).	125-127
El IV Centenario en Palos.....	128
Historia de Palos de Moguer, hoy de la Frontera.....	129
Los Linajes.....	131
San Jorge (Escenario de la partida de las Carabelas).....	133
Comienza la decadencia.....	135
Tributos a Palos.....	136
Sumando.....	139
Marinos ciertos del Tinto-Odiel en el viaje del Descubri- miento. Ciertos del viaje pero dudosos de la comarca. Ciertos de la comarca pero dudosos del viaje.....	139-142

SANTA CLARA (MOGUER)

Grandezas pasadas (Privilegios de Don Pedro I de Castilla. Obras de arte. La sillería del coro).....	145-148
Los Portocarreros (bofetada que termina en nupcias. Los se- pulcros).....	149-150
Interesante historia de los restos del Almirante Jofre Tinoco.	151-152
Colón en Santa Clara.....	153
Loa.....	157
El Convento de San Francisco. Un ladrillazo.....	159
Moguer tiene lo suyo.....	160
Mujeres y poetas.....	162
El vino de Moguer (Una bodega. Y, viva España y Chile y Moguer y Huelva. La Imperio. La Parrala. El vino acorta las distancias).....	165

La portada la debo a mi querido discípulo Pedro Gómez, el pintor famoso de los "Cabezos" que, pone en el pincel toda la emoción que su alma de artista siente por esta su tierra.



R32086

Precio: 15